

Edurne Cadelo

La debilidad
de Jacobo

@lacadelo



La debilidad de Jacobo

Edurne Cadelo
@lacadelo

La debilidad de Jacobo

Mayo de 2021

© de la obra Edurne Cadelo

www.lacadelo.com

edurnecadelo@gmail.com

Instagram: [@lacadelo](https://www.instagram.com/lacadelo)

Facebook: [Edurne Lacadelo](https://www.facebook.com/Edurne.Lacadelo)

Corrección: www.ceacorrecciones.es

Ilustraciones y diseño de cubierta, diseño interior y maquetación:

Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros

métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

A todas las adictas a mi #amordelbueno.

Nota de la autora

Pues nada, aquí estoy de nuevo y mucho antes de lo que esperaba, ¿para qué os voy a mentir? Vamos, que ya sabéis que no estaría escribiendo estas líneas si no me hubierais pedido la historia del *puto poli* por activa y por pasiva, y no es una queja, que conste, es solo un recordatorio de que sin vosotras yo no estaría hoy aquí.

Os confesaré que estos dos han sido una grata sorpresa con la que no contaba. Meterme en sus pieles, disfrutarlos y escucharlos, después de la intensidad de sus predecesores, ha sido muy gratificante para mí, y os diré más, me han contado muchísimas cosas en muy poco tiempo, por lo que espero que comprendáis que las he tenido que resumir.

Este libro es un regalo para vosotras, por estar ahí y apoyarme, y también para mí, porque significa que mis personajes os encantan y que siempre queréis saber más de ellos.

Así que, si estáis leyendo esta nota, quiere decir que vais a comenzar a adentraros en la historia de Jacobo, pero, antes de nada, por si alguna está despistada, me gustaría recordaros que esto es un *spin-off* de mi anterior novela: *Los jardines de Sira* y que, si no la habéis leído todavía, os recomiendo hacerlo antes de sumergiros en estas páginas. Puede que *La debilidad de Jacobo* se comprenda de manera independiente, pero estoy segura de que os perderíais ciertos matices de todo lo que les rodea y las claves necesarias que les hacen ser y comportarse así.

Y, aclarado este punto, os dejo con ellos, disfrutadlos tanto o más de lo que lo he hecho yo.

Edurne

P. D.: Como siempre, tenéis la *playlist* en mi perfil de Spotify, Edurne Cadelo y, como contenido extra, otra adicional que ellos mismos crearon. *Dos por uno*. Espero que os gusten también.

1

Soledad

No puedo levantarme. El sonido incesante de mi móvil me llega desde algún lugar cercano, intuyo, pero soy incapaz de despegar ningún miembro de mi cuerpo de este colchón para ir a buscarlo. El entumecimiento de todos mis músculos es la consecuencia directa de haberme bebido hasta el agua de los floreros durante las dos últimas noches. Si a eso le sumo el peso muerto, en forma de pierna, que pertenece al chico que yace a mi lado, la tarea se convierte en imposible. El martilleo constante en mi sien derecha y el maldito revoltijo en la boca del estómago voy a obviarlos.

Abro un ojo con miedo, con pavor más bien, tengo una ligera idea de quién está acostado en mi cama, pero me asusta comprobarlo. En un arranque de valentía, no muy propio de mí, abro el otro y me froto los dos con vehemencia.

Ay, Martina.

—¡Marti! —me llama Carola—. Tu móvil está sonando.

—Voy —susurro para no despertarlo.

Intento apartar la pierna de mi invitado, a ver si puedo levantarme, pero, justo cuando estoy en ello, la puerta se abre y entra mi amiga.

—¡Joder, qué fuerte! —exclama al ver a Oriol, nuestro otro compañero de piso, en calzoncillos sobre mi cama—. Flipo mucho contigo.

—Caro, espera. Esto... no... no es lo que parece.

—Es Sira. —Tira el móvil encima de mi escritorio y desaparece de mi vista.

—¡Mierda! —bufo. La he cagado, aunque no tengo ni idea de cuánto.

Me pongo una camiseta que uso para dormir, menos anoche por lo visto, y voy hacia el salón mientras devuelvo la llamada a mi hermana. Luego me ocuparé de mi amiga.

—Marti, te he llamado mil veces —dice Sira nada más descolgar.

—Perdona, tata, es que estaba dormida.

—¿Mucha fiesta anoche?

—Pues, no podría precisarlo con exactitud. —Dejo caer para que no huelga el miedo en mi voz. Mi hermana es única para detectar mis emociones.

—Enana, siento tener que darte una mala noticia.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien? ¿No me digas que David se ha presentado ahí?

—Marti... —Me corta para que deje de divagar. Mi hermana suele cuidar de todos, pero no es muy dada a que nadie cuide de ella. Lo que pasa es que, en esta ocasión, se ha metido en un jardín —enrollándose con el hermano de su ex mientras los tres compartían piso y se lo ocultaban— tan grande que casi no asoma la cabeza y entonces sí que me preocupa.

—Vale, vale, ya me callo, ¿qué pasa?

—Es Soledad. Está en el hospital y dicen que será cuestión de horas.

No hay duda de que tengo los reflejos mermados por culpa de esta resaca del quince, porque, a pesar de que escucho lo que me acaba de decir, me quedo muda.

—Martina, ¿sigues ahí?

Mi abuela lleva un tiempo pachucha, la operaron del corazón hace unos meses y ha tenido una recaída, pero no pensé que fuera tan grave.

—Sí, tata. Entonces, ¿ya está?

—No, pero Alejandra me ha dicho que ya está sedada. Te voy a mandar un billete para el primer avión que salga mañana. Yo te iré a buscar al aeropuerto, ¿de acuerdo?

—Está bien.

—Martina, no te preocupes, no te voy a dejar sola, ¿entendido?

—Sí, tata. Estaré bien. Cuando me llegue el billete te lo confirmo.

No me puedo creer que Soledad vaya a morir. No sé, supongo que, aunque cada vez estaba más débil, no pensé que pudiera irse tan rápido.

Me acurruco en la butaca que está al lado de la ventana y me tapo la cara con las manos, ¿en qué momento mi vida se ha vuelto así de loca?

A ver, yo estaba tranquila y feliz. Hace tiempo que asumí haber tenido una infancia distinta y siempre me he sentido querida, la verdad, así que no tenía la imperiosa necesidad de buscar respuestas, pero, de repente, mi madre, que nos abandonó hace catorce años en casa de mi abuela, a la que apenas conocíamos, regresa sin avisar de no se sabe dónde. Verla allí, como si no hubiera pasado nada, fue demasiado fuerte. Menos mal que estaba con mi hermana cuando ocurrió, porque no la habría reconocido fuera de esas cuatro paredes. Solo necesité observar a Sira, agarrada por la tensión, para deducir que era ella. Mi abuela y mi hermana nunca se han llevado bien, pero ambas han cuidado de mí, cada una a su manera. En cambio, de Alejandra poco puedo decir, apenas la recuerdo, por lo que no sé explicar cómo me siento con su vuelta. No sabría decir si me duele, me irrita o me da absolutamente igual.

Cuando era más pequeña fantaseaba con su regreso; soñaba que nos llevaría a vivir con ella a una casa preciosa y seríamos una familia feliz. Imaginaba que volvía y nos contaba una película increíble, explicándonos las razones de su marcha. Supongo que a medida que cumplí años dejé de soñarlo. Por suerte, Soledad y Sira me han dado todo el amor que ella no me dio.

Algo se despertó en mí cuando la vi y empecé a necesitar esas respuestas. Antes de volverme a Barcelona, fui a casa de mi abuela y se las pedí. Sus argumentos fueron variados: una depresión muy fuerte, tener que hacerse cargo ella sola de dos niñas —padres desconocidos, al menos nosotras no sabemos quiénes son, espero que ella sí— y la necesidad de alejarse del mundo para no caer en un pozo sin salida. En fin, que es muy difícil meterse en su piel en aquel instante, pero, ahora que está aquí, no puedo fingir que no existe. Mi hermana, en cambio, no quiere saber nada de ella y tampoco quiere que se acerque a mí.

Me levanto y voy a beber un vaso de agua, aunque creo que necesitaré mil. Quiero volver a mi cama, taparme con mi edredón hasta las orejas e intentar dormir, pero soy consciente de que todavía está ocupada. En otras circunstancias, me metería en la cama de mi mejor amiga, la abrazaría por detrás y me quedaría grogui hasta que nos sonaran las tripas, pero ahora no quiere ni verme.

Carola y yo regresamos a Barcelona en septiembre, justo antes de empezar el máster. Alquilamos este piso y buscamos un nuevo inquilino para compartir gastos. Vinieron un montón de candidatos, pero, en cuanto Oriol se marchó por la puerta después de haber charlado un rato con nosotras, nos miramos y sonreímos como imbéciles, porque supimos que él era el elegido. Nuestro compañero es de un pueblo de Girona y está estudiando el último curso de una

ingeniería. Alto, moreno, guapo y con cuerpazo. Tiene pinta de turista en verano, pero todos los días del año, y un carácter bastante gamberro. Vamos, una combinación explosiva para nuestros sentidos. A Carola y a mí nunca nos gustan los mismos chicos, pero con él ha llegado la excepción. Por ese motivo, tuvimos que poner una única regla: ninguna de las dos se enrollaría con él por muy apetecible que nos resultase.

Joder, solo espero no haberla roto.

—Caro. —Llamo a la puerta, esperando que me deje entrar—. Porfi...

—Vete a tu cama, Martina —responde seria.

—Carola caracola.

—¿En serio? Joder, no me puedo creer que encima vengas a hacerme la pelota.

Abro sin que me dé permiso y ella mete la cabeza debajo de la almohada, para esconderse de mí.

—Carola. —Me acerco, me siento en el borde de la cama y le quito la almohada para que me mire—. No me lo he podido tirar.

—¡Venga ya! No me puedo creer que esté en tu cama en pelotas y solo hayáis dormido.

—Te juro que no me acuerdo, pero he echado un vistazo a mi habitación antes de salir y no hay ni rastro del condón. Sabes que, por muy borracha que esté, nunca lo hago a pelo. Eso lo tengo grabado aquí. —Me señalo la sien y ella cabecea.

—Una regla, Martina. Solo una maldita regla y tú te la pasas por la entrepierna.

—¡Que no, coño! Que no me he pasado nada por ahí. Ni a él, de verdad. Volvimos pedo y puede que haciendo el tonto terminara en mi cama, mi habitación está antes que la suya. —Suelto restándole importancia—. ¿Me dejas dormir un rato contigo?

—No, estás en cuarentena hasta que me lo confirme él.

—¿Estás tonta? ¿Cómo se lo vas a preguntar?

—Porque quiero saberlo. Llevas días bebiendo vodka como si fueras rusa. Entiendo el marrón de tener una madre de repente y la movida de tu hermana y su ex, pero, como sigas así, te van a cambiar el apellido, Absolut en vez de Flores. —Al escuchar el apellido de mi abuela empiezo a llorar y mi amiga se apoya en el cabecero, mirándome asustada.

—Sira me ha llamado porque mi abuela se muere, Caro.

—¿Pero ya?

—Sí, es cuestión de horas. Mañana vuelo a Madrid.

—Vaya, lo siento. ¡Anda!, tumbate conmigo un rato, que te achucho.

—¿Ya no estás enfadada? —pregunto mientras me pego a ella como una lapa y me sorbo los mocos.

—Suave, que esto es solo una tregua. Te daré el beneficio de la duda hasta que corrobore la versión de los hechos.

2

Mi hombro

Jacobo

Cuelgo mi cazadora en el perchero y me acerco hasta la cocina, será mejor que prepare una tila para Sira antes de que me pida que saque la botella de tequila.

—¿Ya se ha ido?

—Sí, he conseguido que se marche, pero vas a tener que hablar con él —respondo con un tono bastante condescendiente.

—No puedo, ahora no.

—La Sira Flores que yo conozco no se esconde. —Intento ponerme serio, como cuando ella se habla a sí misma.

Oigo cómo resopla y cabeceo porque, sin duda, la maldita ley de Murphy se está cebando con ella desde hace días.

El viernes, David, su ex, la pilló enrollándose con su hermano en mitad del pasillo de su casa, cosa muy previsible, porque estaban jugando con fuego y, tarde o temprano, iban a quemarse. La echó de allí, sin que su novio hiciera nada, y me llamó para que fuera a buscarla. Ha estado todo el fin de semana regodeándose en sus miserias y, justo cuando parece que ya estaba preparada para coger las riendas de nuevo, su madre, que acaba de volver a su vida después de años de ausencia, la llamó para decirle que su abuela, con la que no tenía muy buena relación, estaba muriéndose y que ella se encargara de contárselo a su hermana Martina. Sira tomó el control, se puso su disfraz de *superwoman* y organizó el viaje de su hermana para que viniera hoy. Sin embargo, el destino le tenía preparada una vuelta de tuerca más y hace un rato, en el tanatorio, ha escuchado a su madre hablar con el padre de su ex sobre una supuesta niña que tuvieron juntos, dando por hecho que ese bebé es ella. Vamos, que es como si su vida hubiera sido escrita por los guionistas de algún culebrón, porque, de ser cierto, se habría enrollado con sus medio hermanos, un despropósito.

—Toma, bebe esto. —Le acerco la taza a la mano para que se siente.

—¿Qué te ha dicho? —inquire nerviosa—. No, mejor no me lo digas. —Solloza y se limpia los mocos con la manga de la camiseta. Me siento a su lado y paso mi brazo por su espalda para que se apoye en mí.

—Mi hombro es tuyo —le digo ceremonioso cuando posa su cabeza en él.

Conocí a Sira hace unos meses a través de mi mejor amigo Nacho, que sale con su mejor amiga Laura. Por alguna extraña razón, conectamos enseguida. Aquella primera cita que tuvimos los cuatro, en la que estuvimos riéndonos de nuestro papel de aguantavelas, me dejó claro un par de cosas sobre ella: la primera, que es una tía fuerte, de las que no se achantan por nada ni por nadie, y la segunda, que nunca deja que la cuiden, por ese motivo, me honra que estos días me haya dejado hacerlo a mí.

—Es horrible, Jacobo. Me dan arcadas solo de pensarlo, son mis hermanos, los dos. ¡Joder! —Se levanta y sale disparada hacia el baño.

—Sira, por favor. —Voy detrás de ella—. Tienes que tranquilizarte, ¿vale?

Echa lo poco que ha bebido de la infusión y le acerco una toalla para que se limpie.

—No puedo. Sé lo que he oído, en serio, tienes que creerme.

—Claro que te creo. —Paso mi brazo por su hombro y volvemos hasta el sofá—. Pero ahora deberías tumbarte un rato y dejar de pensarlo.

Se acurruca en una esquina y se recuesta sobre el reposabrazos. Me levanto para tapparla con una manta y, cuando lo hago, le cierro los párpados para que descanse.

—La maleta de mi hermana está en tu coche, tienes que llevársela luego a casa de Soledad.

—No te preocupes por eso, cuando vengan Laura y Nacho se la acerco.

—Siento ser un estorbo, Jacobo. He ocupado tu casa, tu espacio y encima solo te doy dolores de cabeza. Gracias por acompañarme.

—Anda, deja de decir tonterías. Me alegra haber vuelto a Madrid justo a tiempo para recogerte de la calle.

Hace el amago de atizarme, una costumbre muy suya, pero está tan agotada que ni se incorpora.

Me preocupa verla así, no es ni su sombra. Y, sin que sirva de precedente, diré que Noel, a pesar de que sigo pensando que no ha sabido gestionar el tema de su hermano y que ha pecado de cobarde por no decirle lo que de verdad siente por Sira antes de que los pillara, también me da un poco de pena. Se nota que no entiende qué ha pasado con su chica al marcharse antes así del tanatorio y está más descolocado todavía. Solo espero que ella esté equivocada y pronto lo puedan aclarar, porque no merecen sufrir tanto.

Me voy a mi habitación para llamar a mi jefe, mañana regreso al trabajo después de las vacaciones y prefiero que me ponga al día hoy, para ir metiéndome en situación. Me ha venido de lujo estar en Huesca unos días con mi madre y mi hermana, echaba en falta sus guisos y sus charlas interminables, esas que se alargan desde la sobremesa hasta la cena y donde tratan de sacarme todo tipo de información.

—Quintana, te iba a llamar ahora. —Él, como siempre, leyéndome el pensamiento. Si no fuera porque entreno con él en el gimnasio y nos damos a base de bien en el *ring*, de tú a tú, pensaría que es un robot y no una persona.

—No me reincorporo hasta mañana.

—Lo sé, pero necesito que repases unos documentos que te acabo de pasar por correo. Mañana a primera hora me hacen falta los informes.

—¿Cómo de primera?

—A las ocho cuando vengas.

—Maravilloso, ya me has organizado la noche.

—No te lo pediría si no fuera urgente, Jacobo. —Me encanta cuando me llama por mi nombre y no por mi apellido, dorándome la píldora.

—A las ocho los tendrás.

Cuelgo y voy hasta el salón. Sira sigue medio dormida en el sofá, así que me siento en la mesa, me pongo los cascos y abro mi Mac para adelantar trabajo. El nivel de estrés de mi curro durante este último año casi puede conmigo. Estoy entrenado para soportar esa presión, e incluso más, pero hay días en que mi cerebro no procesa nada que no tenga que ver con la investigación y entonces es cuando tengo miedo de colapsarme y perder el control, como ya me ocurrió cuando acepté este puesto.

Me concentro un buen rato y pierdo la noción del tiempo. Cuando suena *Careo*, de Rayden y Bely Basarte, noto que alguien me quita el auricular de la oreja.

—¡Joder, qué susto! ¿Qué hora es? —le pregunto a Nacho que me mira raro.

—Tarde, ¿qué haces currando?

—Un par de informes para mi jefe.

Guardo los archivos y cierro el ordenador.

—Siempre te la mete doblada —me dice Nacho, en sentido figurado, claro.

—Yo que me dejo —afirmo y mi amigo se descojona.

—Nos ha abierto Sira, está en el baño con Laura, me ha dicho algo de que tenemos que llevar a su hermana una maleta, ¿no?

—Sí. Espera, me calzo y nos vamos. Será mejor que las dejemos un rato a solas.

Sira me pasa la dirección y el contacto de su hermana y es Laura quien avisa a Martina de que vamos para allá.

—Nos vamos —me despido de ellas y cabeceo cuando me doy cuenta de que Sira ha vuelto a vomitar y cada vez está más pálida, como siga así me voy a cabrear.

Nacho me pone al día sobre la visita de Noel a la pastelería y yo le cuento que ya he lidiado con él antes porque Sira no puede mirarlo a la cara. Los dos pensamos que quizás se está preocupando por nada. Cambio de tema y le pregunto por su fin de semana con Laura en Valladolid, el primero que han pasado los dos solos. Solo tengo que ver su cara de idiota para saber que está enamorado de ella hasta las trancas. Me alegro mucho por él, porque la vida tampoco se lo ha puesto fácil y me gusta que, poco a poco, vuelva a pensar en ser feliz.

Aparco en doble fila y le mando un mensaje a Martina para avisarla de que ya estoy aquí. Me bajo del coche y saco su maleta cuando la veo abrir la puerta del portal.

—Hola, no novio de mi hermana —me dice con una sonrisa bastante falsa.

—¿Me vas a saludar siempre así? —pregunto, elevando una ceja, porque así me llamó esta mañana cuando la recogimos en el aeropuerto.

—No lo sé. Puedo cambiarlo por madurito —responde con un poco de inquina.

—Como quieras, niña —rebato y se le congela la risa.

Sin duda, verla probar su propia medicina es lo más divertido de todo el día.

¿Qué coño estoy haciendo? ¿Me estoy poniendo a su altura?

—¿Cómo está mi hermana? ¿Está bien? —inquieta obviando la batalla.

—Sí, tiene pinta de ser un resfriado —miento—. Pero no te preocupes, está en buenas manos.

—Ya veo ya. Y en buenos brazos.

¡Joder con la niña!

—Perdona. —Me hago el loco—. ¿Qué has dicho?

—Tonterías. —Con el trasero abre la puerta y da un paso hacia atrás—. Gracias por haberme traído la maleta.

—De nada, solo obedezco las órdenes de tu hermana.

No le doy tiempo a réplica y me doy la vuelta para volver a mi coche.

Vaya peligro que tienen las Flores.

3

Mi mundo del revés

Cuando decidí que iba a quedarme a dormir estos días en casa de mi abuela con mi madre, para despedirla juntas, no imaginé que todo iba a ser tan intenso y raro.

Alejandra nos abandonó en esta casa y la verdad es que, antes de aquel hecho, apenas tengo algún vago recuerdo de ella. Puedo decir que mi infancia tuvo lugar entre estas cuatro paredes, pero de la mano de mi hermana y de mi abuela, nunca de ella. Sira es mucho más fuerte que yo y toda la vida ha tenido las ideas muy claras, nunca se llevó bien con la abuela y ahora no tiene ninguna intención de mantener una relación medianamente cordial con nuestra madre. Y no la juzgo, que conste, porque en la vida se me ocurriría hacer eso con mi hermana, la mujer más increíble que conozco, mi ejemplo a seguir. Gracias a ese coraje y a ese tesón que la caracterizan, ha construido pasito a pasito su propia vida, sin la ayuda de nadie y cuidando siempre de mí.

Mi madre lleva toda la semana llenándome la cabeza de disculpas, buscando mi perdón. Se arrepiente de todo lo que hizo, de haberse perdido nuestras vidas y de no haber sido lo suficientemente valiente para quedarse, pero está convencida de que fue lo mejor para nosotras. Entonces, ¿dónde está el problema? Ella tomó una decisión sin que nadie la coaccionara, debería de asumirla, ¿no?

—Ha llamado el abogado de la abuela para lo de su testamento. Hay que avisar a Sira —me dice antes de sentarse en la butaca del salón, el rincón favorito de su madre.

—Está bien. Yo me voy a Barcelona el miércoles, no puedo seguir faltando a clase.

Miro el móvil cuando oigo el sonido del WhatsApp y veo que es de Sira.

Tata

Ábreme que estoy abajo.

Yo

Voy.

Vaya, parece que nos estuviera escuchando.

—Tata, qué sorpresa. —La abrazo—. ¿Estás bien?

—Sí —me responde con un gesto extraño.

Se quita el abrigo y lo deja junto al casco en la entrada.

—Hola, hija. Me alegro de que estés mejor. Íbamos a llamarte, el abogado de la abuela nos ha avisado para hablar de su testamento.

—No me interesa —responde seca y puedo ver la confusión de nuestra madre por el tono que emplea mi hermana.

—Sira, por favor. Ella ya no está, sé que cometimos algunos errores y no me quieres en tu vida, pero deberías escuchar sus últimas voluntades.

—Tata, por favor, no quiero que discutáis ahora —intervengo para relajar el ambiente—. No te pasa nada por ir, así me acompañas.

—Está bien, iré —afirma un poco más suave—, pero solo si ella nos cuenta la puta verdad, ahora mismo. —La frase la termina gritando y clava su mirada en Alejandra.

—Sira. —Mi madre pronuncia su nombre, intentando mantener la calma, pero el tembleque de su labio al hablar la traiciona. Está nerviosa—. Ya os he contado toda la verdad, por qué me

fui, por qué os dejé, lo mucho que me he arrepentido estos años y por qué he vuelto. Tienes que creerme. Martina y yo hemos estado hablando mucho estos días. —Me busca con la mirada y yo miro a las dos como si fuera un partido de tenis—. Tienes que dejar a un lado el rencor, que no te llevará a ningún sitio, y ser más comprensiva, como ella.

—No te atrevas a darme consejos y mucho menos sermones —espeta mi hermana—. Sé que has dicho la verdad, al menos sobre lo que has hecho desde que nos dejaste tiradas en esta casa, pero ahora quiero saber toda nuestra historia, desde el minuto uno, desde el mismísimo polvo. No me voy a marchar de aquí sin respuestas.

—No puedo —suplica ella—. El pasado es mejor dejarlo atrás, Sira. No me hagas removerlo, no estoy preparada.

Se levanta y se va a la cocina. Me estoy empezando a cabrear, porque parece que ellas tengan una conversación silenciosa de la que no me están haciendo partícipe.

—Tata, yo no necesito saber nada más —digo convencida—. Con lo que me ha contado hasta ahora tengo suficiente. No hace falta que la presiones así. —Le agarro la mano para tranquilizarla.

Mi hermana se pasa la mano por el pelo y el gesto de rabia que tiene en la cara me confirma que algo gordo tiene que estar cociéndose en su interior. La conozco y siempre da pasos sobre seguro. Recibe un wasap y saca el móvil de su bolsillo.

Nuestra madre regresa con un vaso en la mano y se toma una pastilla.

—Vaya, ya veo que conservas los viejos hábitos —afirma Sira.

—Es un ibuprofeno, hija, me duele la cabeza —replica ella y cabeceo por la actitud de mi hermana. Podía darle una tregua, ¿no?

—Dinos, ¿qué relación tuviste con Emilio? —le pregunta Sira.

—Ninguna en especial, ya te lo dije, lo conozco hace años.

—Sí, lo sé. Te voy a refrescar la memoria, lo conociste en una fiesta de disfraces en un chalet de un amigo.

—No lo sé, hija. —Veo la cara de asco que pone mi hermana al escuchar ese *hija* de sus labios y yo parezco una idiota tratando de adivinar de qué narices están hablando—. No lo recuerdo con exactitud. —Le resta importancia mi madre.

—Mira, quizás con esto se te cure la amnesia. —Enreda con su móvil y le pone la pantalla delante de las narices—. ¿Te acuerdas mejor ahora?

—Sira, ¿de dónde has sacado eso? —pregunta ella demasiado nerviosa.

Mi hermana aparta el móvil de su cara y vuelve a mirar la foto, la amplía todo lo que puede y pestañea. Parece que, de repente, media sonrisa se asoma a su boca. Me estoy poniendo cardíaca. ¿Me van a explicar qué coño significa todo esto?

—Da igual de dónde la haya sacado —contraataca de nuevo—. No puedes seguir negándolo. ¡Te escuché, joder! —chilla más fuerte—. Te escuché hablar con Emilio en el tanatorio, o empiezas a contarnos ahora todo o lo llamo a él, seguro que le gustará venir y ponernos al día.

Las miro a las dos harta de ser transparente.

—Esto es muy difícil para mí —balucea mi madre.

—Después de treinta años, creo que tenemos derecho a saber quiénes son nuestros padres, las dos.

Joder, no sé si quiero saberlo, pero no dejaré que mi hermana luche esta batalla sin mí.

—Si quieres que siga en contacto contigo, habla de una vez —amenazo a mi madre para que haga caso a Sira y empiece por el principio.

—Está bien, tarde o temprano sabía que esto iba a ocurrir, el destino ha sido muy puñetero poniendo a los Alvarado en vuestro camino de nuevo —se lamenta—. Será mejor que nos sentemos. Las tres, por favor —insiste cuando ve que Sira no se mueve.

Termina cediendo y se coloca enfrente de ella. Alejandra empieza con la historia de mi hermana, no se corta en darnos detalles. Se quedó embarazada mientras estudiaba Enfermería y por primera vez menciona a su progenitor, de nombre Carlos, su profesor, veinte años mayor que ella. Me quedo quieta en medio de esta tormenta de información. Mi hermana y yo siempre hicimos conjeturas sobre una relación prohibida, con alguien casado o algo así.

—Nunca te hablé de él porque no quiso saber nada de nosotras, no quería perder su trabajo y, simplemente, pidió el traslado a otra universidad. Me enteré por una compañera que, poco después de irse de Madrid, tuvo un accidente de tráfico y se mató. Yo ya lo había enterrado mucho antes, por eso nunca lo mencioné.

—Perfecto, pero podías habérmelo contado hace años. —Resopla—. No tiene sentido guardar un secreto a un muerto.

No la rebato y continúa relatando por encima el episodio en el que Soledad quiso darla en adopción. ¿Cómo? ¿Mi abuela? ¿De qué están hablando? Me quedo congelada y mi hermana posa su mano sobre la mía. ¿Por qué me ha ocultado ese dato? Claro, esa es la parte que Soledad y Sira se echaban en cara y yo desconocía. ¡Joder, qué ilusa he sido!

—¿Por qué iba a hacer la abuela algo así? —pregunto con las lágrimas a punto de asomar por mis ojos.

—Porque en aquella época mi madre y yo éramos dos trenes de mercancías que no paraban de chocar, no supimos entendernos. Después, se arrepintió —responde mi madre y yo alucino. No me puedo imaginar a mi abuela maquinando algo así.

—Tarde —puntualiza mi hermana.

Nos habla de lo perdida que estuvo aquellos años teniendo que cuidar de Sira sola. Nos cuenta que, efectivamente, conoció a Emilio en aquella fiesta y que ambos se encapricharon el uno del otro. Él estaba casado y tenía dos hijos y ella tenía a mi hermana. Al principio, solo coincidían en fiestas con otros amigos, pero, un día, empezaron a quedar a solas.

¿Qué mierda es todo esto? No, joder. Yo también fantaseé con un padre, uno que volvería cualquier día y me diría que me había echado de menos, que había estado explorando el mundo. ¿Pero Emilio? No. No puede ser. Además, eso significaría que Noel, David y Claudia son...

—No... —Se me escapa la negación en voz alta y me tapo los ojos con las manos cuando empiezo a ser consciente de lo que ocurre—. No puede ser verdad.

—Martina, hija —solloza mi madre—. Yo lo quería, me enamoré como una idiota de él. Me prometió que dejaría a su mujer, que nos iríamos a vivir juntos los cuatro. Emilio sabe engatusar muy bien a las mujeres y yo fui una más de su larga lista. Después, él me dejó porque su mujer también se quedó embarazada, casi a la vez, y amenazó con destruir su carrera y dejarle sin nada si la abandonaba.

Suelta su discurso con una mano en el pecho fingiendo arrepentimiento, ¿o no? Es de locos. No me lo puedo creer, es demasiado surrealista hasta para nuestra atípica familia. Tiene que ser un error.

—Entonces, ¿Emilio es mi padre?

—Sí —afirma rotunda.

Y ahora se derrumba. Lloro entre hipidos y se acerca a abrazarme. La esquivo porque no quiero que me toque. Me subo en el regazo de mi hermana y entierro mi cara en su cuello, su olor me transporta catorce años atrás, cuando me metía en su cama porque no podía dormir.

—Enana. —Me levanta la barbilla para que la mire—. Estoy aquí, ¿vale? No tienes que hacer nada que no te apetezca, si quieres escucharla, bien; si quieres que nos vayamos a buscar a Laura y comernos todas sus tartas, también. Podemos dar vueltas en mi pitu toda la noche por Madrid o tomarnos catorce cervezas en Malasaña. Mírame, no estás sola, ¿entendido? No me voy a ir a ninguna parte, solo dime qué quieres hacer.

—Quiero irme a la cama, tata, pero quédate a dormir conmigo, por favor.

4

Control

Jacobo

Laura y yo entramos en mi casa con las bolsas de la cena y lo primero que oímos son las risas escandalosas de las hermanas en mi salón, es bastante más agradable escuchar el sonido de sus carcajadas que el de sus lamentos.

Hoy es la última noche de Sira aquí y está celebrando que, efectivamente, estaba equivocada y todo el asunto de la paternidad se ha aclarado. Bueno, en realidad, ella se ha liberado de esa carga, pero no Martina, que acaba de enterarse de que su padre es el doctor Alvarado y, por lo tanto, ahora también es hermana de David, el ex de Sira; de Noel, el novio de Sira, y de Claudia, su hermana pequeña, para que luego digan que no existen las casualidades. No sé, por las risas, parece que no se lo está tomando muy mal.

—¿Ya estáis con las cervezas? —pregunta Laura cuando se acerca al salón.

—Sí, rubia —responde Sira—. Mira, si viene con el dueño del *mejor picadero de la capital* —añade cuando me ve por detrás y Laura pone los ojos en blanco. Su coña dura desde que mi amigo y su amiga empezaron a pasar alguna noche juntos en mi casa.

—Ese soy yo. —Me pavoneo con una sonrisa de oreja a oreja desde el marco de la puerta—. Voy a dejar la cena en la cocina y a quitarme esta ropa. Ahora vuelvo.

Dejo los envases del restaurante chino de debajo de mi casa —elección de Martina, creo— sobre la encimera y me voy a mi habitación para ponerme algo más cómodo.

Cuelgo la cazadora en el respaldo de la silla y abro el armario para guardar la pistola. Me gusta guardarla nada más llegar a casa, porque si me lío a hacer cosas hay veces que no me doy cuenta de que la llevo todavía encima. Estoy desabrochándome los botones de la camisa cuando la puerta de mi habitación se abre de golpe.

—¡Qué...!

—Uy, perdona. —Se disculpa Martina en el umbral de la puerta—. Me ha dicho Sira que aquí hay un baño. Es que Laura está en el otro y me lo voy a hacer encima —se justifica.

—Sin problema —respondo, ignorando la mirada que está dedicando a mi pecho tatuado—. Es esa puerta de ahí.

—Gracias, gracias —responde y entra, echándose las manos a los botones del vaquero, para ir ganando tiempo supongo.

Vale, Jacobo. Concéntrate. Camisa. Botones. Quitar. Camiseta. Pantalón. Poner.

La escena es rara, porque solo ha botado la puerta, sin cerrarla del todo, y oigo cómo hace pis. Sí, literal, lo que me hace sentir cohibido en mi propia casa, increíble.

Me cambio todo lo rápido que puedo y me voy al salón antes de que salga ella.

—¿Cerveza o vino?

Sira se levanta del sofá y me ofrece su ayuda para traer la cena.

—Cerveza está bien. —Me abre una y me la da junto con un beso en la mejilla, totalmente espontáneo. Sonríe porque me encanta verla así de feliz y entonces me mete un pequeño manotazo, muy suyo.

No me voy a poner sensiblero, pero voy a echarla de menos. Volver del trabajo y verla ocupando mi espacio ha sido divertido, incluso cuando estaba hecha una piltrafa. No sé, llevo tanto tiempo viviendo solo que pensé que no toleraría la convivencia con nadie, pero ella y yo conectamos, de eso no hay duda.

Laura y Martina regresan y nos sentamos todos en el suelo, alrededor de la mesa pequeña, para empezar a cenar.

Martina empieza a contarnos su visita a casa de los hermanos Alvarado, está claro que necesita desahogarse, por eso le da igual hacerlo delante de mí, porque además sabe que su hermana me ha mantenido al tanto de todas las novedades. Nos relata las reacciones de David y de Noel. Sira confiesa que han sido exactamente igual a como se las había imaginado: su ex entre incrédulo y alucinado y Noel, sensato y sereno, sin poner en duda ni un solo segundo la información que les transmitía. Saco la lengua y me la muerdo cuando me deja a huevo repetir ese manido: ya te lo dije, cuando hacen referencia a la dichosa conversación que escuchó. No quiso hacerme caso, pero fue así, insistí en que había la posibilidad de que lo que escuchó en el tanatorio fuera sobre su hermana y no sobre ella, sin embargo, estaba convencida y prefirió ponerse en lo peor y romperse por dentro.

—Marti, ahora tienes familia numerosa —suelta Laura y Sira la mira mal, muy mal.

—¡Ni de coña! Ellos son *medio hermanos* —rebate Sira.

—Claro, por todo el tiempo que he tardado en enterarme de su existencia, ¿no? —comenta Martina con cierto tonito, entre irónica y exasperada.

—Por supuesto, y porque el título de hermana, con todas las letras, me pertenece única y exclusivamente a mí.

Martina quiere hacerse la fuerte y finge que solo necesita centrarse para recuperar su vida, pero me imagino que no será fácil. Mañana regresa a Barcelona para seguir sus estudios, pero, en el fondo, su cabeza debe ser un hervidero. Yo perdí a mi padre muy joven, pero tengo muchísimos buenos recuerdos con él y en mi casa siempre se habla de él con naturalidad. En cambio, lo de ellas es completamente distinto. Por lo que me ha contado Sira, nunca han echado en falta una figura paterna, ni tan siquiera han tenido una referencia cerca. Por lo tanto, saber que hay alguien que te concibió, que está vivo y que encima ya lo conocías, como es su caso, desestabiliza a cualquiera.

Recojo los restos de la cena mientras ellas nos comentan por encima la reunión que han tenido con el abogado de su abuela y mencionan la sorpresa que se han llevado con el entresuelo que les ha dejado en una calle muy céntrica.

—Vamos a hacernos una foto —propone Martina y saca su móvil.

—¿Con estás pintas, enana? —replica su hermana.

—Sí, así la miraré cuando esté en Barcelona y recordaré esta noche mágica y especial —dice con sorna.

—Yo también la recordaré siempre, estoy cumpliendo mi fantasía —afirmo.

—¿Qué fantasía? —me pregunta Sira, arqueando una ceja.

Martina se coloca delante de mí y nos juntamos los cuatro.

—Mi primera fiesta de pijamas.

—Oye, que yo me voy a dormir a mi casa —protesta Laura.

—Pues vaya chorrada de fantasía, pensé que ibas a decir que era montártelo con las tres —suelta Martina como si nada.

Me. Cago. En. Todo.

Dispara dos veces seguidas con el móvil y no quiero ver el resultado, porque mi cara debe de ser un maldito poema.

—Enana, eso solo pasa en esas novelas que lees. No flipes. Anda, déjame salir que voy al baño —rebate su hermana y se levanta.

Me muevo yo también y me siento en el sofá, porque la pequeña de las Flores sigue pegada a mí y me pone un poco nervioso tenerla tan cerca. Tomamos una cerveza más entre risas y recuerdos bochornosos. El lanzamiento de cojines llega cuando mencionan el día que me llamaron para que sacara a Sira de la comisaría, porque aquí, esta fierecilla de amiga que tengo, no se pudo contener y se encaró a dos compañeros capullos en mitad de la calle.

Mañana hay que madrugar mucho para llevar a Martina al aeropuerto, se despiden de Laura y yo la acompaño hasta el portal para que coja un taxi. Cuando regreso a casa están las luces apagadas y todo en silencio, así que me voy directo a mi habitación.

Me quito la camiseta y me pongo el pantalón del pijama. Antes de meterme en la cama recuerdo que tengo el cargador del móvil en la cocina, así que salgo a buscarlo para enchufarlo.

La luz pequeña, la que cae justo encima de la mesa, está encendida. Me asomo por la puerta y, como soy idiota, la imagen que veo me hace trastabillarme. Me machaco el dedo meñique del pie derecho con la pata del taburete cuando empiezo a caminar.

Martina está de espaldas, estirada, intentado coger un vaso grande de la parte más alta del armario, hasta ahí todo puede parecer normal, pero, si te digo que lleva puesta mi camiseta de la academia, con la que durmió Sira los primeros días aquí, anudada por encima de la cintura y en bragas, la cosa cambia, ¿no?

Braguitas, aclaro, braguitas, minúsculas y algo transparentes.

—¡Auch! —me quejo del golpe y me llevo la mano al dedo para frotármelo.

—¡Coño, qué susto!

—Espera que te ayudo. —Me acerco por detrás, encajándola entre mi cuerpo y la encimera, sin pretenderlo, y cojo el vaso.

En esta posición no puedo evitar olerla. No sé, es un aroma demasiado familiar para mí, con el silencio de la noche parece que nota mi respiración profunda.

—Sí, huelo a ti —me confirma dándose la vuelta—. Es que antes en tu baño me eché un poco de tu colonia.

Perfecto, Jacobo. Mírala a la cara y no al *piercing* del ombligo. Joder, ¿era necesario atarse mi camiseta con un nudo debajo del pecho? Yo respondo: no, no lo era.

—Un poco masculina para ti, ¿no? —Le tiendo la botella porque supongo que querrá agua.

—Pues no, es que odio los perfumes de chicas, son demasiado dulces y empalagosos. —Termina la frase pellizcándose el labio y cojo aire, mucho. No sé por qué todavía no me he despegado de ella.

—Para gustos los colores, niña.

Vaya, el tono que he empleado ha sido bastante impertinente. Noto cómo tensa la mandíbula al escucharme, pero no se calla.

—¿A qué has venido? ¿A por un vaso para meter tu dentadura postiza?

Buen gancho, Martina, no esperaba menos de ti.

—No. —Estiro el brazo por encima de su hombro y desenchufo el cargador. Invado tanto su espacio que no tiene más remedio que ladear la cara para no pegarla a mi pecho—. A por el vigilabebés, por si te despiertas de noche.

—Pues estate atento, probablemente te guste ver lo que hago antes de dormirme.

¿Está insinuando lo que creo que está insinuando? Será cabrona.

Reculo y me despego de ella. Control llamando a Jacobo.

—¡Marti...! —vocea su hermana—. El agua que me voy a ahogar.

Y pum, vuelta a la realidad. Gracias, Sira, por sacarme de este charco.

La panorámica de su trasero, contoneándose mientras sale de la cocina victoriosa, me va a perturbar el sueño.

5

Ella y yo

Empieza a llover cuando pongo un pie fuera de la estación de metro, perfecto, justo lo que necesito para terminar el día. No me gusta la lluvia, odio la lluvia, soy más de sol, caliente y radiante. He salido esta mañana cuando amanecía con un cielo bastante despejado para ser febrero, así que no tengo paraguas.

Cruzo rápido y sin mirar, y me adentro en las calles del barrio Gótico para llegar cuanto antes a casa. Me pego a los portales a ver si con un poco de suerte las cornisas me resguardan de las gotas. Agacho la cabeza y me ajusto los auriculares, subiendo el volumen al máximo para escuchar *I'm Not Mad*, de Halsey, perfecta para repetirme el título como un mantra, porque desde que regresé a Barcelona no he parado de comerme el tarro. No sé cómo soy capaz de aguantar el ritmo castigador que infrinjo a mi mente y a mi cuerpo la mayoría de los días.

¿Sabes lo que es que todo tu mundo estalle por los aires? Pues te lo puedo explicar: una auténtica mierda. La muerte de mi abuela. Una madre resucitada. Un padre de la nada. Tres hermanos más y la triste sensación de estar más sola que nunca. Así es como me siento desde que volví de Madrid, como una cría perdida en un mar de nada. Este maldito nudo en el estómago, a veces insoportable, que se retuerce con la presión de todos los que me rodean, los de aquí y los que están en la distancia, como es el caso de Sira y de David, que sé que se preocupan por mí con la mejor voluntad del mundo, pero es que, a veces, sus continuas llamadas para saber cómo estoy me agobian un poco. Cada vez tolero peor la mirada inquisidora de Carola cuando salimos de fiesta y vuelvo como un piojo a casa y me empieza a cansar el lenguaje condescendiente de Oriol, a quien rehúyo continuamente.

No estoy loca, no, aunque a ratos lo aparente. Solo padezco un trastorno de conducta transitorio, que básicamente se traduce en hacer lo que se me ponga en el moño; beber, salir, dormir poco y mal, forzarme para madrugar y no perder más clases, pasarme horas en la biblioteca avanzando trabajos y comer cuando me acuerdo, por lo que suelo llegar a casa reventada por dentro y con la mente tan cansada que no soy capaz de pensar. Quizás esa sea mi manera de salvarme, dinamitarme por dentro.

Con la cabeza gacha y las manos sujetas a las asas de la mochila camino hasta llegar a nuestro portal, como si la lluvia no fuera capaz de calarme los huesos si me escondo de mí misma.

Solo está dada la lámpara de pie del salón, pero veo la silueta de Oriol, fumando, en el pequeño balcón que da a la calle.

—Hola —saludo antes de avanzar hasta mi habitación, irremediamente tengo que pasar por delante de él.

—Hola. Hay macarrones que sobraron de la comida, te los he dejado en el microondas.

—No tengo hambre, pero gracias. Voy a quitarme esto que estoy calada y a darme una ducha.

—Puedo ducharme contigo y te froto la espalda. —Entra en el salón después de apagar el pitillo, dentro no le dejamos fumar.

—Muy gracioso, pero no —respondo, rechazando su proposición—. ¿Y Carola? ¿No ha venido todavía?

—Se ha ido a cenar con sus padres, que hoy hacían noche aquí.

Los padres de mi amiga son los dueños de una empresa farmacéutica y viven más en los aviones que en sus propiedades, y eso que tienen unas cuantas. Nunca se sabe cuándo van a aparecer, así que supongo que a mi amiga también le habrá pillado desprevenida su visita, porque no me ha comentado nada.

—Oriol —le advierto cuando se acerca con sigilo hasta mí—. Tenemos que hablar, lo que pasa es que hoy estoy agotada, pero hay que poner unas reglas y cumplirlas.

—¿Qué pasa, Marti Marti? Soy yo. —Extiende los brazos para que me pegue a él.

Somos compañeros de piso y amigos. Está prohibido. Y todavía no he sido capaz de preguntarle si él y yo aquella noche al volver de fiesta llegamos a hacer algo más que magrearnos en mi cama.

—Estoy empapada, me voy al baño.

El ruido de las llaves nos hace girarnos hacia la puerta para ver cómo llega Carola.

—Hola. ¡Joder, qué frío! ¿Ya se ha apagado la calefacción? —Nos mira a los dos, que estamos demasiado cerca y veo cómo frunce el ceño.

—Hace un rato que se ha apagado, pero ven aquí, amiga, desprendo suficiente calor para las dos.

—No lo dudo —sisea mi amiga y se descojona mientras se quita el abrigo.

Aprovecho la miradita que se dedican y me voy a mi habitación antes de ir al baño.

El agua caliente me destensa un poco y después de ponerme el pijama más gordo que tengo, uno de franela rosa con lunares blancos que me regaló Sira, decido ir hasta la cocina a prepararme un vaso de leche.

—¿Qué tal el día? —me pregunta Caro y se sienta a mi lado en la mesa.

—Agotador. ¿Y tú con tus padres? —me intereso porque sé que mi amiga cuando vuelve de estar con ellos está más triste que nunca.

Sus profesiones han sido siempre lo primero en su escala de valores y Carola ha pasado más tiempo al cuidado de familiares y niñeras que con ellos, por eso enseguida me propuso que viviéramos juntas, porque odia estar sola.

—Mañana se van a Singapur, con suerte regresarán a tiempo para celebrar mi veintitrés cumpleaños. Todo genial.

Me levanto de la silla y la achucho, ella también se ha puesto el pijama, así que parecemos dos bolas de algodón, suaves y esponjosas.

—Yo lo celebraré contigo, y lo sabes. —La apunto con el dedo, a lo meme Julio Iglesias, y consigo hacerla reír.

—No me cabe la menor duda —afirma y me da un sonoro beso en la mejilla.

—¿Empezamos a ver *30 Monedas*? —nos pregunta Oriol, asomándose por la puerta e interrumpiendo nuestro momento tierno.

—Yo estoy reventada, no creo que aguante sin dormirme —respondo.

—Yo tengo que terminar un ejercicio para mañana, sí o sí. —Carola se disculpa y hace el amago de irse.

—Está bien, pero os voy a decir una cosa, lleváis unos días muy raras conmigo. Si llego a saber que os ibais a comportar así, no me hubiera acostado con ninguna de las dos.

El último trago de leche se me va por mal sitio y empiezo a toser tanto que mi amiga se apresura a darme unos golpes en la espalda. Me cuesta unos segundos dejar de atragantarme y volver a respirar con normalidad.

—Vale, ahora sí que vamos a sentarnos en el salón y a hablar de qué os pasa —dice él resuelto al ver nuestras caras de espanto.

—¿Ahora? —pregunta mi amiga y agacha la mirada.

Mierda. No me puedo creer que se haya enrollado con él y no haya sido capaz de contármelo. Joder, entre nosotras no hay secretos, al menos yo le confesé que no tenía ni idea de si lo habíamos hecho.

—Cuanto antes mejor —respondo y la animo con la cabeza para que nos siga hasta el salón.

—Vale, empiezo yo. —Se adelanta Oriol—. ¿Me podéis decir cuál es el problema? Somos amigos, compañeros de piso y adultos. —No me puedo creer que después de haberse fumado su último porro de la noche tenga esta capacidad de racionalizar con tanta simpleza—. Tías, es sexo, se hace y se disfruta, no hay que complicarlo.

Lo dice como si Carola y yo no fuéramos las mejores amigas del mundo mundial y él no desayunara y cenara con nosotras. Si le escuchas desde fuera, parece que hubiera quedado con nosotras para follar por Tinder y si te he visto no me acuerdo.

—¿Sexo? Espera un poco que me pierdo —intervengo—. ¿Me estás diciendo que tú y yo lo hemos hecho? —Me envalentono porque es ahora o nunca.

—No me jodas, Marti, ¿no te acuerdas?

Carola se suelta el pelo y se lo revuelve, nerviosa, después enreda con la borla del cojín que le queda más cerca.

—Sé que estábamos en mi cama, en ropa interior, nada más —comento.

—Vale, pues hicimos de todo, sin metértela, quizás por eso no lo recuerdas. Joder, estábamos bastante perjudicados, hubiera sido imposible.

Suspiro con cierto alivio, no sé, me parecía que si hubiéramos llegado hasta el final lo recordaría. Y me prometo a mí misma no volver a meterme en la cama con un tío después de haber ingerido alcohol.

—¿En serio tenemos que compartirlo? —pregunta mi amiga y se lleva el cojín a la cara.

—Por supuesto, al menos yo lo comparto todo contigo, pero ya me he dado cuenta de que no es mutuo.

—Marti, lo siento —musita ella—. Has vuelto de Madrid mal, estás nerviosa y alterada, no he encontrado el momento para decírtelo.

—Eh, sigo aquí, ¿vale? —Nos interrumpe Oriol—. También vivo con vosotras. —Lo fulminamos con la mirada, porque las dos sabíamos que con esa cara y ese cuerpo nos daría problemas—. Lo que quiero decir es que no sé dónde está el problema. Sois unos pibones, me parecéis unas tías increíbles y no tenéis novio ni nada por el estilo. Los tres somos libres para follar sin ningún compromiso, cuando surja y punto.

—Tú y yo no hemos follado —le aclaro.

—Pero ella y yo sí—afirma él señalando a mi amiga.

—¡Joder! —decimos Carola y yo al unísono. Y sin querer nos empezamos a reír.

—De puta madre, ahora os descojonáis.

—¡Vale! Ya está, el suero de la verdad ha hecho efecto —ironizo.

—Lo que pasa, Oriol, es que Martina y yo tenemos una regla que claramente nos hemos pasado por el toto y sentimos comunicarte —dice mi amiga y me mira, las dos asentimos con la cabeza, porque, aunque no ha continuado hablando, sé lo que va a decir—: que no se volverá a repetir.

—¿Por qué? —pregunta él con tono lastimero.

—Porque ningún tío, por muy bueno que esté —puntualizo—, va a joder lo que esta belleza y yo tenemos.

—¿Entendido? —inquire mi amiga acercándose a él.

—Más o menos. Así que estoy bueno, ¿eh? Del uno al diez, ¿cuánto? —pregunta con chulería y nos lo pone a huevo para levantarnos y dejarlo solo con su ego, que llena todo el salón.

Carola y yo nos abrazamos antes de entrar en nuestras habitaciones, porque, a pesar del momento embarazoso, nada se interpondrá entre ella y yo, nunca.

—Hoy no rijo, pero mañana quiero todos los detalles de ese polvo, que tú seguro que te acuerdas, cabrona.

—Claro, a ver si así te refresco la memoria, ¿no? —me pica ella.

—¡Qué va! Si yo lo recuerdo todo —miento como una bellaca y me parto de risa—. Además, a mí no me la metió.

6

Barcelona

Jacobo

Me visto rápido, vaquero, jersey gris y cazadora. Salgo de la que a partir de hoy será mi nueva habitación por tiempo indefinido y bajo las escaleras toqueteando los bolsillos para comprobar que no me dejo nada.

—Aitana, ya estoy —digo en voz alta para que mi hermana me oiga, desde donde quiera que esté, porque esta casa es tan grande que podría perderse.

—Dame un minuto —me dice desde el más allá, porque la escucho lejísimos.

Cuando le comenté a mi primo que tenía que venir a currar a Barcelona, no dudó ni un segundo en ofrecerme su humilde morada, bueno, realmente de humilde tiene más bien poco. Es un casoplón ultramoderno en Castelldefels, a unos veinte minutos en coche de Barna. Piscina exterior con zona *chill out*, jardín inmenso, piscina interior climatizada, sí, al lado del salón, y unas vistas al mar Mediterráneo espectaculares desde cualquier ventana, imposible decirle que no.

Empiezo en mi nuevo puesto el lunes, un marrón que me han endosado del que prefiero no hablar para no cabrearme, pero he llegado hoy. Mi hermana ha estado pasando unos días aquí y me apetecía verla antes de que mañana regrese a casa.

—¿Estás lista? —pregunto cuando aparece en el *hall* con la barra de labios en la mano.

—Sí, espera que cojo mi bolso y las llaves. —Cerramos y saco mi coche del garaje para marcharnos.

Mi primo Pol es socio de un importante grupo hostelero, así que esta noche nos ha dicho que nos pasemos por uno de sus clubes, el último que acaba de inaugurar, ubicado en pleno paseo de la Barceloneta, al lado de la playa. Nos había reservado una mesa para cenar allí mismo, pero, como he tenido que arreglar unos temas pendientes en Madrid, he llegado más tarde de lo esperado, por lo tanto, nos saltamos ese paso y vamos directamente a las copas, aunque por supuesto que hemos picado algo en casa antes de salir.

—Entonces, ahora, ¿vas a trabajar de lunes a domingo? —me pregunta mi hermana con cautela porque sabe que no suelo dar muchas explicaciones sobre eso.

—Espero que no. Ya sabes que lo de la jornada de ocho horas no es lo mío, aunque confío en poder tener algún fin de semana libre. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer ahora?

Mi hermana es profesora de educación infantil, pero no tiene plaza fija y los últimos cursos ha estado cubriendo bajas en varios colegios. Ahora está desempleada.

—Preparar la oposición, aprovecharé todo lo que pueda antes de que me llamen de nuevo, porque estoy segura de que lo harán.

—Pues dale caña. Además, cuando mamá se jubile en verano va a estar encima de ti todo el día. Aprovecha ahora que todavía sale de casa —le vacilo.

Aitana vive con mi madre y las dos se llevan como el ratón y el gato, pero en el fondo no pueden estar la una sin la otra. Mi madre se quedó viuda joven y siempre ha trabajado muchísimo para sacarnos adelante sin la ayuda de nadie. Es una mujer luchadora y un puro nervio, así que, ahora que está a punto de jubilarse, sé que no va a saber qué hacer con su vida,

por lo que meterse con su hija pequeña, que es tremendamente tranquila, será su mayor pasatiempo.

Llegamos a la entrada del club y doy mi nombre y las llaves de mi coche al aparcacoches que nos recibe y es quien se encarga de llevárselo. Mi hermana se estira la americana y sonrío al ver el nivel del sitio.

—Joder, vaya pasada, ¿no? Y está a tope. No me extraña que Pol no quiera volver a Huesca.

—No sé, Aitana. —Frunzo el ceño al echar un vistazo a la entrada del local, atestada de niños—. Yo soy más de garito de cerveza de barril, de esos donde la barra está pegajosa.

—¡Anda, hermanito, no seas aguafiestas! Ni que tomáramos copas en estos sitios todos los días.

El chico de seguridad habla por el pinganillo con mi primo y suelta el cordón rojo para que pasemos. El golpe de calor nada más entrar es un poco desagradable y el sonido alto de la música tampoco me emociona.

Mi hermana empieza a moverse y me sujeta la mano para arrastrarme en cuanto nota que estoy analizando cada detalle. Las luces, las mesas acordonadas como reservados, las dos pequeñas tarimas, el techo, el suelo, las tres salidas de emergencia, la capacidad máxima del local, las escaleras de la izquierda, la puerta del almacén y las caras de las personas con las que me voy cruzando.

Putada deformación profesional.

—¡Primos! —nos grita Pol cuando nos ve llegar hasta la barra.

Nos saluda con un buen abrazo y nos presenta a la chica morena que tiene a su derecha, es Noemí, su penúltima novia, sí, sé lo que me digo. Pol es el eterno buscador y oye, que disfruta con esa búsqueda de la definitiva y a mí me parece cojonudo. Con esta he perdido la cuenta de todas las anteriores. Es una abogada bastante famosa que, de momento, ha conseguido que se mude a su ático con ella, por eso su casa está vacía, así que le daré el beneficio de la duda.

Nos pide unas copas: yo un *gin-tonic*, con poca ginebra, y mi hermana un ron con naranja. Aitana y Noemí bailan cada tema que pincha el DJ, grandes éxitos latinos, para no variar, y me río al ver a mi hermana burlándose de mi careto, porque lo más probable es que me sangren los oídos en cualquier momento.

—Ahora vengo —les digo.

—¿Dónde vas? —me pregunta Pol.

—A dar una putivuelta, no ves que tiene cara de no pillar desde hace meses —responde la graciosa de Aitana y se gana una peineta en medio de las carcajadas de todos.

—Vamos. Te acompaño y te enseño todo esto. —Se ofrece mi primo.

El club no es muy grande, pero tiene un par de zonas definidas, con la pista en el centro. Nos movemos entre la multitud y llegamos al otro extremo. La camarera rubia de la barra pequeña me quiere servir otra copa cuando me ve con Pol, pero declino la invitación y me pone solo una tónica.

—Perdona, estamos esperando una botella de vodka. —Un chico alto se pega a mi brazo derecho para pedir—. Para el reservado dos. —Indica con la cabeza e instintivamente desvío la mirada a esa dirección.

—No me jodas...

Doy un paso hacia delante para comprobar que no me equivoco.

—¿Qué pasa? —pregunta mi primo—. ¿Quieres relajarte? Es sábado, no estás currando, mamón. —Me pega un codazo para sacarme de mis pensamientos.

—Eso es lo malo, que no es curro —respondo lacónico.

¿Cuántos locales habrá en esta ciudad? ¿Cientos? Pues nada, que precisamente ella tiene que estar aquí y lo peor de todo es que ahora que la he visto no puedo ignorarla.

Pol se da cuenta de que estoy mirando a los chicos del reservado, en concreto a la chica que baila al ritmo de *La Noche de Anoche*, de Bad Bunny y Rosalía. Rubia. Ojos verdes. Cuerpo menudo. Y ese culo perfecto que ha sido el protagonista de mis últimos sueños.

—El del pelo largo y rubio es el hijo de un socio del bufete de Noemí, un pijo bastante gilipollas que tiene el reservado fijo todos los sábados.

—El otro está liándose un cigarro, no se lo deberías dejar hacer aquí —apunto.

—No es tabaco es maría y sale a fumar a la calle, siempre —me informa—. Han venido más veces, los tengo controlados. Ricard —me señala al chico de seguridad que está en la pista— se encarga de vigilar de cerca al colega, que juega en otra liga.

—¿Coca?

—Y pastillas. Ya tiene una advertencia, pero su papá le salvó el culo. No quiero discutir con Noemí, pero si lo pilló de nuevo metiéndose dentro del club no lo volverá a pisar. Ahora, dime, ¿quién es ella? —inquiere al ver que no aparto mi mirada de la rubia que no para de balancearse.

Mi primo y yo siempre jugábamos a ser polis de pequeños, nos encantaba escondernos detrás de cualquier esquina y vigilar todo lo que ocurría. Nos montábamos casos en la cabeza y los resolvíamos, como si fuéramos detectives. Él entró en la academia un año antes que yo, pero algo turbio le ocurrió porque abandonó antes de terminar y se labró otro futuro, nunca me lo ha querido contar, pero no hay duda de que sigue manteniendo ese instinto.

—Una debilidad que no me puedo permitir y que me tiene agarrado por las pelotas.

—Pues tu debilidad está a punto de partirse la crisma —me avisa cuando ve que hace el amago de subirse a bailar sobre la mesa de cristal.

Tardo dos segundos en llegar hasta ella y sujetarla por la cintura antes de que se dé de bruces contra el suelo. Con el movimiento, la pego tanto a mí que su cara se queda a dos centímetros de mi pecho. Tiene la melena revuelta y se la aparta antes de levantar la barbilla y mirarme.

—¡Qué coño! —exclama sorprendida. Alarga la última sílaba demasiado, confirmándose que esas botellas de vodka no se han vaciado solas.

—Buenas noches, Martina —saludo sin soltarla, no sé por qué, pero ella tampoco se mueve.

—Oriol... —Me ignora y gira la cabeza para dirigirse al chico moreno—. ¿Qué cojones llevaba ese porro que me has dado antes? Ahora tengo alucinaciones.

Todos se carcajean y se sirven más alcohol. Inspiro para controlarme. De lujo, drogas y alcohol, una combinación maravillosa, Martina.

—Joder, Marti, casi te matas. —La otra chica que estaba bailando con ella se acerca a nosotros—. Puedes soltarla ya. Gracias —espetea con desagrado y me aparta las manos que todavía están apoyadas en la cintura de Martina—. ¡Odio a los sobones! —sisea, pero le leo los labios.

—Yo a este no, Carola caracola.

Me separo de ellas para dejar que corra el aire y me muerdo el labio, conteniéndome. Joder, ese descaro...

—¡Marti, joder! ¡Qué dices, si es supermayor! Me prometiste que si bebías no...

—Es madurito, Caro, pero tiene un pase. Además, él es... —Inclina la cabeza señalándome.

Me cago en todo. Es demasiado surrealista esta conversación y encima me ignoran, como si no estuviera delante.

—Marti Marti, salgo a fumar, ¿vienes? —Las interrumpe el tal Oriol y su amiga sale disparada hacia la pista.

—Sí, claro. Adiós, Jacobito, no sé qué haces aquí, pero disfruta de la noche.

—Martina... —la llamo.

Se da media vuelta y se pira hacia la salida con ese tío. Cabeceo cuando veo que se tiene que apoyar en el hombro de él para no perder el equilibrio.

Vuelvo al fondo para despedirme de mi hermana. Está hablando muy cerca de un amigo de mi primo y no quiero interrumpirla, así que le digo adiós con la mano y ella me guiña un ojo.

—Me voy, Pol. Procura que Aitana llegue bien a casa.

—Tranquilo.

En la puerta me cruzo con el tío de antes, que entra de nuevo, pero ni rastro de ella.

—¿Dónde está Martina? —le pregunto cortante. Va tan fumado que le cuesta enfocarme.

—No sé, ahí —titubea—. Por el paseo de la playa.

La localizo apoyada en una farola a cien metros, quitándose un zapato y recogiendo algo del suelo.

—Martina.

—¿Qué haces aquí? Estoy pedo, pero no necesito un papá que me vigile, ya sabes que ahora tengo uno —dice con tono despectivo.

Algo brillante se le escurre de la mano. Me agacho y lo recojo. Son los pendientes, así que me los guardo en el bolsillo de la cazadora antes de que los pierda. Sin mirarme, se gira y empieza a caminar en dirección al club.

—Venga, creo que por hoy ha sido suficiente. —La sujeto de la muñeca para que se detenga—. Te acompañaré a casa.

Se pone con los brazos en jarras, mostrándome su indignación.

—Estoy de fiesta —hipea y puedo ver cómo la primera arcada le sube a la garganta—. No pienso irme a casa.

—Martina, mira cómo estás. Vas a vomitar —le anuncio, intentado mantener la calma.

No me apetece montar un numerito delante de la gente que pasa, pero tampoco quiero dejarla entrar de nuevo al club en ese estado. La segunda arcada es más fuerte, menos mal que reacciona justo a tiempo para inclinarse y soltarlo hacia la arena. Le aparto el pelo de la cara para que no se manche y me quedo a su lado.

—Madurito...

De puta madre, veo que ha perdido solo el contenido de su estómago y no las ganas de tocarme los huevos.

—Dime, niña.

—Quizá sí que debería irme a casa ya, como los de tu edad.

Experta en volcanes

Abro un ojo cuando oigo chirriar la puerta y veo la silueta de Carola abalanzándose sobre mí.

—Buenas tardes, amiga. —Se acurruca a mi lado—. Son casi las cinco, dormilona. —Me zarandea.

Me froto la cara y empiezo a ubicarme. Mi habitación. Mi cama. Mi pijama.

—¿Tanto he dormido?

—Sí, y eso que volviste a casa la primera.

Me incorporo y apoyo la espalda en el cabecero, intentando hacer memoria. ¿Es domingo? Sí, lo es. ¿Volví a casa la primera? No lo sé, recuerdo que estaba bailando y que alguien me sujetó por la cintura.

—¡Jacobo! —exclamo y me tapo la boca.

Un montón de imágenes inconexas se cruzan por mi mente. Sus manos. Sus brazos. Sus ojos azules, intensos y transparentes. Su coche. En un acto reflejo meto la cabeza dentro del cuello de mi pijama de lunares y me miro el pecho. Llevo sujetador. Nunca duermo con sujetador. Perfecto. Yo no me he desnudado ni me he puesto el pijama.

—¿Jacobo? ¿El poli buenorro de tu hermana? ¿Al que quieres lamerle las líneas de tinta que dibujan su cuerpo? —me pregunta mi amiga, escrutándome con la mirada. Vale, igual se lo había mencionado algún día desde que volví.

—Joder... —me quejo.

—¿Jacobo era ese tío mayor? ¿El que te sujetó en el club? —Está bien que me escuches, amiga—. Ah, ahora ya lo pilló. ¿Por qué coño no me lo dijiste?

—Joder, lo intenté, te lo dije con la mirada, pero tú nada. Sí, es el mismísimo Jacobo. Y, por cierto, eso de tío mayor suena fatal.

—Bueno, tú me has hablado de él como el madurito que te comerías, no hay mucha diferencia. A ver... —Ella sigue con su diatriba—. Se nota que no es un crío, pero no tendrá más de cuarenta, ¿verdad? Porque entonces podría ser tu padre y eso da grima, Martí. —Niego con la cabeza y me tapo, esta vez con la sábana—. ¿Por qué coño no me lo presentaste?

—Yo qué sé. Fue un *shock* encontrármelo allí y no estaba muy lúcida, la verdad.

—Martina Flores. —Se avvicina sermón—. Me prometiste que no ibas a tener sexo si...

—No me lo he tirado, Caro —la corto—. Ni de coña. Recuerdo que salí a fumar con Oriol y me dio el bajón, me mareé mucho, así que me quedé fuera. —Me doy con la palma en la frente cuando me acuerdo de que vomité, a lo grande—. Él me encontró y eché la pota. Creo que ahí decidí volver a casa, a partir de ese momento, no me acuerdo de nada.

—Lo siento, Martí. No pensé que estabas así de mal, podía haber vuelto contigo. Me mandaste un mensaje cuando ya estabas en casa. —Arqueo una ceja porque no lo recuerdo—. De todas maneras, tienes que bajar el ritmo, lo sabes, ¿no?

—Sí, mamá. ¿Y tú? Tú ayer también estabas desatada.

—Porque era mi cumple, amiga, tenía excusa. —Me saca la lengua suavizando su bronca.

—Ya —me quejo—. De esas tengo yo decenas.

Abro el edredón para irme al baño y en mi mesita veo una nota, apoyada delante de un vaso con agua junto a una pastilla.

—¿Te ha dejado una nota? Oh, qué romántico. Así es como se hacía en su época, ¿no?

—No seas idiota.

—¿Qué pone?

—Tómame esto cuando te despiertes y si quieres, llámame.

—Sí, sí quiere, claro que quiere, señor mayor —responde en voz alta mi amiga por mí.

Doy la vuelta al papel en busca de su número, pero no hay ni rastro. Me levanto y busco mi móvil, lo localizo cargándose, encima de mi escritorio. Entro en los contactos y busco por la *j*, nada. Empiezo a mirar la agenda desde la *a*, cardíaca, y cuando llego a la *m*, ahí está: madurito.

—Será idiota. —Me toco la oreja en un gesto nervioso que hago continuamente y echo en falta mis pendientes—. No.

—¿Qué pasa?

—Mis pendientes de aro, son los de la estrella, los que me regaló mi hermana, no puedo haberlos perdido.

—A ver, busca en la ropa de anoche o en el bolso. Igual los guardaste.

—Creo que uno se me soltó y me quité el otro.

Rebuscamos por todos los sitios y me fijo en que mi ropa está doblada y posada en la silla. Si él me desnudó quizás sepa dónde están.

—Marti, con el pedo que traías ayer, ¿has doblado tu ropa? —me pregunta mi amiga que me conoce como la palma de su mano—. Pues eso sí que es raro.

—No me la he quitado yo.

—Joder, ¿pero no me has dicho que no hiciste nada?

—Caro, no recuerdo haberme desnudado. Mira. —Me levanto la parte de arriba del pijama y le enseño mi sujetador—. Ha tenido que ayudarme Jacobo, supongo que él lo habrá colocado ahí.

—Resoplo, porque, si por ser una inconsciente he perdido los pendientes, me moriré del disgusto, mi hermana los tiene igual y son muy especiales para las dos.

—Pues entonces, llámalo. Quizá él los haya guardado en algún sitio.

—Ojalá. Pero antes voy a ducharme, necesito estar completamente despejada para hablar con él.

Me tomo la pastilla con un poco de agua y salgo de mi habitación. Será mejor que piense con claridad antes de llamarlo, porque siempre pone a prueba mis capacidades dialécticas.

Cuando regreso a mi habitación para vestirme, Caro ya me ha abierto la ventana para ventilar y me ha quitado las sábanas de la cama. Normalmente hacemos una colada grande los domingos.

—Gracias, Carola caracola —chillo mientras me subo los vaqueros.

—Hoy por ti, mañana por mí —me grita desde la cocina.

Hago la cama y, cuando termino, me siento en el borde, enredo con el móvil, meditándolo, paso el pulgar por la pantalla y cojo aire antes de llamar.

—Sí...

—Jacobo, soy Martina.

—Lo sé, lo pone en mi pantalla. —Será capullo—. Me alegra saber que estás en el mundo de los vivos.

—Podía haber muerto asfixiada mientras dormía con el sujetador, oprimiéndome el pecho.

—O en tu propio vómito, tirada en la playa.

Puto poli. Al final voy a tener que darle la razón a Noel, que no soporta que sea así de sobradito.

—Eh —baluceo. ¿En serio me va a dejar sin palabras?—. Te llamaba porque quería preguntarte por los pendientes que llevaba anoche. Por casualidad, ¿no sabrás dónde están? Es que no los encuentro.

—Sí, se te cayeron en el paseo, los tengo en el bolsillo de mi cazadora.

—Ay, menos mal. ¿Estás en la ciudad? —Me aventuro a preguntar—. ¿Podemos quedar para que me los devuelvas?

—Estoy en Barcelona ahora, pero no tengo puesta esa cazadora. Si quieres paso a recogerte y me acompañas a cogerlos. Luego te traigo de vuelta.

¿Está quedando conmigo? ¿Quiere que nos veamos? Pestañeo, como si pudiera verme.

—Perfecto. Hazme una perdida y bajo cuando estés.

Me empiezo a dar aire con la mano y mi amiga, que se acaba de asomar por la puerta y que ha escuchado mi última respuesta, empieza a hacer un gesto obsceno con la lengua, dando lametones al aire.

Cuelgo y expulso el aire de mis pulmones.

—¿Tiene los pendientes?

—Sí, uf, qué alivio.

—Anda, come algo antes de irte que te vas a desmayar.

Sigo su consejo y me hago un sándwich de pavo. Me lo como mientras termino de arreglarme; un poco de maquillaje, sin rímel ni *eyeliner*, solo para matar este color traslúcido de mi piel en invierno. Cuando suena la llamada, Carola se despide de mí, levantando sus pulgares como si me fuera a la guerra, y salgo de casa.

Jacobo está... impresionante. Vale, empiezo otra vez. Jacobo está como el pan con Nutella. Lo observo mientras camino lento por la acera. Está apoyado sobre una moto grande, sujetando dos cascos. Vaquero negro ajustado y cazadora de cuero del mismo color. Tiene pinta de perdonavidas y *perdonabragas*, vamos, que es como si te las indultara, porque ahora mismo podría arrancármelas si me sigue mirando así.

—Hola —le saludo y levanto la barbilla.

Uno de mis lemas es no arrepentirme nunca de nada; me dan igual las lagunas mentales que tenga de anoche o haber metido la pata con él, siempre cabeza alta.

—Hola. Estaba con la moto, espero que no te importe subir en ella.

—¿Importarme a mí? ¡Qué va! —respondo y yo misma le cojo uno de los cascos para ponérmelo—. Lo que pasa es que soy muy miedosa —le digo melosa—. Así que me agarraré a ti. Fuerte —recalco y él me ajusta el enganche y me baja la visera, ignorándome.

A ver, un poco cortada estoy, aunque intento disimularlo. La verdad es que no sé cómo llegué a casa, ni cómo me metí en la cama y mucho menos qué pude soltar por esta boquita mía, pero coño, es Jacobo y voy en moto con él, así que no voy a desaprovechar la oportunidad de tocarle los huevos, en el sentido figurado. Me aferro a su cuerpo en cuanto arranca y disfruto de la cercanía, quizás sea el único momento en el que no huya de mí. En el primer semáforo que nos pilla, aflojo mi agarre y poso mi mano, sin querer queriendo, sobre su muslo.

—Martina... —Mi contacto le hace dar un respingo muy cómico. Se gira para mirarme y agarra mi mano derecha para reconducirla y meterla en el bolsillo de su cazadora—. Ahí la llevarás más caliente.

—Frío no tengo, precisamente.

El semáforo cambia de color y arranca, ignorándome de nuevo, supongo que esa es su táctica, hasta que me aburra. Me aferro a él y disfruto de pegarme a su ancha espalda. Me doy cuenta de que no sé dónde vamos cuando salimos de la ciudad.

Quince minutos después entramos en Castelldefels, una localidad a las afueras de Barcelona, solo había venido aquí una vez a comer con Carola y sus padres. Flipa mucho cuando saca un mando de su bolsillo y abre la puerta metálica de un chalet enorme, cerca de la playa, de esos que salen en la televisión porque son de algún famoso. Detiene la moto delante del garaje y me bajo. Él aparca dentro y yo me quedo como una idiota echando un vistazo. Barbacoa. Piscina. Un jardín de la leche...

—¡Joder! Eres una cajita de sorpresas. —Me suelto el casco y le sigo para dárselo.

—Déjalo ahí. —Me indica.

Está serio, o cohibido, no sabría decirlo con exactitud.

—¿Y esta casa? —pregunto cuando subimos por la escalera que comunica el garaje con la planta de arriba.

—Es de mi primo. El dueño del club ese que tanto frecuentas.

—¿Eh? ¿Cómo dices? —No me gusta el tono que ha empleado ni tampoco que tenga información sobre lo que hago o dejo de hacer.

Llegamos al salón y me quedo sin palabras, es enorme, todo en tonos blancos y con unos ventanales de suelo a techo con vistas al jardín.

—Siéntate. Voy a buscar los pendientes.

Hago caso omiso a su orden y, en cuanto desaparece por las escaleras, me dedico a fisgonear todo.

—¡Esto es una puta pasada! —suelto sin reprimirme cuando veo, detrás de una de las paredes de cristal, una piscina climatizada. Es una franja, larga y estrecha, a la que accedo por una puerta también de cristal.

Me pongo de cuclillas y meto la mano en el agua para comprobar la temperatura. Me quito la cazadora y la dejo encima de una tumbona de diseño blanca, de esas que tiene dos curvas para amoldarse al cuerpo. Miro la piscina y no lo dudo. Me descalzo y dejo el resto de mi ropa, toda, incluida la ropa interior. Saco el móvil de mi bolso y lo coloco lo más cerca del borde posible, apoyado contra mi zapatilla. Mi amiga va a flipar cuando vea mi foto en Instagram.

Me sumerjo sin miedo, porque el agua está buenísima. Pongo la cámara frontal en modo ráfaga y con retardo de diez segundos para que me dé tiempo a llegar hasta el borde contrario y salir de espaldas. Nado hasta allí.

—¡Martina! —La voz de Jacobo me hace darme la vuelta, justo cuando creo que se ha disparado la cámara.

—Joder, qué susto.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Darme un baño. El agua está cojonuda, deberías meterte conmigo, a ver si así te relajas.

—Relajarme... —sisea y cierra los ojos, como si fuera a desaparecer.

—¿Has encontrado los pendientes?

—Sí, te los guardo en el bolso —me dice y va hasta el fondo para sacar un albornoz blanco de una estantería. Regresa y lo posa al lado de mi ropa—. Toma esto.

—¿No te quieres bañar conmigo?

—No, gracias, ya me he duchado esta mañana. Martina deja de jugar, por favor, y sal de ahí.

—¿Quieres que salga? —le pregunto haciéndome la inocente—. Pues salgo. —Me apoyo en el borde, dándole la espalda y cogiendo impulso para subir por el borde, dejando a la vista mi retaguardia. Oigo sus juramentos.

—Hostia puta con la niña. Te espero en la cocina. No tardes que te tengo que llevar a casa.

Cuando se va, consigo hacerme la foto, esta vez sin interrupciones y después salgo del agua. Como estoy calada me pongo el albornoz y recojo mis cosas para dejarlas encima del sofá en el salón.

Subo un *post* con la mejor foto de toda la ráfaga a Instagram y añado un par de *hashtags*: #sundaymood #laniña.

—¿Me puedes dar un vaso de agua? —le pido cuando entro en la cocina y lo veo enredando con el móvil.

—Sí, claro.

Me sirve uno grande y me lo acerca, cuando lo cojo con mis manos, él sujeta las solapas del albornoz que estaban un poco abiertas y me las cierra, antes de que se me salga una teta. Sus dedos rozan mi piel, sin querer, y la sonrisa se instala en mis labios. A continuación, me aprieta con fuerza el cinturón, desviando la mirada de mis ojos.

—¿Tan fea soy que no puedes mirarme?

—No digas tonterías, Martina. Eres cualquier cosa menos fea —responde con un tono más bajo de lo habitual.

—Pues entonces mírame cuando me hablas —replico y noto cómo su nuez sube y baja, como si tragara con dificultad. El cuello de la camiseta es algo grande y vislumbro las primeras líneas de tinta en su hombro izquierdo. Joder, me encantaría pasar mis dedos por ahí.

—El problema es que te veo sin tener que mirarte.

—¿Como hiciste ayer?

—Ayer vi muchas cosas, unas más agradables que otras, aunque me sorprendería mucho que tú las recordases.

—Voy a vestirme. —Me alejo de su cuerpo y me doy la media vuelta para ir al salón.

—Martina, no hace falta que huyas. —Me sigue y entonces me envalentono.

Me abro el cinturón y me quito el albornoz. Jacobo exhala con fuerza y se detiene a dos pasos de mí, pero esta vez observa cada pequeña curva de mi cuerpo durante unos segundos, como si nos estuviéramos retando, en silencio, solo con la mirada.

—Joder, tu hermana será experta en jardines, pero tú lo eres en volcanes.

—¿En volcanes? —pregunto mientras me coloco el tanga y busco el sujetador entre la ropa.

—Sí, porque estoy a punto de entrar en erupción.

8

Temblar

Jacobo

Siempre me he considerado un tío tranquilo, paciente y cauto. Suelo pensar tres veces con la cabeza antes de hacerlo con la polla, pero joder, algo debí de hacer muy malo en otra vida y ahora el karma me lo está devolviendo, porque ponerme a Martina desnuda delante de mi cara, por tercera vez en menos de veinticuatro horas, debe ser una especie de penitencia.

Anoche la llevé a casa y la metí en la cama. Sí, fue una tarea que me dejó exhausto a todos los niveles. Tuve que cargar con ella hasta el coche, interrogarla para que me diera la dirección antes de que se quedara grogui, después despertarla, y, por último, como si fuera el puto examen final, desnudarla y ponerle el pijama, sin apenas rozarla. Su piel blanca, su melena enmarañada, sus ojos verdes tristes y esas pequeñas curvas que me encantaría recorrer con mis dedos y con mi boca me alteraron el maldito ritmo cardíaco.

Retrocedí de golpe y porrazo veinte años y aterricé en mi antigua habitación, con mi primera chica, con los miedos, con el hormigueo en las yemas de los dedos y con el tembleque de no saber ni por dónde empezar. Me sentí como un auténtico gilipollas solo por el hecho de estar como un flan por culpa de ella.

Martina balbuceaba, a veces cosas sin sentido y otras demasiado sentidas, las que guarda bajo llave en su interior y que solo se atrevió a verbalizar gracias al alcohol que corría en ese momento por sus venas. Frustración, ira, desconfianza... Se siente sola y perdida, a pesar de tener a Sira, su pilar fundamental, o a su amiga Carola, a quien envió un mensaje en cuanto llegó a casa, aunque no se tenía en pie, o incluso después de haberse enterado de que tiene muchos más lazos de sangre de los que nunca pudo imaginar. Me duele verla así de jodida, porque en el fondo sé que esto es solo una mala racha, una que tiene que quemar, pero me preocupa que no sea capaz de salvarse de su propia cabeza.

—En erupción... —repite las dos últimas palabras de mi anterior afirmación con una sonrisa de oreja a oreja y se sube el vaquero acercándose a mí, pero sin atárselo, como si yo hubiera abierto una pequeña rendija y viera la posibilidad de colarse por ella.

Aguanta, Jacobo. Ella es solo un destello, no dejes que te ciegue.

Posa sus manos encima de mi camiseta, a la altura de mi pecho, y la electricidad que circula por nuestros cuerpos traspasa la tela, haciéndome sentir una corriente inexplicable.

Nos miramos a los ojos, sin pestañear, intentando descifrar lo que vemos reflejado en el iris del otro. El aire que sale de su boca se mezcla con mi aliento y durante una décima de segundo me pregunto a qué sabrá Martina.

—¿Me enseñas el resto de la casa? —Me pide a dos milímetros de mi boca, jugando con esta cercanía tan inusual y consiguiendo que tire de todo mi autocontrol.

—Cuando te vistas te enseñe lo que quieras. —Sueno firme y cojo sus manos para separarlas de mi pecho. Controlo de nuevo mi respiración y cabeceo cuando se aleja de mala gana.

—No soy una puta cría, ¿sabes?

—Pues deja de comportarte como una. —Me muerdo la lengua porque no quiero hacer de padre con ella, aunque está claro que ahora mismo soy el adulto responsable aquí.

—No se te ocurra sermonearme. Me has visto una noche, joder —me dice elevando la voz—. Tengo veintitrés años, hago lo que hace cualquiera a mi edad; salir, beber, fumar y divertirme.

—Lo sé y no estoy juzgándote. Todos hemos pasado por épocas así, pero no puedes castigarte a ese ritmo continuamente. ¿No te has dado cuenta de que tu cuerpo y tu cerebro no lo toleran?

—¡Joder, hablas como un señor mayor!

—¿Señor mayor? Joder, cada vez que abres la boca sube el pan.

—Bueno, eso se lo he robado a Carola —me confiesa.

—Ah, me dejas mucho más tranquilo, ya suponía que nada semejante podría salir de tus labios —ironizo.

—Mis labios tienen un montón de capacidades, Jacobito. Solo debes tener el valor suficiente para probarlos y los conocerás. —Me reta y me los pone de corbata porque, si ella supiera que hace unos segundos los hubiera probado hasta desgastarlos, no sé yo si seguiría jugando.

Termina de vestirse y en un gesto que ni yo mismo comprendo llego hasta ella y le doy la mano.

—Vamos, anda, que te enseñe esta mansión.

Cada vez que abro una puerta ella no para de soltar exabruptos, la verdad es que esto le tuvo que costar un pastizal a mi primo. Las habitaciones son como salones, todas con su baño y unas vistas alucinantes al mar. Martina no para de sacarme información sobre qué hago aquí, cuánto tiempo me quedaré, por qué vivo en esta casa, por qué su hermana no le comentó nada y así, un sinfín de cuestiones más, que esquivo como buenamente puedo.

—Tiene que ser una pasada levantarse aquí. —Se tumba sobre mi cama, dejando los pies colgando por el lateral del colchón y se acomoda los almohadones detrás de la cabeza—. Y ver amanecer.

—No lo sé, cuando he venido hoy ya era de día.

—¿En serio te has quedado conmigo toda la noche?

—No, estabas completamente KO. Regresé al club a buscar a Aitana y al final me liaron.

—Ah... —Está tan mona cuando frunce el ceño que me pasaría media vida picándola—. Vale.

—Aitana es mi hermana, estaba anoche conmigo en el club. Hoy la he llevado a la estación porque regresaba a casa, por eso me has pillado dando una vuelta por Barcelona.

Pero vamos a ver, ¿por qué narices le estoy dando explicaciones? Es acojonante lo mío.

—Podías habérmela presentado —me dice risueña y se levanta de la cama de un brinco. Seguro que a la noche la funda de la almohada olerá a ella.

—Claro, si no hubieras estado como Las Grecas quizás lo hubiera hecho.

—¿Como las qué?

—Nada, déjalo. Son dichos de señor mayor.

Se carcajea de mí y se acerca de nuevo, esta vez hasta que casi me acorrala contra el cristal de la ventana. Cuando me tiene donde quiere, mi mirada se pierde en el pellizco que hacen sus dientes sobre su labio inferior. Me pongo de los nervios y lo peor de todo es que la cabrona se da cuenta.

—A mí me gusta más madurito, para no perder la tradición —susurra en mi oído y juro por lo que más quieras que me tengo que controlar para no cogerla en brazos y tumbarla en el

colchón de nuevo, pero conmigo encima.

—Un día te vas a quemar —siseo.

—Estoy contando los minutos.

—No he dicho que vaya a ser conmigo.

La pulla le sienta mal y lo he hecho a propósito, porque no puedo dejarme manejar por una cría, ni ponerme a su altura.

El viaje de vuelta es rápido, pero ella se aferra a mí igual que hizo antes, demostrándome que, por mucho que yo la rehúya, no tiene intención de dejar de insistir, ni de cortarse.

Aparco la moto cerca de su portal y la ayudo a bajarse.

—Espero que no le vayas con el cuento a mi hermana, a pesar de lo que creáis tú o ella, sé cuidarme solita.

—No seas boba, no tenía ninguna intención de contárselo. —Se desata ella misma el casco y me lo entrega.

—Ya nos veremos. —Se despide—. Por el club —añade con sorna.

—Quizás tenga un fin de semana libre y te proponga un plan alternativo.

Eso es, Jacobo, acabas de verbalizar lo que llevas un rato rumiando, aquí, en mitad de la calle, y sin meditarlo ni una sola vez.

Cojonudo.

—Tendrás que currártelo mucho, porque quizás no me guste ese plan —me responde con una sonrisa de suficiencia y me da un solo beso en la mejilla, que me pilla desprevenido.

Cuando se aleja, caminando de espaldas para no dejar de mirarme y me dice adiós con la mano antes de girarse para abrir el portal, empiezo a temblar.

9

Plan alternativo

Grabo el enésimo mensaje de voz y le doy a enviar, arrastro el pulgar por el chat de la conversación y soy consciente del nivel de desesperación que muestro, porque casi llevo una hora acosándolo.

—¿Quieres dejar de dar vueltas en círculos? —me pregunta mi amiga y se planta delante de mi cuerpo para sujetarme con ambas manos por los hombros y bloquearme el paso—. Me estás mareando, capulla.

—Joder, Carola. ¿Y si pasa de mi culo? No es muy normal que no responda a mis llamadas ni a mis mensajes. Habíamos quedado hace más de una hora.

—Vamos a ver, Marti. Tú hablaste con él anoche, ¿no? Pues no va a ser tan cabrón de quedar contigo y ahora dejarte plantada sin ninguna explicación, ¿no crees?

—Uf, no lo sé. Aparentemente no tiene pinta de ser de esos, pero... —Dudo y bufo, porque la verdad es que ahora mismo no estoy segura de nada.

Han pasado tres semanas desde que me encontrara con Jacobo en el club. Ese hecho y las horas posteriores no son dignas de mención, así que las omito, sin embargo, creo que la cosa mejoró bastante el día posterior, cuando me recogió y fuimos en moto hasta su casa, bueno, la de su primo, y compartimos un rato a solas.

Después de nuestros *tira y afloja* particulares —él más bien solo afloja—, me comentó que me propondría un plan alternativo algún fin de semana que tuviera libre, básicamente para que dejara de castigarme con tanta fiesta. Pensé que nos veríamos algún día en el club, al que he vuelto a ir con Carola, aunque he bajado un poco el ritmo, no mezclo porros con alcohol, ya es un paso, pero ni rastro de él. Pues bien, este lunes, para mi total sorpresa, me llamó para preguntarme si este fin de semana me apetecería pasarlo con él. Dije que sí, quizá dos o tres veces seguidas, mostrando más euforia de la que debería, porque vamos, que lo de hacerme la dura con él no va conmigo y desde entonces hemos estado mandándonos wasaps a diario, yo pidiéndole información para al menos hacer la maleta y él respondiéndome escuetamente para mantener la sorpresa.

Y aquí estoy, atacada de los nervios, esperando a descubrir cuál será ese plan que ha preparado para los dos.

—Martina, te está sonando el móvil. —Carola me mete un codazo porque estoy tan ensimismada que no me he dado cuenta de que está sonando encima de la mesa. Es él.

—Dime...

—Martina, siento el retraso, en cinco minutos llego.

—Vale... —balbuceo y mi amiga empieza a hacer aspavientos con las manos, poniendo morritos para que me mosquee con él—. Estaba a punto de pirarme, ¿sabes? —miento—. Te he estado llamando y no contestabas.

—Lo siento, en serio, acabo de salir del trabajo y no he podido encender el móvil antes.

—Odio las excusas, madurito —afirmo y escucho cómo suspira al otro lado. Mi amiga sube los pulgares delante de mi cara y sonrío.

—Y yo a las niñas desconfiadas. ¡Venga baja!

—Vale, ya bajo.

—*Valeyabajo* —repite mi amiga de carrerilla con tonito de mocosa repipi—. Joder, Marti, has tardado cero coma en caer rendida a sus pies.

—Calla, amiga, esa es mi táctica. Espero que él caiga a los míos también.

Me levanto y cojo mis cosas. Mi amiga me abraza en la puerta.

—¿Has cogido los condones? —Meto la mano en mi bolso antes de cruzármelo y le enseño la esquina de la caja.

—La llevo sin abrir. —Le guiño un ojo y ella se descojona.

—Y no apagues el móvil, que no sé dónde narices te lleva ese poli, a ver si va a ser un psicópata.

—Joder, Caro —la riño y le doy un beso en la mejilla.

Jacobo me está esperando apoyado en su coche con gesto cansado. Cuando me ve salir por el portal viene a mi encuentro para ayudarme con la maleta.

—¿Preparada? —me pregunta y me da un solo beso en la mejilla, como hice yo con él la última vez que lo vi, espero que después de este fin de semana esos besos inocentes sean una pura anécdota.

—Para ti siempre. —Vaya, igual tengo que regular el filtro un poco, porque al final se va a asustar.

—Joder, Martina —sisea al aire y nos metemos en el coche.

—¿El viaje es largo? —pregunto antes de abrocharme el cinturón.

—Un poco más de tres horas. Llegaremos para la cena.

—Vaya, qué lejos.

—Sí, es mejor que te quites el plumífero —me advierte y él se quita su cazadora.

Tiramos la ropa en el asiento de atrás y cuando me coloco de frente por el rabillo del ojo veo su pistola en su costado derecho.

—Jacobo, eso... —le digo abriendo los ojos como platos y señalándola.

—¡Hostias, lo siento! —se excusa y se la quita para guardarla en la guantera.

—¿Siempre la llevas encima?

—Casi siempre. ¿Te has asustado? —me pregunta al verme un poco paralizada.

—Bueno, es que es la primera vez que veo una, así, en directo.

—No te preocupes.

—Además, Carola me ha dicho antes de salir que no apague el móvil, porque puedes ser un psicópata chungo de esos —bromeo para relajar el ambiente.

—Vaya, no sabía que podía haber psicópatas guays —me rebate—. Los chungos son peores, ¿no?

—Qué gracioso. Venga, dime dónde vamos.

—No, ya lo verás cuando lleguemos. Solo espero que hayas traído algo más que un pantalón con las rodillas rotas y esas zapatillas —dice al ver mi atuendo.

—Oye, he seguido tus instrucciones. Ropa cómoda y que abrigue.

—Ah, ¿y eso abriga? —Me toca la rodilla y siento un pequeño escalofrío por su contacto.

—No, pero el plumífero sí.

Se carcajea con mi explicación y toquetea la pantalla para poner música.

—¿Algo en especial?

—No, a ser posible que no sea de tu época, porque no me mola la música clásica.

—Graciosa y cabrona, es que eres completísima.

—A ver, déjame a mí —digo y aparto su dedo de la pantalla, lo rozo intencionadamente y oigo cómo deja salir el aire de sus pulmones.

Me sorprende ver en su lista algo de rap y otros temas más pop, sobre todo de los noventa. Pulso *play* en *Lo Que Tengo Yo Adentro*, de Pereza, el grupo anterior de Leiva, que me gusta mucho.

—Vaya, esta la conoces —comenta con sorna cuando empiezo a cantar.

—Qué remedio, Sira y Laura me han taladrado durante años con su música. —Canto toda la letra a pleno pulmón y él conmigo.

La primera hora de viaje nos ponemos al día. Le pregunto por su curro, pero claramente prefiere cambiar de tema, así que se interesa por el máster que estoy cursando y por mi rutina de lunes a viernes. Le cuento que apenas tengo horas libres y que llego demasiado cansada a casa.

—¿Y no haces nada de deporte?

—Pues no, Carola y yo solíamos salir a correr, pero ahora en invierno nos da mucha pereza. Llegamos agotadas a casa. ¿Y tú?

—El gimnasio del curro. Algo de boxeo, pesas y poco más. Cuando tengo más tiempo me gusta ir a la montaña.

—Uf, yo soy muy urbanita, me gusta el asfalto. La naturaleza no me mola nada.

—De lujo. Quizá esta conversación teníamos que haberla tenido antes de meternos en el coche.

—¡No me jodas! —blasfemo.

—Habla bien.

—Dime que no habrá bichos, por favor. Con eso me conformo, porque me repugna todo lo que tenga patas y se mueva por las paredes y el suelo.

Jacobo se carcajea y se muerde el labio, supongo que guardándose su opinión sobre mi fobia. Está tan guapo conduciendo, con esos brazos, esas piernas, enfundadas en el vaquero, un poco abiertas y esa barbita de dos días que adorna su barbilla. Joder, cómo me gustaría pasar las yemas de mis dedos por ahí.

No le da tiempo a responderme porque entra una llamada de mi hermana. Me quedo quieta como si me pudiera ver por un agujerito y Jacobo responde.

—Hola, Sira.

—Hola, amiguito, ¿qué tal?

—Bien —responde con un tono demasiado serio—. Mucho curro, por eso no te he llamado.

—Ya, supongo. ¿Y qué haces este finde? ¿Tienes que trabajar también? Al final acabas de ministro de Defensa —le vacila y casi se me escapa la risa.

Jacobo reacciona y me pone la mano en la boca, para que no me oiga. A ver, vamos a aclararnos. Esta escapada que estamos haciendo solos, ¿es secreta? Porque en ese caso tendré que apuntarme en algún sitio que este fin de semana estuve en Barcelona, para no meter la pata. Sobre todo cuando me llame mi hermana el domingo y me pregunte qué he hecho.

—Me veo más como presidente del Gobierno. —Entra al trapo él—. No, no curro. Voy de camino a Huesca, a ver a mi madre y a mi hermana. —Afloja su presión sobre mi boca y antes de

que quite la mano del todo le paso la punta de la lengua por la palma—. Me cago en la puta —sisea.

—¿Qué has dicho?

—Nada, uno que se ha cruzado de carril.

—Ten cuidado, anda. Bueno pues me alegro de que vayas a verlas y cuides de la familia —añade ella. Joder, si ella supiera—. Te llamaba para decirte que Laura y Nacho están buscando una casa rural para Semana Santa, se han empeñado en que vayamos todos y es para contar contigo, vendrás, ¿no?

—En mi calendario tengo cinco días de vacaciones —responde él—. Así que, si no me lo cambian, cuenta conmigo.

—Perfecto. Pues nada, disfruta del fin de semana y, si te aburres mucho en Barcelona, llama a Martina, seguro que ella y Carola te pueden sacar de fiesta alguna noche.

—Uf, no lo sé. Salir de fiesta con dos crías no me llama mucho la atención. —Pongo los ojos en blanco y estoy a punto de soltar un impropio, me da igual que mi hermana se entere de que voy con él.

El puto poli lo intuye, porque se despide con rapidez, alegando que está a punto de entrar en un túnel y se cortará la llamada.

—Dos crías, ¿eh? Vaya, pues a una de ellas la estás llevando en tu coche a no se sabe dónde y encima se lo ocultas a su hermana.

—Martina, por favor. Bastante me jode no decirle la verdad.

—¿Y cuál es la verdad? ¿Que nos vamos a pasar juntos el fin de semana? ¿Por qué no se lo has dicho? A mí me da igual que sepa que me voy contigo, soy mayor de edad.

—Afortunadamente —afirma y una sonrisa de imbécil se instaure en mi cara—. ¿Qué quieres? ¿Que me corte las pelotas? Tú me las tocas, pero ella me las arrancarías de cuajo, parece mentira que no sepas que lo eres todo para ella.

—Lo sé, claro que lo sé. Y ella es todo para mí.

—Pues por eso mismo. Vamos a dejarla disfrutar de la pequeña paz que tanto le ha costado conseguir, porque se merece que todos la cuidemos un poco.

—Por cierto, ¿tú y ella?

—¿Ella y yo qué?

—¿Os enrollasteis?

—No, joder. ¿De dónde sacas eso?

—Del rollito que tenéis, no me digas que no te mola o te molaba. Puedes ser sincero. Mi hermana es una tía superatractiva y encima tiene ese carácter arrollador que a los tíos os pone.

—Tu carácter es parecido —afirma y elevo una ceja, porque, aunque sea extrovertida y echada para adelante, no soy ni la mitad de fuerte que ella.

—Sí pero no —matizo.

—Sira y yo nos conocimos en una cita doble que organizaron Nacho y Laura. No sé por qué narices no fueron ellos a cenar solos. Congeniamos enseguida y claro que me parecía una chica especial, pero, en cuanto la vi con Noel y David esa misma noche, supe que tres son multitud.

—Ya, pero después se alejó de Noel y David, pudiste intentarlo. Lo que quiero decir es que en medio de aquel caos se refugió en ti.

—Por supuesto, porque soy su amigo, pero jamás hemos sido nada más, Martina. Nuestros caminos se han cruzado tarde, sin embargo, hemos conectado tanto que sé que ya no se separarán.

Me quedo meditando sus palabras y apoyo la cabeza en el cristal, perdiendo la mirada en la noche. Se nota que conoce la carretera porque va rápido y ya hemos salido de la autovía, en una señal me parece leer algo de provincia de Huesca.

—¿Es verdad lo de ir a ver a tu madre y a tu hermana?

—Claro, ¿no te gusta el plan alternativo? —Me encojo de hombros y, a pesar de la oscuridad, creo que intuye mi cara de no entender nada.

—¿Me estás vacilando? —Se empieza a partir el culo y no me queda más remedio que meterle medio guantazo en el brazo de acero que tiene.

—Hoy no, pero no vamos a estar muy lejos, así que el domingo antes de regresar tendré que verlas.

—Vale, entonces dime dónde vamos, tengo derecho a saberlo por haberte reído de mí.

—¿No puedes esperar diez minutos?

—¡No, suéltalo!

—Está bien, vamos a mi cabaña.

—¿Cabaña? ¿En medio de un bosque? Joder, a ver si Carola va a tener razón contigo.

—En medio del Pirineo aragonés, listilla, eso es más que un bosque.

Reduce la velocidad y se mete por un camino estrecho rodeado de pinos, está todo nevado y la imagen es como de película, no sé si de las chungas o de las otras, de las románticas, quiero decir.

—¿Es esa? —pregunto cuando veo, gracias a los focos del coche, una cabaña pequeña de madera, al final de una explanada rodeada de nieve y de árboles.

—Sí. ¿Te gusta el plan? Perdidos en la montaña, sin cobertura, sin televisión...

—Sin ropa...

10

La niña

Jacobo

Me encanta ver la cara que pone Martina cuando traspasa la puerta y enciendo las luces del interior. Ese *oh* saliendo de su boca como un suspiro me excita, sí, así de cavernícola soy cuando se trata de ella. Lo que pasa es que también soy el rey del disimulo y disfrazo las reacciones de mi cuerpo cuando la tengo cerca con unas buenas dosis de sarcasmo y de falsa indiferencia, pero que me pone y me vuelve loco es la puta realidad.

No sé cuántos años hace que una chica no despertaba ese interés en mí, y no solo hablo a nivel sexual, porque la niña va sobrada en ese aspecto, me refiero a algo más allá, un puntito difícil de explicar.

—Es preciosa, pero aquí hace muchísimo frío, ¿no?

—Ahora enciendo la chimenea, tranquila. Enseguida se caldea.

Eleva una ceja y me muestra su sonrisa más canalla, esa en la que además de mostrarme sus dientes, se muerde la lengua para no darme la réplica, porque se lo he puesto a huevo, eso es así.

—Vale, confío en ti. En caso contrario, no te preocupes, sé un montón de formas para entrar en calor. —Vaya, ha estado algo más comedida de lo que esperaba, pero no ha podido reprimirse —. Aunque antes necesito ir al baño.

—Detrás de la única puerta que hay.

Sale disparada hacia ella y aprovecho para meter unos cuantos troncos y encender el fuego. La cabaña solo tiene una planta y es un espacio abierto y pequeño. Una zona para el sofá, la minicocina al fondo y a la izquierda la cama. Con el calor de la chimenea es más que suficiente para no pasar frío y en el único sitio donde hay un radiador eléctrico es en el baño.

—Guau... Esto es una puta pasada y menuda bañera —chilla Martina y la oigo, porque no ha cerrado la puerta del todo, igual que hizo cuando se coló en mi habitación en Madrid.

—Me alegro de que te guste —digo cuando regresa a mi lado.

—Y entonces, ¿es tuya?

—Sí. Se la compré hace unos cuantos años a mi tío, tuve que arreglarla, pero estaba enamorado de ella desde que era un crío.

—No me extraña, es que es muy bonita, como de película. —Observo cómo enreda con su móvil—. ¿Iba en serio lo de que no hay cobertura?

—Me temo que sí. Y tampoco televisión, ni internet.

—¿Qué dices? Pero habrá un pueblo cerca o algo, ¿no? Porque si no le mando a Carola un mensaje es capaz de llamar a Sira y contárselo todo hasta que nos localicen.

Sonrí al ver su cara de espanto, meditando esa posibilidad.

—Hay un punto en la carretera de acceso en el que es más fácil pillarla. Luego vamos hasta allí y hablas con ella para que no ponga el operativo de tu búsqueda en marcha.

—Perfecto. ¿Y ahora qué hacemos? No me has dicho cuál es el plan.

—¿Siempre tienes que saberlo todo de antemano?

—No, sí, bueno, no sé. Creo que es la primera vez que voy a estar aislada del mundo, en mitad de la nieve, sin conexión a internet.

—Y sin alcohol.

—Eso me da igual. No soy una alcohólica, aunque te haya dado esa impresión.

—Yo no he dicho eso, anda, no te enfades. —Le digo y cojo su maleta para posarla encima de la cómoda al lado de la cama—. Además, mi hermana ha hecho la compra, seguro que hay cervezas en la nevera.

—Pues todas para ti —responde seria y me aparta para sacar sus cosas.

—Martina... —la llamo para que me preste atención.

—Jacobó... —Se da la vuelta y nos quedamos tan cerca que siento su aliento sobre mi boca. Podría besarla, podría probar esos labios, podría hacer tantas cosas. Sin embargo, no hago nada.

—Será mejor que vayamos a llamar a Carola antes de que sea más tarde. —Y de esa manera tan idiota corto la conexión que empezábamos a tener.

Por el camino le informo de que estamos en Cerler, muy cerca de la estación de esquí.

—¿Mañana vamos a esquiar? —me pregunta.

—No, hace bastantes años que no esquío y prefiero sorprenderte con otra actividad.

Ella me cuenta que cuando fue al instituto hicieron un viaje a la nieve, pero que solo esquió el primer día, porque durante el segundo se cayó y la tuvieron que evacuar de la pista. Se hizo un esguince fuerte, por lo que el resto de la semana se tuvo que quedar en el hotel con los profesores, muerta del asco.

—Es lo que pasa cuando no pueden llamar a tus padres para que vayan a buscarte.

—¿Y Sira? —pregunto, porque ha sonado un poco triste su afirmación.

—Sira se había ido de viaje con David, no quise que la llamaran.

—Pues hubiera cambiado sus planes, seguro.

—Lo sé, por eso no quise que le dijeran nada. Ella se ha perdido un montón de cosas por mí, ¿sabes?

—Me imagino, pero tú también sabes que no le hubiera importado. Prueba aquí. —Le sujeto la mano para que se detenga en este punto y compruebe si su móvil ya funciona.

Le dejo un poco de espacio mientras habla con su amiga. Su risa natural y escandalosa llena el sonido de la noche y me gusta que vuelva a ser ella. Empieza a nevar con más intensidad, así que me encojo de frío y me ajusto el gorro. Martina no lleva guantes, así que seguro que tiene las manos congeladas. Aprovecho y mando un par de mensajes a mi hermana y a Nacho, que es el único que está al tanto de esta escapada.

—¿Tienes hambre? —pregunto cuando regresamos, ahora ya se nota mucho más calor al entrar.

—Un poco. —Dejamos nuestros plumíferos en el perchero—. Aunque cuando estoy tan cansada casi no me pasa la comida.

—Eso es porque el cuerpo necesita recuperar la energía antes que los nutrientes, pero es un error que te duermas sin comer nada.

—Vaya... poli, médico, psicólogo, ¿algo más?

—¿Te parece poco?

—No, si todavía no he acabado. Egocéntrico, cortante, guapo, madurito resultón...

—Vamos, una joya —suelto como si no la tuviera delante—. Anda, ponte el pijama en lo que preparo la cena.

Abro la nevera y preparo algo con lo que me ha dejado mi hermana. Queso, embutido y un pastel de carne que hace mi madre buenísimo, que solo tengo que calentarlo un poco y listo. Por el rabillo del ojo veo a Martina desnudarse, sin meterse en el baño. Cuando se va a quitar el sujetador aprovecho para girarme y abrir el microondas. Las imágenes del día que tuve que ponerle el pijama se pasean por mi mente.

Ay, qué tonto me pone esta niña.

—¡Hala! Esta cama es una pasada. —Acaba de pulsar el interruptor que está al lado de la mesita y ha encendido la guirnalda de luces que serpentea por los barrotes del dosel, que no sé si se puede llamar así porque no tiene tela.

—La hizo mi padre y se la regaló a mi tío. Le encantaba trabajar con la madera, aunque era veterinario.

—¿Se murió hace mucho tiempo?

—Sí, yo estaba a punto de cumplir dieciséis, pero recuerdo muchísimas cosas de él.

—Al menos lo conociste.

—Bueno, tú al tuyo ahora también. —Se acerca a mi lado y coge un trozo de queso del plato y se lo lleva a la boca, acto seguido, repite la operación conmigo y mete un trozo en la mía, supongo que será para que me calle.

Me fijo en su pijama, es rojo de renos, muy navideño, pero omito cualquier alusión.

—¿Te ayudo? —se ofrece e ignora mi comentario sobre su padre.

—Saca de ahí unos platos y llévalos a la mesa pequeña. Al lado de la chimenea estaremos mejor.

Enseguida tenemos todo colocado y nos sentamos en la alfombra. Ella con un botellín de agua y yo con una cerveza.

—Esto huele de maravilla —me dice metiendo la nariz en el pastel.

—Receta de mi madre, no sé el truco porque por mucho que lo intento nunca me queda así.

—Mi abuela también hacía uno, de aspecto me ha recordado al de ella.

—¿La echas de menos?

—Un poco. No vivíamos juntas, pero hablábamos todas las semanas. No sé, es raro no poder coger el teléfono ahora y contarle mis días en Barcelona. Le gustaba oírme hablar de moda, de mis asignaturas, de lo que se llevaba en cada época. Ella me enseñó a coser en su máquina, era una de esas antiguas de pedal de hierro, casi no llegaba con los pies, me encantaba aquel sonido.

—Es normal. Y con el paso de los años recordarás muchas más cosas.

—¿Como tú?

—Sí, en mi casa siempre se habla de él, sin ponernos tristes, recordando todos los momentos buenos que compartimos, sigue estando presente.

—Es raro hablar de ella en voz alta, con Sira no puedo, ya sabes que ellas dos no eran uña y carne precisamente.

—Pues habla conmigo. Me gusta escuchar, Martina. Tu hermana lo sabe y me gustaría que tú también lo supieras.

Se queda unos segundos callada, meditando mis palabras y con la mirada perdida en las llamas, que tienen ese poder de atracción.

Cambiamos de tema y hablamos de Barcelona, de lo diferente que es a Madrid y de lo que más nos agrada de pasear por sus calles. Parece que el pastel de mi madre le gusta, porque se

come todo lo que le he servido.

De postre pongo una taza de fresas con nata, solo una, para compartir, porque a mí me empalagan un poco y solo me llevo a la boca un par, ella devora el resto. Empieza a recoger y aprovecho para ir al baño y ponerme el pijama también. Cuando regreso, me doy cuenta del repasito que me hace, de arriba abajo, sin cortarse. Terminamos de dejar todo limpio, entre risas y roces tontos, a los que intento no dar importancia, aunque, conociéndola, ella los hace con toda la intención.

Está relajada y por un instante ha dejado de lado ese papel de *femme fatale* que interpreta conmigo. Nos sentamos en el sofá, con los pies apoyados en la mesa, delante del fuego.

—Muy bonita la tele —me vacila mirando la chimenea.

—Lo malo es que solo tiene un canal.

Me hace una mueca de que se parte de risa y se pega a mi cuerpo, codo con codo. Un segundo después, su cabeza reposa ligeramente sobre mi hombro y empieza a bostezar.

—Mañana tenemos que madrugar, deberías irte a la cama.

—Querrás decir irnos a la cama, los dos, ¿no? —Se coloca erguida y me agarra de la barbilla, para que ladee la cara y la mire de frente.

Sus ojos verdes tienen un brillo especial, más dulce, más candente, uno que no había visto hasta ahora, al menos así de cerca.

Acorta la distancia entre nuestras bocas y noto su respiración y la mía tornase más profundas, aunque quizá sea por motivos diferentes. Sus labios se abren de manera delicada, provocando que desvíe mi mirada hacia ellos una puta décima de segundo, tiempo más que suficiente para perderme. Perderme en la colisión de nuestras lenguas cuando nos ensamblamos, en su sabor, mezcla de salado y dulce, y en la bendita sensación de sentir cómo emana el calor de nuestras pieles, aun sin tocarnos.

El beso es lento, profundo e incendiario. Hacía millones de años que no besaba a nadie así y me encanta, pero me acojona que este incipiente hormigueo que siento en la punta de los dedos haya regresado con ella, tanto que recobro la cordura y le pongo fin.

—Joder, Martina. —Me levanto como un resorte—. No —baluceo—. No te he traído aquí para eso —afirmo con rotundidad, quiero que no vea en mí ni un atisbo de duda.

—Vale, lo capto —me dice enfadada y se levanta también. Pasa por mi lado airada—. Pero solo hay una cama, podemos compartirla sin que me toques un pelo.

—Dormiré en el sofá, tranquila.

—Guay, a ver quién es ahora el crío de los dos —replica.

—Buenas noches, Martina.

—Buenas noches, Jacobo. Espero que tu erección —me señala el bulto que se marca a través del pantalón de mi pijama y que ya intuía— y tú durmáis bien.

Joder con la niña.

Más caliente que el chocolate

Las tres escaleras que me separan de la puerta de la cabaña las subo como si estuviera pisando huevos. Estoy completamente entumecida y me arrastro por los escalones porque no siento los pies. Bueno, en realidad no siento ni los pies, ni los brazos, ni las rodillas, ni los gemelos, ni los pezones —esos por el frío— y supongo que ya ni las pestañas, porque la nevada que nos ha caído durante el último kilómetro me las ha insensibilizado también.

—Déjame abrir, pingüino —me dice Jacobo después de ayudarme a quitarme las botas y partiéndose el culo por mi tembleque.

Su maravilloso plan alternativo ha consistido en hacer una ruta con raquetas por la nieve, primera y última vez que voy a ciegas con él, porque su listón de dificultad y el mío distan un mundo. Y sí, tengo que reconocer que el paisaje es espectacular y que él ha sido un guía perfecto, pero mi condición física es bastante lamentable y a ratos he sido su hazmerreír.

Cuando me ha despertado esta mañana temprano, después de que anoche me encabronara con él, he estado a punto de decirle que se marchara sin mí y me dejara sola todo el día, pero olía a café, a pan recién tostado y a tortilla de patata, la que había hecho para los bocadillos que hemos comido en la ruta, así que he recapacitado en el último instante y me he levantado con ganas de empezar un día nuevo, sin malos rollos.

Nos besamos, sí, y fue brutal. Después de lo bien que habíamos estado durante la cena pensé que ese maldito beso era la antesala a una buena dosis de sexo, sin embargo, me equivoqué. Y me enfurruñé por ello. Fue como si ya lo estuviera acariciando con mis manos, al menos en mi cabeza era así, y un segundo más tarde, zas, desapareció de mi vista.

Me dijo que no me había traído aquí para *eso*, que supongo que es follar, porque a las cosas es mejor llamarlas por su nombre. ¡Y qué más da! Somos adultos y hay determinadas cosas, como *eso*, que surgen, sin necesidad de premeditarlas. Me despista demasiado su comportamiento. Cuando parece que se va a dejar llevar, olvidándose de todo, pone el freno y no hay quien le haga cambiar de opinión. Lo he visto interactuar con mi hermana y se ve a la legua que es un tío cariñoso, de abrazos y mimos constantes, pero no sé por qué conmigo intenta mantener una distancia mínima de seguridad. Que sí, que ya sé que él y yo solo hace dos meses que tenemos más trato, podría decirse así, pero mi intuición me dice que con cualquier otra se comportaría de manera diferente.

Por cierto, anoche cuando me metí en la cama estaba agotada y enseguida me quedé dormida, pero, antes de que me atrapara Morfeo, sentí el peso de su cuerpo sobre el colchón, lo que significa que al menos cedió con *eso*.

—¡Joder, qué frío! La próxima vez llévame a la playa —le digo cuando entramos y cierro la puerta con el trasero.

—Ahora enciendo el fuego.

—Uf. —Resoplo y me dejo caer en el sofá—. Necesito quitarme esto y entrar en calor.

Me ayuda a sacarme los guantes. Toda la ropa que llevo puesta es de su hermana y menos mal que Jacobo pensó que era mejor que ella me lo dejara y se lo mandó traer, porque una cosa

son mis modelos de invierno y otra el *outfit* necesario para una expedición por el Polo Norte, que es casi lo que hemos hecho hoy.

Coge un par de troncos grandes y enciende la lumbre, me gusta escuchar cómo trisca la madera cuando empieza a arder, rompiendo el silencio.

—Mañana te va a doler todo el cuerpo. Deberías pensar eso de volver a salir a correr. —Se cachondea al ver que me levanto del sofá como una embarazada patosa.

—Lamentablemente, tienes razón.

—Déjame ver. —Se acerca y me empieza mirar el cuello—. Te ha tenido que salir una urticaria al darme la razón.

—Qué gracioso, Jacobito.

Me guiña un ojo de manera tan... tan... provocadora, joder, o al menos es lo que me parece a mí. Por eso luego llegan las desilusiones, coño.

Una cosa es insinuarme, como suelo hacer con él, para ponerlo a prueba, y otra muy distinta arrastrarme, como no tengo ninguna intención de hacer.

Vamos a centrarnos, Martinita, vamos a centrarnos.

—Venga, voy a ser bueno. Me cambio y te preparo el baño. Seguro que te recuperas un poco.

—¡Oh, sí! —gimo del gusto solo de pensarlo—. Aunque si tardo más de media hora te doy permiso para que entres a por mí, porque puede que me quede dormida a remojo.

Lo veo sacar ropa de un cajón y meterse en el baño. Mientras tanto, me quito el mono y los calcetines. Muevo los dedos de los pies para comprobar que todos siguen funcionando. Aparto la mesa de delante del sofá y coloco todos los cojines en la alfombra, para sentarnos más cerca de la chimenea. El calor ya se empieza a notar.

—Ya tiene preparado su baño, señorita. —La voz de Jacobo a mi espalda me saca de esta especie de trance en el que había caído.

—Voy.

Me tiende su mano para que la sujete y me ayuda a levantarme de la alfombra, él ya se ha duchado porque huele a gel y a su colonia, la misma que me eché en su casa. Se ha puesto una camiseta de manga larga negra y un pantalón de algodón gris.

—Yo también suelo hacer eso —me confirma al ver la nueva decoración.

—Es que la mesa ahí resta magia.

—Exacto. Puede que yo también te esté dando la razón.

—Vaya, qué locura, ¿qué será lo siguiente? —le chincho y me marchó hacia el baño.

Cuando abro la puerta y veo lo que me ha preparado chillo y después me llevo la mano a la boca, alucinada. Hace una temperatura buenísima aquí adentro, la bañera está hasta arriba de espuma y, además, ha encendido unas cuantas velas y las ha posado sobre la repisa de madera.

—¡No te duermas! —me dice antes de que cierre la puerta.

Me desnudo y me sumerjo en el agua caliente, sintiendo cómo mis músculos se destensan poco a poco, muriéndome del gusto.

—Putá maravilla. Voy a llorar de la emoción —digo alzando la voz para que me oiga, pero no me contesta, solo escucho su risa.

Durante los dos primeros minutos pienso en que sería la leche si él estuviera aquí, pero enseguida desecho ese pensamiento, porque, qué narices, me merezco un momentito de relax así, conmigo misma.

—¿También has echado sal? —voceo cuando noto los cristales en mis pies y el olor a mandarina.

—Sí, si te apetece echar más es el bote de la tapa naranja. ¿Y quieres dejar de gritar y relajarte?

—Sííí...

Me relajo, claro que me relajo, tanto que a punto estoy de quedarme dormida. Hacía millones de años que no me daba un baño así de largo. No me importaría quedarme más tiempo, pero estoy arrugada como una uva pasa y el agua se empieza a quedar fría.

Me seco con una toalla blanca que ha dejado apoyada al lado del lavabo, la misma que me enrosco en el pecho para salir del baño, porque no he sido tan previsora como él y no me he traído la ropa que me pondré ahora.

—Estaba a punto de ir a despertarte —me anuncia desde la cocina.

—¡Ay, qué lástima! —me lamento porque me hubiera encantado verlo allí—. ¿Eso que huele es chocolate?

—Sí, espero que te guste.

—Mmm... —El sonido de mis papilas gustativas babeando le dan la respuesta.

De mi maleta saco unas mallas grises y una sudadera de felpa del mismo color, de esas anchas. Me visto así, directamente, sin ponerme ropa interior. Por el rabillo del ojo veo que antes de que me ponga la parte de arriba se da la vuelta para traer las tazas, pero, al verme desnuda, se gira otra vez y enreda en el fogón unos minutos más. Al final, voy a pensar que no le gusto ni tan siquiera un poquito.

—Sabes que puedo tener un orgasmo ahora mismo, ¿no? —le advierto cuando me tiende una taza.

—Martina... —Me riñe y se sienta a mi lado en la alfombra.

—¡Qué! Cerebral, mal pensado. Un orgasmo cerebral. Joder, si tiene hasta nubes, esto es de matrícula de honor.

Parpadea con incredulidad, pero se le escapa una risa.

—Igual me he pasado. Está muy caliente, ¿no? —me dice y se pasa la taza de una mano a otra para no quemarse.

—No, a mí me gusta así. —Doy un sorbo largo y me paso la lengua por los labios para que no se me quede pegado. Sus ojos, más brillantes que nunca, observan todo el movimiento circular que hago con alevosía.

Su pulgar viaja hasta mi boca, para retirarme el último resto y su contacto me pone la piel de gallina. Posamos las tazas en la mesa.

—Y, ¿tú? ¿Cómo estás?

—Más caliente que el chocolate.

—Joder, Martina. —Se queja de mi salida de tiesto—. ¿Quieres dejar de esconderte bajo esa capa? No lo necesitas, conmigo no. —Pienso en sus palabras y cojo aire antes de seguir hablando.

—Ahora estoy bien. Ha sido bastante dura la ruta, pero me ha gustado hacerla contigo. No sé, me he sentido de lujo castigándome así, en medio de la naturaleza y no en medio de la noche, ya me entiendes.

—Me alegra haberte traído. —Su mano viaja hasta mi frente y me retira un mechón de pelo rebelde que cae por mi cara para metérmelo detrás de la oreja. Hiperventilo.

—Jacobó, si esto no son señales, dímeló, porque las estoy interpretando todas. Y paso de que luego me detengas y me cuentes milongas que me cuesta creer.

Mis manos se posan encima de las tuyas y ladeo la cara, disfrutando de su contacto.

—No tengo ni puta idea de lo que estoy haciendo, Martina.

—Pues deja de darle tantas vueltas, yo puedo ayudarte con eso.

Me siento a horcajadas encima de él y nos miramos unos segundos, con el sonido del fuego como banda sonora a mi espalda. Entrelazo mis manos en su nuca y me aferro a él antes de inclinarme e invadir su boca. El beso es lento, como un suave tanteo para calibrar su reacción. Cuando soy consciente de que todavía los engranajes de su cabeza no le permiten tomar una decisión, lo ayudo.

Agarro el dobladillo de su camiseta y me deshago de ella. Mi dedo índice empieza a recorrer cada línea de tinta que tiene sobre su cuerpo; hombro, pecho, brazo, provocándole un escalofrío largo que no trata de disimular.

—Martina...

—Shh. —Le silencio, posando mis labios en los tuyos—. Déjame seguir.

Cojo sus manos y las cubro por debajo de mi sudadera, posándolas sobre mis pechos desnudos.

—Joder, eres la hostia, volcanes —espeta al sentir mi piel sobre sus palmas. Empieza a acariciarme con suavidad, recreándose en mis pezones. Me saco la sudadera por la cabeza, porque ahora mismo cualquier trozo de tela que se interponga entre los dos me estorba.

Entierra su cabeza entre mis pechos y suspira, como si se lo pensara una última vez, incluso lanza un par de juramentos que no entiendo con su boca sobre mi piel. Un segundo después, me agarra del culo y me da la vuelta.

—Párame, Martina. Párame ahora. —Me pide tirando de mis mallas y mordiéndose el labio con inquina cuando ve que no llevo bragas.

—Ni de coña. —Mis manos van directas a la cinturilla del pantalón y de un solo tirón se lo bajo junto con el bóxer.

Se pone de rodillas y coge aire, sin dejar de mirarme, supongo que le gusta ver que mi pecho sube y baja, descontrolado. Estoy excitada y lo nota en cuanto acerca su mano a mi sexo y lo palpa.

—Estás preciosa. No cierres la boca, déjala así —me dice cuando ve que me he quedado embobada mirando su polla. Joder, si se pudiera decir de una polla que es hermosa sin duda lo diría de la tuya.

Agarro su erección y emite un jadeo bastante esperanzador, porque supongo que significa que le gusta lo que le hago, así que no me detengo, ni él tampoco.

—Suave o me correré —me avisa cuando lo tengo a punto, así que ralentizo el ritmo de mi mano.

Estamos tirados encima de los cojines en la alfombra, desnudos y expuestos, bajo el resplandor que nos proporciona el fuego. Estudiándonos, explorándonos, conociéndonos. Piel, dedos, bocas, en su sexo y en el mío. Sin tabúes, con una confianza impropia de dos amantes que jamás han coincidido. Jacobo es hábil y salvaje, toca sin titubeos en algunas zonas y en otras

acaricia con dedicación y delicadeza. Así que consigue que cada célula de mi cuerpo esté gozándola.

Juega con mis pechos, desciende por mi ombligo, nervioso y excitado, hasta que entierra su cara entre mis piernas y me catapulta hacia el primer orgasmo.

—Jacobó. —Tiro de su pelo para que levante su boca de mis pliegues, pero no tiene ninguna intención.

—No. Es mío, dámelo —sisea y se lo doy, claro que se lo doy. Rozo el cielo cuando me atraviesa de pies a cabeza, es dinamita para todos mis sentidos, es largo, explosivo y demoledor.

—Fóllame —le suplico con un hilo de voz.

—Hostias, Martina. No me lo pidas así.

—¡Fóllame! —repito.

—Tengo que coger un condón.

Me estiro para alcanzar mi bolso, que está en la otra esquina del sofá ante su atónita mirada y saco la caja.

—Elige.

—Joder —blasfema y yo misma lo ayudo a ponérselo.

Podríamos tomárnoslo con más calma, en realidad, no tenemos ninguna prisa, pero es que yo ahora mismo lo necesito así, fuerte.

—Ponte encima —propone conteniéndose y apoya su espalda en los cojines. Me agarra de la cintura, manejándome a su antojo, soy un peso pluma para él—. Marca tú el ritmo, porque si te follo con las ganas que te tengo, te voy a partir.

Me coloco sobre él y me elevo solo lo necesario para guiar su erección hasta mi entrada. Me sujeta por las caderas, con firmeza, y acompaña mi primer movimiento cuando me empiezo a dejar caer, metiéndomela.

—Dios...

—¿Te duele? —Se interesa cuando ve que cojo aire.

Tengo que habituarme a su tamaño, pero estoy tan mojada que, una vez que la tengo en el fondo, ya no siento ni una pequeña molestia.

—Ya no.

Los siguientes minutos somos carne, sudor y besos. Gemidos. Tacos. Dientes. Dos cuerpos arremolinados en el suelo. Embestida tras embestida. Nuestras pieles crepitan con la fricción, como la leña de la chimenea. Arriba yo. Abajo él. Y viceversa. Desatados y descontrolados. En un momento de euforia me pongo a cuatro patas. No sé si es por la sorpresa que le causa esta postura o porque ya no es capaz de aguantar más, pero sus dos últimas estocadas son tan fuertes que me obligan a sujetarme al sofá para aguantarlas. Siento cuándo se corre, porque sacude todo el cuerpo, y sin dejar de tocar mi botón continúa bombeando en mi interior hasta que mis jadeos le confirman que me pasa lo mismo. El mordisco que me da en la nuca mientras el orgasmo me arrasa me mata de placer.

—Jacobó... —No sé ni cómo soy capaz de pronunciar su nombre.

—Hostia puta, Martina.

12

Ya nos veremos

Jacobo

Oigo el motor de un coche y automáticamente abro los ojos. Mierda. ¿Qué hora es? Alcanzo mi reloj, que está posado encima de la mesita, y veo que son casi las doce del mediodía. Increíble, hacía siglos que no dormía tanto, aunque no me extraña que al final se me hayan pegado las sábanas, porque hasta mi cuerpo, que está más que acostumbrado al ejercicio físico, después de lo de ayer, necesitaba un descanso.

Reacciono y me levanto antes de que llamen a la puerta y la despierten, porque supongo que mi madre y mi hermana son las que acaban de llegar. Martina tiene la cara enterrada entre las dos almohadas en una postura realmente extraña y ni se inmuta cuando me muevo, así que la cubro bien antes de ir a abrir, porque sigue completamente desnuda.

Me pongo mi pantalón y mi camiseta, que todavía están tirados al lado del sofá, y un millón de imágenes de los dos vuelven a mi mente. Joder. Se me fue muchísimo la olla, tanto que perdí los malditos papeles, los modales y hasta el raciocinio. Follamos como dos locos, primero en el suelo y después, con un poco más de calma, en la cama. Cierro los ojos y cabeceo mientras recojo un poco este desastre.

Ya habrá tiempo para las lamentaciones.

—¡Qué fuerte! Todavía estabas dormido. —Mi hermana me da una bolsa para que la coja—. Joder y hueles a...

—¡Ni se te ocurra! —la interrumpo.

—Buenos días, hijo. Ya veo que has dormido bien, tienes la marca de la almohada en la cara aún.

—Buenos días, madre.

Hacen el amago de pasar, pero salgo yo descalzo al porche y boto la puerta.

—¿Qué haces?

—Será mejor que os sentéis en el porche. —Mi hermana bufa.

—Es tu casa, eres mayorcito y solo hay una cama, ya cuento con que has dormido con ella —afirma mi madre como si fuera evidente.

—Además, hemos traído los cruasanes. —Aitana señala la bolsa que me acaba de entregar.

—Es que todavía está dormida —las informo—. Mirad qué sol más cojonudo pega aquí ahora.

Los rayos inciden sobre los sillones que tengo en el porche y es verdad que hace muy buena temperatura, se nota que está a punto de entrar la primavera.

—Venga, anda. Déjate de milongas y sácanos unos cafés por lo menos —dice mi señora madre con su particular tono, ese de *cuantas tonterías tengo que oír*.

Entro de nuevo y pongo la cafetera, mientras se hace el café, me voy al baño a lavarme la cara.

Saco una bandeja con los cafés y los cruasanes, que todavía están calientes, por lo que intuyo que los acaban de coger en la panadería del pueblo, y la dejo sobre un tronco redondo que hace de mesa, vuelvo dentro para calzarme y ponerme una sudadera.

Mi madre me pregunta por mi nuevo destino y por mi primo Pol, aunque mi hermana ya la ha puesto al día de lo bien que le va. Mi trabajo es muy importante para mí, pero a veces es un poco frustrante saber que en mi casa están sufriendo por mi culpa, porque, si hay algo muchísimo más importante en mi vida que el curro, son las dos personas que tengo delante. Por ese motivo, intento mantenerlas al margen ocultándoles información. Para mí es imprescindible que ellas reciban mi mensaje o mi llamada diaria cuando estoy trabajando, para que sepan que estoy bien y puedan dormir tranquilas. El resto del tiempo fingimos los tres. Ellas haciéndome creer que piensan que soy un policía normal, de los que llevan a cabo operativos ordinarios, y yo haciéndome el tonto. Cuando en una familia se sufre una pérdida traumática como ocurrió en la nuestra, los miembros que sobreviven levantan unos muros enormes alrededor para proteger a los que quedan, supongo que esa es la manera de creer que nadie podrá arrebatarnos una vida de nuevo. Si realmente les cuento cuál es mi trabajo, llevarían una losa encima constantemente y es justo lo que no quiero.

Tomamos el café y disfruto de su compañía, juntas pueden ser un poco insoportables, pero, cuando estoy un tiempo sin escuchar sus absurdas discusiones, las echo en falta.

—Madurito, ¿estás ahí?

Me cago en mi estampa. La voz somnolienta de Martina a mi espalda y las caras de fliparlo mucho de mi hermana y de mi madre me provocan ganas de desaparecer, salir corriendo y pararme en la cima del pico Aneto como mínimo.

—Buenos días —dicen ellas y el gesto las delata, vamos, que le acaban de hacer un repasito de arriba abajo y no pueden ocultar sus sonrisillas.

Me giro para verla y me muerdo el labio, pero esta vez aguantándome la risa. La madre que la parió, no solo por salir llamándome *madurito*, sino porque lleva puesta la manta de franela de cuadros rojos y negros que estaba encima de la cama, nada más.

—Ho... Hola —titubea—. Dadme un minutito.

Y con esa naturalidad de la que hace gala constantemente, indica con el dedo un uno y retrocede sobre sus pasos hasta desaparecer por el umbral, me imagino que para vestirse.

—¡Joder, hermanito! Si no supiera que eres policía y que por ende conoces al pie de la letra el Código Civil, pensaría que estás cometiendo un delito.

—Eres gilipollas.

Pero joder, tiene razón, aunque me corte una mano antes de dársela. Le saco casi catorce años. Catorce putos años.

—Guapa es y natural, eso también, que en estos tiempos que corren no se puede decir de todo el mundo.

—Ves, idiota, aprende de tu madre —le digo a mi hermana que me saca la lengua como si tuviera tres años.

—Jacobito Quintana, deja de insultarme —contraataca ella, usando nuestro apellido como hacía mi madre cuando nos reñía por algo gordo.

No sé si me compensará darles algún tipo de explicación sobre Martina o dejarlo pasar hasta que cambien de tema, porque, antes de que pueda hablar, ella sale por la puerta ya vestida y con una taza de café en la mano, para unirse a nosotros.

—Venga, segunda intentona, será mejor que nos olvidemos de la primera —comenta con una sonrisa preciosa en la boca y hace que mi madre y mi hermana se levanten—. Soy Martina,

encantada.

Dos besos de rigor y risas, muchas, porque esa salida triunfal de antes no se les va a olvidar tan fácilmente.

—Siéntate aquí. Voy a recoger y a abrir las ventanas. —Me pongo de pie para cederle mi sitio y, antes de sentarse, me da un único beso en la mejilla, para que me relaje, supongo que cualquier otra chica hubiera tenido pavor a quedarse a solas con mi familia nada más conocerla, pero ella es única.

Siempre me sorprende.

Desde dentro las oigo charlar sobre un montón de cosas, el pueblo, la nieve, el desayuno y hasta de moda. Así que, viendo que no me necesitan, recojo todo y me voy a la ducha.

Una hora después, despedimos a Aitana y a mi madre, que han quedado para comer con mis tíos cerca de aquí y echamos un último vistazo antes de cerrar la cabaña.

—Te pareces muchísimo a tu hermana —me dice mientras cierra la maleta.

—Eso dicen y ella se suele mosquear, porque como es la pequeña, ya sabes.

—Sí, las pequeñas siempre estamos a la sombra de los mayores. Sira y yo físicamente no nos parecemos en nada, pero claro, eso es cosa de la variedad del semen.

Se descojona en cuanto lo dice y yo con ella, si algo caracteriza a las hermanas Flores es la capacidad de reírse de sus propias vidas.

—Por cierto, tu salida triunfal en pelotas va a ser el tema recurrente cada Navidad y cenamos con más familiares. Muchas gracias.

—De nada. —Se señala con los dos pulgares, vanagloriándose.

Nos metemos en el coche y emprendemos el camino de vuelta.

En cuanto pasamos el pueblo nuestros móviles empiezan a sonar, recibiendo todos los mensajes y las llamadas que estaban atascadas por la falta de cobertura.

Yo no lo toco, pero Martina se pasa la primera media hora de viaje tecleando.

—Oh, es mi hermana. Baja la música —me advierte.

Joder, cuando vinimos me llamó a mí y ahora a ella, parece que nos espía.

—Tata... —responde con su voz más dulce—. Bien, estoy dando una vuelta con Caro antes de comer. —Silencio—. Sí, sí... —titubea—. No, tranquila. Dile a Noel que no hace falta que le diga nada, cuando llegue a casa ya le mando yo un mensaje para que me deje tranquila. —Otro silencio más largo que me imagino que es la respuesta de Sira—. ¿Jacobó? No, no sé nada él, ¿por qué?

Resoplo y me gano la mirada asesina de Martina. Joder, le debe de estar diciendo que estoy en Barcelona.

—Vale, tata, si quiere que me llame, pero no sé, seguro que se aburre con nosotras, él tiene pinta de tomar las copas sentado y a nosotras nos va la marcha.

Será cabrona, ahora soy yo quien la fulmino con la mirada.

—Te quiero, tata, ya hablamos. —Cuelga.

—La marcha, ¿no?

—Pobre Sira, ahora quiere que te saquemos a pasear, como a los ancianitos.

—Hija de puta. —Me sale del alma y ella se parte el culo delante de mi cara.

Cuando puede controlar su risa se acerca a mí y me da un beso en la comisura de la boca, pero mantengo la vista en la carretera y no entro a su juego.

Oigo un clic en mi interior.

¿Qué cojones se supone que estoy haciendo?

Mentir a mi mejor amiga.

Follarme a su hermana pequeña.

Ser un puto insensato.

Saltarme mis propias reglas.

Pensar con el nabo, bueno, pensar en que hay algo en lo que pensar, que es mucho peor.

Los engranajes de mi cabeza se acaban de activar y un hilo de arrepentimiento empieza a tejerse en mi pecho. Cada kilómetro que recorro se acrecienta y lo más probable es que cuando llegue a Barcelona sea una puta madeja que me impida respirar con normalidad.

—¿Quién te tiene que dejar en paz? —pregunto para centrarme en algo que no seamos ella y yo.

—Emilio Alvarado, que no para de llamarme. Quiere que me haga las pruebas de ADN.

—¿Y tú qué quieres?

—De él, nada.

—Puedes bloquearlo. Y si quieres ponerle una denuncia, dímelo.

—No, gracias. Recuerda que es el padre de mis hermanos —me responde con un suspiro final de cansancio—. Oye, tú no eres un poli normal de esos que van en los coches patrulla, con uniforme y esposas, ¿no?

—No.

—Joder, no te explayes tanto, a ver si me van a estallar los oídos por exceso de información.

—Créeme, ya sabes más que suficiente. ¿Quieres que paremos a comer algo? —Cambio deliberadamente de tema.

—No, he desayunado muchísimo, pero si quieres parar tú.

—No, yo prefiero llegar cuanto antes.

—Ya...

Me estoy comportando como un imbécil, pero sé que es lo mejor. El operativo cada vez se complica más y no puedo tener ni una distracción fuera. Estoy en Barcelona por trabajo y estos dos días con ella han sido un pequeño paréntesis que ha llegado a su fin, uno que no me tenía que haber permitido.

Dejo que elija la música y guardo silencio cuando me pone una lista de Spotify que odio particularmente, más o menos contiene todos los temas que sonaban en el club cuando la vi y que por lo que parece a ella le encantan.

Martina no es tonta y sabe que algo ha cambiado desde la llamada de su hermana, pero, aun así, hace como si nada el resto del viaje.

Aparco enfrente de su portal y me bajo para darle su maleta.

—¿Lo tienes todo? ¿No te has olvidado nada? —le pregunto.

—Creo que no. De todas maneras, si echo en falta algo podemos volver otro fin de semana a buscarlo.

Silencio. El mío ante sus palabras, que se quedan retumbando en mi mente. Me mira con ese par de ojos verdes y hace una mueca de fastidio, supongo que espera que tenga los suficientes huevos para decírselo con palabras.

—Martina, lo de este fin de semana no se va...

—A repetir —termina la frase por mí—. Por favor, ahórrate las excusas de mierda que no soy imbécil. Ya nos veremos.

Ya nos veremos. Tres palabras que suelta al aire con rabia antes de darse la vuelta y desaparecer por el portal.

Tres palabras cargadas de pólvora y de verdad, porque sé que así será, nos veremos, de eso estoy seguro, lo único que no tengo nada claro es si seré capaz de sacarla de mi cabeza antes.

Familia y amigos

El chalet de los años sesenta que ha alquilado Laura en la sierra da miedo. Muebles oscuros y algo carcomidos, cortinas con dibujos geométricos y una decoración demasiado retro en general. Las risas son un no parar y la pobre Lau, que lo ha hecho con la mejor intención del mundo, aguanta estoicamente nuestras pullas.

A ver, es grande, eso sí. Cuatro habitaciones, tres con cama de matrimonio y otra con dos camas. Tres baños, una cocina enorme abierta al salón y al jardín, que además de ser gigante, con sus arbolitos y sus flores, tiene piscina, pero es uno de abril y creo que, aunque ahora mismo brilla sol, el agua no estará muy caliente.

Llegué ayer a Madrid y me quedé a dormir por primera vez en la nueva casa de mi hermana. Sira me esperaba con muchísimas ganas y, aunque era supertarde y estaba bastante cansada, estuvimos hablando hasta las tantas. Primero de ella y de Noel; de lo fácil que les está resultando la convivencia —normal, porque ellos ya vivían juntos aunque fuera con David—. Y después de mí, de cómo me siento con respecto a toda esta mierda de la familia, vamos, de la nueva familia, y sobre mis días en Barna.

Admiro la capacidad de mi hermana para ver las cosas con tanta claridad. «Si no hay solución, el problema no existe». «Solo tiene que importarte lo que pienses tú de ti misma». «No le debes nada a nadie». «Si no estuvieron en las putas, no tienen por qué estar en las buenas». Y así un sinfín de lemas que ella siempre lleva por bandera, pero que a mí y a mi cabecita nos resultan un poco más difíciles de aplicar.

Alejandra me llama todas las semanas, ha vuelto a Marruecos, pero me ha pedido que por favor siga manteniendo el contacto con ella. Y, bueno, no es que nuestras conversaciones sean superfluidas, pero creo que sí son correctas. No sé, no me cuesta mucho trabajo hablar con ella a pesar de que no nos conocemos apenas. A Emilio le tuve que mandar un mensaje diciéndole que me dejara en paz, al que respondió con un: *Ya tendrás noticias de mi abogado, hija*. Joder, ese *hija* sí que me repateó el hígado. Y después está Claudia, con quien he venido en coche hoy hasta aquí, y con la que tengo un grupo de WhatsApp junto a David. Con ellos hablo más, de cualquier tema que se nos ocurra, incluso nos mandamos los típicos memes de risas y chistes varios. Con ellos me siento bien, al fin y al cabo, nosotros no somos los culpables de los errores de nuestros padres, para mí son dos amigos más con los que puedo contar. Obviamos eso de que compartimos la misma sangre y nos centramos en que compartimos los mismos gustos, sobre todo Clau y yo, que, al tener la misma edad, hemos hecho buenas migas.

He tenido que esquivar las preguntas de Sira sobre mi vida amorosa, porque realmente es inexistente. Cero. Nada. Y tampoco he podido contarle que hay un tío que me gusta muchísimo, que me exaspera y me encanta a partes iguales, con el que pasé un fin de semana espectacular, y del que hace casi un mes que no sé nada. No, definitivamente no puedo mencionarle a Jacobo. ¿Por qué? Pues porque ella se mosquearía mucho conmigo por haberle ocultado que me fui con él, porque le cortaría las pelotas en cuanto lo tuviera delante y porque me jode hablar de él.

—¿Qué habitación pillamos? —le pregunto a Claudia. Quedan dos libres; una con dos camas y otra con una grande.

—La de las dos camas mejor, creo que es la del fondo. Es que duermo fatal acompañada.
—Elevo las cejas y aguanto una sonrisa—. Bueno, eso dicen...

—¿Dicen? ¿En plural?

—Ya me has entendido.

Niega con la cabeza y arrastramos las maletas por el largo pasillo.

—Clau, se te ha caído la cazadora. —Noel la trae en la mano y nos acompaña.

—¡Joder! —decimos las dos al unísono cuando vemos las colchas de margaritas.

—¡Ole! Ya es primavera en El Corte Inglés —espeta él repitiendo el lema de los grandes almacenes y descojonándose.

No nos da tiempo a soltar las maletas porque nos pasa los brazos por los hombros y nos envuelve en un abrazo.

—¿Y este ataque de amor fraternal? —comenta Sira desde el marco de la puerta, observándonos.

—No sé, es que es raro de cojones, alhelí, pero me mola tenerlas a las dos aquí —responde él cariñoso y nos da un beso en la coronilla antes de soltarnos para ir a meterle la lengua hasta la campanilla a mi hermana.

Claudia y yo colocamos la ropa apilada sobre una mesa de madera para no meterla en el armario y bajamos de nuevo.

Aprovechando que los días son más largos estamos todos en el jardín. Nacho se acerca a la verja grande cuando oye el motor de un coche y yo me preparo mentalmente para recibir al recién llegado.

—¡Jacobito! —grita mi hermana cuando lo ve bajarse y va corriendo hacia él, como una posesa.

A mí lo que casi se me bajan son las... menos mal que llevo unos pitillos y van bien sujetas. Sí, hablo de las bragas. Jo. Der. Gafas de sol de aviador. Vaquero azul desgastado. Camiseta blanca. Puto poli. Sí, así, sin más explicaciones. La verdad es que todo lo que tiene de comedido lo podía tener de feo, ¿verdad? Así por lo menos dejaría de aparecerse en mis sueños.

La cara de Noel, que está pegado a mí, es un poema, aunque hace el esfuerzo de sonreír, enseñando todos sus dientes, vuelve a respirar cuando Sira deja de abrazarlo y se acerca hasta nosotros.

Jacobo avanza por el camino de losas del jardín y saluda a Claudia y a Laura, dándoles dos besos, y continúa hasta nosotros.

—Hola —le dice a mi cuñado barra hermano y le tiende la mano.

—Hola —responde él en el mismo tono, con Sira como testigo de esta cordialidad.

Joder, los tíos son lo puto peor, compiten hasta por el tono de voz, muy fuerte.

¡Yuju, solo falto yo! Y, evidentemente, no se lo voy a poner fácil.

—Hola, Jacobo. —Me adelanto un paso y me pongo de puntillas para darle un beso en la mejilla. Uno. Solo uno. Dejándole a medio camino cuando está girando la cara para darme el segundo.

No sé si alguien más se ha dado cuenta, pero a él le ha quedado clarísima mi intención.

—Hola, Martina. —Me saluda con esa sonrisa ladeada.

Mi hermana se cuelga de su brazo y lo acompaña a por su mochila para enseñarle la casa y su habitación. Oímos el sonido de sus risas desde aquí y me jode, no debería, pero me molesta que

con ella sea así de abierto y conmigo no.

Diez minutos más tarde estamos todos juntos otra vez.

—¿Quién quiere encender la barbacoa? —pregunta Nacho.

—Yo —responden Noel y Jacobo a la vez y acto seguido se miran.

—Enciéndela tú. —Interviene Nacho señalando a Noel y evitando que estos dos trabajen codo con codo—. Jacobo y yo vamos a por las cervezas y la carne.

Las chicas nos sentamos en las sillas de madera alrededor de la mesa y esperamos a que ellos nos traigan la bebida. Es maravilloso que se encarguen de todo.

—Habrás traído trufas, ¿no? —le pregunta mi hermana a Laura.

—Por supuesto y la botella de Baileys, ¿por quién me tomas? Me habrán engañado con las fotos de este chalet, pero, por lo demás, soy la mejor organizadora de fines de semana de todo Madrid.

Las cuatro nos descojonamos por el título que se acaba de otorgar.

Nacho y Jacobo regresan con las cervezas, la carne y unas bolsas de patatas fritas, que soy la encargada de abrir, porque son un vicio.

—¿Cómo va eso, enfermero? —pregunta Sira a Noel desde la distancia.

—Va bien, pero alguien podría acercarme una cerveza, antes de que empiece a oler a criollo.

Mi hermana se va a levantar, pero Jacobo la detiene.

—Ya se la llevo yo —afirma para sorpresa de todos.

Sira lo mira, yo lo miro, bueno, en realidad todos lo miramos, porque sabemos que estos dos solo tienen en común a mi hermana y, de momento, están empezando a tolerarse, paso a paso. El poli se acerca hasta él y se queda un par de minutos allí, charlando. No oigo lo que dicen desde aquí y tampoco me parece que estén sonriendo, pero sí que percibo un gesto de asentimiento con la cabeza por parte de los dos e incluso regresan a la mesa juntos. Mi hermana no puede disimular lo feliz que está por verlos así.

—Un brindis, ¿no? —Sira, Polaroid en mano, inmortaliza este momento.

—Por la familia y los amigos —dice Noel antes de que choquemos todos los botellines.

—Por la familia y los amigos —repetimos todos.

Nacho es el encargado de preparar la carne cuando la barbacoa ya tiene la temperatura perfecta y Noel se va a echarle una mano, dejando a Jacobo solo con nosotras.

—Vaya, hoy también estarás cumpliendo una fantasía, ¿no? —le pregunto con toda la intención.

—¿Yo?

—Sí, la de estar rodeado de un harén de mujeres para ti solito. Además, hoy somos cuatro, una más que la última vez en tu casa, puedes batir récord —le digo, recordando aquella noche que dormí en su casa antes de volver a Barcelona.

—Qué va —responde mirándome de frente—, últimamente no puedo con una, como para hacerlo con cuatro. —¿Perdona? ¿Que no puedes con quién?

—Oh, pobre. No me digas que ya has triunfado en Barcelona y no me lo has contado. ¿Quién es ella? ¿Rubia o morena? ¿Nombre? ¿Profesión? —La batería de preguntas sale de la boca de mi hermana. Esto se pone interesante.

—Sí, cuenta, cuenta... —le azuzo y disfruto al ver su cara de querer matarme. Debe estar llamándome de todo menos bonita, internamente, claro.

—Uf, vaya cara que pones, amigo —le vacila mi hermana—. Eso tiene pinta de ser mal de amores, ¿me equivoco?

Ahora lo miro a ese par de ojos azules con toda la calma del mundo, esperando con ansia su respuesta.

—Te equivocas. No puede ser ni mal ni bien, porque prefiero no llegar a ese punto.

Efectivamente, prefieres ser un cobarde y alejarte del peligro sin motivo aparente. Porque no te engañes, Jacobito, picar te pica y quemar te quema, igual que a mí. De lo contrario, no hubiéramos acabado tirados en aquella alfombra matándonos las ganas a polvos y a besos.

—Ya, algo me ha contado Nacho —deja caer Laura y ahora sí que Jacobo palidece, incluso veo cómo parpadea un par de veces—. Una tía que lo tiene loco. —Nos aclara Lau, como si él no estuviera delante.

—¿Loco?, ¿a ti? ¿Al superpoli? —inquiere mi hermana—. Joder, pues haberla traído, si te tiene perturbado me encantará conocerla.

Se le va el trago de cerveza por mal sitio, sí, al poli, ver para creer. Y con la excusa de recuperar la respiración se levanta de la silla.

—No te ahogues, hombre —dice Noel que se acerca con un plato de costillas.

—Siéntate un rato, ya voy yo a ayudar a Nacho.

Muy valiente, Jacobo. Una huida muy valiente.

Así que lo vuelve loco, ¿eh? Vaya, vaya, menuda sorpresita.

Relaja, Martina.

Vale, que no quiero darme la hostia del siglo. Que puede que se refieran a alguna tía que ha conocido en el último mes, después de que folláramos de aquella manera tan jodidamente brutal —y dejara el listón tan alto que nadie podrá hacerme disfrutar así jamás en la vida. Es que es pensar en él, en su cuerpo desnudo, en sus manos tocándome... Mierda, que me desvió del tema—. O simplemente que eso de que alguien lo tiene loco sea la excusa que le dio Nacho a Laura para no contarle lo que verdaderamente le ocurre a su amigo. Vete tú a saber.

—Martina, pásame ese plato. —Me interrumpe Claudia y agradezco que me haya sacado de este bucle de razonamiento sin sentido.

Terminan de cocinar y por fin regresan a la mesa para que podamos cenar todos juntos. El karma a veces acierta y, justo cuando llega Jacobo con la última bandeja en la mano, el único sitio que queda libre es a mi lado.

Uf, huele a él, y eso es malo y peligroso, porque está demasiado cerca y ese olor me trae demasiados recuerdos y despierta en mí cosas que prefiero que sigan dormidas. No tengo intención de arrastrarme después de cómo se comportó conmigo al volver del viaje, pero joder, lo que sí tengo son unas ganas tremendas de seguir poniéndolo a prueba.

Las conversaciones surgen entre risas y alabanzas al cocinero. Cada uno cuenta su propia batallita de algún campamento de verano o de algún fin de semana en el campo, las típicas historias de fantasmas juveniles y güijas. Claudia y yo no tenemos mucho que aportar, así que solo escuchamos. Seguimos con las cervezas hasta que llegan las trufas, bueno, mi hermana y Lau se pasan al chupito después del postre, para no perder la tradición familiar, pero yo prefiero no mezclar.

Pongo música con mi móvil y empieza a sonar *La Mentira*, de Dani Martín, que sé que nos gusta a todas. Las cuatro nos levantamos para ofrecerles un espectáculo digno de karaoke a los

chicos. Ay, qué recuerdos de la última vez. Vaya, pensándolo bien, esa fue la primera vez que vi a Jacobo, llevaba un buen pedo, pero ya esa noche pensé que estaba como un queso, si te gusta el queso, claro, a mí es que me encanta.

La temperatura baja bastante a medida que avanza la noche, así que decidimos continuar en el salón, donde intencionadamente me vuelvo a sentar al lado de Jacobo.

—Es el karma —le digo casi en un susurro cuando me dejo caer sobre el sofá, rozándole el brazo. Él se muerde el labio, aunque se le escapa una sonrisa.

—¿Estás segura?

—Segurísima, tanto como que esta no va a ser la última vez que estemos así de cerca esta noche.

14

Salta

Jacobo

En media hora llegaremos a Ocaña, en Toledo, para saltar en paracaídas. Nacho y yo solemos hacerlo al menos una vez al año, así que él ya había reservado este día hace semanas, lo que no imaginé es que no íbamos a hacerlo solos.

—¿Estás preparada? —le pregunto a Sira y le agarro la mano que la tiene sobre su pierna. Como somos siete nos hemos repartido en dos coches y yo tengo la suerte de llevar a las hermanas Flores en el mío.

—La verdad es que no. Lo siento, cuando me lo dijo Lau flipé y me envalentoné, pero ayer por la noche me puse malísima.

Yo también me puse malísimo, pero por un motivo distinto, un motivo que va sentado en el asiento de atrás ahora mismo.

—Pues entonces nada. Las cosas se hacen para disfrutar, no para sufrir.

Se oye un carraspeo y una incipiente tos.

—¿Estás bien, enana? A ver si ayer has cogido frío en la piscina.

Joder. ¿Frío? Si lo que no sé es cómo no se notaban las burbujas de la ebullición del agua cuando salimos. Martina no solo cumplió su amenaza del jueves, esa en la que me dijo que todavía íbamos a estar cerca en otra ocasión esa noche, sino que ayer me torturó de igual o peor manera.

Anteayer fue en el baño, que está entre la habitación que ocupa ella con Claudia y la mía, yo estaba lavándome los dientes antes de meterme en la cama cuando se presentó allí, es verdad que no tenía echado el pestillo, pero le importó un pimiento que yo estuviera dentro. Se coló, se metió entre el lavabo y yo, haciéndose la loca, y me colocó deliberadamente su trasero en mi pelvis. Me aparté de ella como si quemara y nos mantuvimos la mirada a través del espejo demasiados segundos, en silencio, hasta que se giró, me apartó de su camino y desapareció.

Como ese episodio le debió parecer poco, ayer estrenamos la piscina por la tarde y, entre bromas, risas y aguadillas, se las ingenió para meterme mano, por dentro del bañador, sí, cuando teníamos a todos a menos de dos metros de distancia. Tuve que inventarme una excusa patética para quedarme un rato más dentro hasta que se bajó mi erección, mientras ella sonreía con malicia. Cuando digo que esta niña es la hostia, me quedo corto.

—No, estoy bien, tranquila. Es que se me ha ido la saliva por mal sitio. Entonces, ¿no vas a saltar?

—No, soy una cobarde, pero no, quizás otro día.

—Pues salto yo —afirma decidida.

—No —respondemos Sira y yo al unísono.

—¿Qué sois siameses? —nos pregunta cambiando el tono a uno más seco.

—Marti, no vas a saltar —afirma Sira.

—¿Por qué? Tú ibas a saltar con Jacobo, ¿no? Pues si tú no saltas, puedo hacerlo yo, a mí sí que me apetece.

—No —repito yo.

—Ah, vale, ya lo entiendo. Que es un rollito solo vuestro, ¿no? Perfecto entonces, si me hubierais avisado habría ido en el otro coche, para no molestaros.

Joder, no me puedo creer que esté insinuando algo semejante.

—Martina, te estás pasando —le advierte su hermana.

—Deja de decir tonterías —la riño y me jode tener que ponerme en ese plan con ella, pero ese comportamiento no me gusta nada.

—Pues vosotros dejadme hacer lo que me dé la gana. Para empezar, soy mayor de edad y, para continuar, ¡no sois mis padres! —grita.

—¿En serio me vas a venir ahora con eso? —Se lamenta su hermana y resopla con fuerza negando con la cabeza.

—Joder, tata, es que estoy cansada de que todos me deis consejos y me digáis lo que es mejor para mí. Me gustaría que me escucharais alguna vez, ¿sabes?

—Yo siempre te escucho —afirma Sira y sé que las palabras de su hermana le están doliendo.

Yo también, se lo dije una vez y lo sigo manteniendo, a pesar de que no nos hayamos visto desde que volvimos de la cabaña, a pesar de que sé que lo mejor es mantenerme alejado de ella, a pesar de no ser capaz de gestionar lo que siento cuando estoy con ella. No ha habido una sola noche en la que no haya estado tentado en llamarla para saber qué tal estaba o simplemente para escuchar su voz.

—¿Sí? Pues te lo voy a repetir. Quiero saltar en paracaídas.

—Está bien. —Poso mi mano en la rodilla de Sira, que ahora no para de temblar—. Yo saltaré con ella.

—Contigo, puedes decir contigo, igual has olvidado que sigo aquí y te estoy oyendo. —Se cuela entre los dos asientos para asomar la cabeza entre nosotros.

—Martina, no seas borde —le recrimina su hermana.

—Yo saltaré contigo. —Corrijo la frase y ella vuelve a sentarse bien, dando palmadas, como si se hubiera salido con la suya.

Cierro los ojos un segundo y me muerdo la lengua. No sé por qué coño me reta constantemente, ni por qué narices termino aceptando.

Los chicos ya han llegado y cuando nos ven bajar del coche se extrañan, porque la única que sonrío es Martina. Sira y yo parece que venimos de un funeral.

—¿Todo bien? —pregunta Noel acercándose a su novia.

—¡Sí! ¡Voy a saltar yo! —responde Martina para informar a todos.

No me pasa desapercibida la cara de susto de Noel.

Nacho y yo nos vamos hasta la recepción para avisar de que hemos llegado y preparar todo y los dejamos a ellos en una pequeña terraza para que nos esperen.

Le cuento a mi amigo las últimas novedades y, en vez de darme la razón por el cabreo que llevo con la niña, se parte el culo por verme así. Cojonudo.

—Joder, amigo, te tiene pillado por...

—Ni lo menciones.

Me quedo preparando los equipos con uno de los instructores que me conoce de otras veces y mi amigo se va a buscar a las chicas. Laura saltará con él y yo con Martina.

—Cambia esa cara, Jacobito.

—Martina esto no es un juego.

—Lo sé, es una aventura. Y me encanta vivirla contigo. —Y así zanja el tema, dándome un solo beso en la mejilla antes de pasar con Laura al vestuario para ponerse el equipo.

—Así que una aventura, ¿eh? —dice Nacho que ha debido de oírla.

—Si solo fuera eso...

Recibimos la clase teórica que nos da el instructor con ellas, solo para saber que están atentas y comprenden todo, porque Nacho y yo no la necesitamos, y, cuando lo tienen todo claro, subimos al avión.

Nacho no suelta la mano de Laura mientras ascendemos y no deja de darle besos para tranquilizarla. Observo la cara de Martina y me doy cuenta de que empieza a perder ese entusiasmo inicial, incluso creo que tiene la cara más pálida.

—¿Estás bien? No tienes que saltar si no quieres. Es lícito cambiar de opinión.

—Quiero saltar —me dice segura.

—Vale, pues entonces no pienses en el salto todavía, ¿vale? Piensa en algo que te guste muchísimo, cierra los ojos y visualízalo. —No aparta la mirada de mí—. Martina, los ojos, ciérralos.

—No me hace falta cerrarlos. Lo que quiero visualizar lo tengo justo delante.

—Estamos en el punto, ¿preparados? —pregunta el instructor que nos acompaña y nos saca de la burbuja.

—Sí, nosotros saltamos primero —afirma Nacho.

Laura abraza a Martina y se colocan en posición, diciéndonos adiós con la mano.

—Somos los siguientes —le anuncio.

—¿Ya? Joder, joder, joder.

—Martina, respira.

Noto cómo mete aire en sus pulmones y lo expulsa de manera atropellada, como no se tranquilice no vamos a poder saltar.

—Jacobito, yo... —duda.

—Mírame —le ordeno—. Soy yo, nena.

—¿Nena? —Consigo que deje de pensar en el salto y sonrío.

—Sí, acabas de madurar, has pasado de niña a nena, que quieras saltar conmigo te ha hecho subir un peldaño.

—Capullo.

—Ahora en serio. Respira conmigo, despacio. Inhala. Exhala. —La giro y nos colocamos en el borde, listos para dejarnos caer sobre las nubes—. ¿Me sientes? —le susurro y poso mi mano a la altura de su vientre

—Sí, te siento.

—Soy yo, Martina. Y te prometo que no hay nada que me apetezca más en este mundo que saltar contigo.

—¿En serio?

—Jamás te mentaría. Así que coge aire una vez más y... ¡salta!

Planear durante cinco minutos es una sensación increíble, pero hacerlo con Martina pegada a mi cuerpo es algo difícil de explicar. Sus brazos extendidos, sus manos queriendo tocar las nubes, el bonito paisaje debajo de nosotros, la adrenalina corriendo vertiginosa por nuestras venas y las pulsaciones a mil, dándonos una perspectiva única desde las alturas.

Descendemos disfrutando, que eso es lo más importante, y, antes de posar los pies en el suelo, le pregunto con el pulgar si está todo *OK*, confío en que se acuerde de las instrucciones para tomar tierra. Me devuelve el gesto con el mismo dedo y entonces me preparo para terminar el salto.

La carrera que damos es bastante decente para ser su primera vez y oigo su grito para terminar de soltar toda la adrenalina cuando nos detenemos. Las piernas nos tiemblan y antes de soltarla la sostengo un par de minutos entre mis brazos, recuperando la respiración.

—Joder, ha sido una puta pasada, nene —me dice cuando le suelto el arnés y se da la vuelta para quedarnos frente a frente.

—¿Nene?

—Sí, tú hoy has bajado un peldaño dejándome saltar contigo. Así ya estás más acorde con mi edad.

Sin darme tiempo a decir nada se abalanza sobre mi boca y nos besamos. No me resisto, porque yo también me moría de ganas de probar sus labios de nuevo. Nuestras lenguas colisionan con fuerza, saboreándose, disfrutando de la sensación de volver a unirse después de haberse echado de menos. Sabe a Martina, a dulce, a fruta prohibida.

Jacobo, deberías parar.

Jacobo tiene una debilidad, rubia y con ojos verdes, que responde al nombre de Martina.

Tardamos unos minutos en despegarnos y con una sonrisa bastante imbécil en la cara —espero que a esta distancia no nos hayan visto—, caminamos al encuentro de la furgoneta que nos devolverá a la base, donde ya nos esperan Laura y Nacho.

Ellas se abrazan como locas y no paran de cotorrear excitadísimas sobre la experiencia. Nacho y yo chocamos nuestras manos y las observamos divertidos.

Sira suspira aliviada cuando nos ve llegar y se abalanza sobre su hermana y su amiga para abrazarlas.

—Joder, la próxima vez que saltéis, venid solos. Creo que es más chungo quedarse aquí esperando que tirarse —comenta todavía nerviosa y es Noel quien se acerca para darle un beso y tranquilizarla.

Nos cambiamos y volvemos a los coches. Nacho y yo les proponemos un sitio para ir a comer que no está demasiado lejos y les parece buena idea, así que hacemos un poco de turismo por la zona, unas fotos, un paseo y unas cervezas.

Martina y yo no dejamos de mirarnos, ni de rozarnos continuamente. Disimulamos nuestra complicidad como podemos, aunque en ocasiones nos resulta complicado. Y me guardo las ganas que tengo de estar con ella a solas, porque, ¿a quién coño quiero engañar? Me muero por estar un ratito con ella a solas, aunque luego todo se desvanezca.

Regresamos al chalet de noche y bastante agotados, así que algunos pican algo en la cocina y otros se tiran directamente en el sofá, porque no tienen ni hambre. Nos tomamos una última copa todos juntos antes de irnos a dormir, porque mañana, irremediablemente, será domingo.

Mientras me lavo los dientes estoy pendiente de la puerta por si entra Martina, pero ni rastro de ella, solo oigo su voz charlando con Claudia a través de la pared. Cuando salgo del baño para irme a la cama, la casa está en el más absoluto de los silencios, supongo que estará exhausta del salto y se habrá quedado dormida.

Mejor así, para los dos.

Perfecto, Jacobo, está muy bien que lo pienses, ahora solo hace falta que te lo creas.

Estoy empezando a dormirme, es en ese primer estado de inconsciencia cuando oigo un leve ruido, no abro los ojos porque me parece más un sueño que la realidad, pero entonces siento una presencia acechándome, alguien abre el edredón y se mete en mi cama.

—Shh, no hagas ruido, nene, o nos oirán.

—¿Martina?

—Joder, ¿esperabas a alguien más?

—No, joder. No esperaba a nadie.

—¿A mí tampoco?

—No, estás loca. Nos puede oír. Tu hermana está al otro lado del pasillo.

—Y mi hermano barra cuñado y mi otra hermana...

Se pega a mi espalda y me abraza por detrás, a mí me encanta esta postura, pero al revés, cuando la encajo entre mis brazos.

—Vale, lo capto. —Cuela su mano por la cinturilla de mi pantalón y me agarra la polla, sin titubear—. Martina... —siseo porque me está poniendo malísimo.

—Acabas de decir que nos pueden oír, así que deja de decir mi nombre con esa entonación, porque me pones tonta.

Le retiro la mano y me giro para mirarla de frente.

—Martina, tú y yo...

—Oh, no, por favor —me corta—. Soy yo, nene —repite las palabras que le he dicho antes de saltar y se cuela por debajo de las sábanas. Cuando llega a la altura de mi ombligo, tira de mis pantalones para abajo y se mete mi polla en la boca.

—Hostia puta, Martina. —Escucho su risa porque no es la primera vez que empleo esta frase con ella.

—¿Me sientes? —me dice con la lengua en la mismísima punta.

—Te siento más de lo que puedo reconocer.

Me cuelo debajo de la sábana y nos cubro con ella, como si estuviéramos dentro de una tienda de campaña. Primero la beso y después la desnudo y no tengo manos suficientes para acariciar todo lo que quiero.

—Espera, que tengo un condón en el bolsillo —me avisa antes de que su pantalón del pijama se pierda a los pies de la cama.

Muerde el envoltorio y es ella misma, en la penumbra, la encargada de ponérmelo. Joder, siempre va por delante de mí, en todo. La cojo para girarla y pego su espalda al colchón, colocándome encima de ella.

Mis dedos tantean su sexo y ella gime muy bajito cuando empiezo a esparcir su humedad por sus pliegues, metiendo un dedo, luego dos y, tocando el nudo hinchado con el pulgar, se retuerce y junta los muslos, presa del placer. Se los separo con las manos y coloco mi erección en su entrada.

—Vamos —me apremia—. Te necesito dentro de mí.

—Shh... Martina. Esto es una puta locura, si nos oyen...

—Deja de pensar y siénteme.

—Está bien, pero te aviso, voy a hacértelo muy lento, así que nena, no se te ocurra gritar. Prométemelo.

—Prometido.

Y así es como entro en ella, ralentizando el movimiento hasta que llego al fondo, hasta que me muerde el hombro para ahogar su primer grito, porque está tan excitada que la fricción con mi pelvis no tardará en hacer que explote. Nos pegamos tanto que los límites de nuestros cuerpos se desdibujan. El ritmo sigue siendo lento, tan lento que casi roza lo agónico, pero a la vez es fuerte y profundo. Pierdo la fe en mi resistencia en menos tiempo del esperado, porque, una vez más, Martina me convierte en millones de partículas de placer sin ningún esfuerzo. Ella es volcán y lava y, a pesar de que quema mi piel como si hubiera entrado en una habitación en llamas, sigo ahí, anclado a sus caderas, sintiendo que con cada bombeo una parte de mí se une más a ella.

15

En bucle

Me quito el tercer vestido y lo tiro encima de mi cama, supongo que cuando tengo la cabeza en otro sitio no me veo bien con nada.

—¿Ese tampoco? —me pregunta Carola asomándose por la puerta de mi habitación.

—No, tía. Creo que me voy a quedar en casa.

—Y una mierda, amiguita. Tenemos millones de razones para salir; hemos terminado las clases, ha empezado el verano y mañana es tu cumpleaños, nena. ¿Qué más quieres?

—Nada, solo que no me llames nena.

—Joder, Marti. Olvídate de ese capullo. Han pasado casi tres meses. No se dignó a contestar a tus llamadas y solo has recibido por su parte un par de mensajes de cortesía. No sé por qué narices sigues colgada de él.

Paso de volverle a explicar a mi amiga que soy incapaz de olvidarme de Jacobo, básicamente, porque ella nunca ha estado enamorada, así que le cuesta muchísimo ponerse en mi lugar. Cree que lo mío es solo un encoñamiento, porque el señor mayor no para de darme calabazas cada vez que está conmigo, como si eso me encantara, en fin.

Cuando me desperté en la sierra el domingo y bajé a desayunar, después de haber vivido unos de los días más intensos de mi vida, con salto en paracaídas incluido, él se había marchado, así, sin más. Sin una nota, sin un mensaje, sin un triste adiós. Joder, me costó tanto contener las lágrimas para no delatarme delante de todos que me subí a encerrarme en el baño e intenté hablar con él. Su móvil daba señal, pero ni una sola vez descolgó. Puto cobarde. Lo que habíamos hecho esa noche, cuando me colé en su cama, no fue solo sexo, de eso estoy segura, porque lo que sentí con él no lo había sentido nunca con nadie y supongo que él, por muy sensato que se crea, debió de experimentar algo parecido, algo tan grande que de nuevo lo engulló. Empiezo a conocerlo —no por eso me jode menos—, pero está claro que, cada vez que se acerca a mí de forma más íntima, más distancia quiere interponer entre los dos luego y eso tiene que significar algo.

Esta vez se ha pasado un poco. Es verdad que días después de su huida me mandó un par de escuetos mensajes, preguntándome si estaba bien, como si no se hubiera comportado como un imbécil, a los que por supuesto no respondí. No me apetecía ser su juguete y, si tantas ganas tenía de saber cómo estaba, solo tenía que haber dado la cara y haber respondido cuando lo llamé.

Después he estado centrada en acabar mis exámenes y en elegir el sitio donde haré las prácticas en septiembre, pero, aun así, no he sido capaz de sacarlo de mis pensamientos ni un maldito día. Mi hermana tiene que estar con la mosca detrás de la oreja, porque cuando hablamos los domingos suelo terminar preguntado por él.

—¿Qué tal con esto? —le pregunto y me estiro la solapa de la americana. Me he decidido por un traje fucsia, con pantalón tobillero y un *bralette* negro de encaje debajo, que queda a la vista porque no me ato la chaqueta.

—Estás guapísima y lista para buscar otros peces en el mar —me anima mi amiga.

—Me parece correcto —digo viniéndome arriba—. Porque parezco una viuda guardándole el luto.

Cogemos un taxi y nos deja en la puerta del restaurante, cerca de la playa, porque estos tacones no están hechos para las largas distancias. La mesa la ha reservado Carola, pero pienso invitarla, porque mañana es mi cumple y se lo merece todo, por aguantarme.

Bebemos una botella de vino rosado, que es el único que nos gusta, y pedimos platos para compartir, es un sitio de esos finos, donde los platos son grandes y no te los llenan, pero está todo buenísimo. Charlamos de los planes para las vacaciones y de las prácticas. Mientras decidimos qué postre tomaremos nos entran un montón de wasaps.

Oriol

Chicas, en media hora estaremos por el club, ¿os pasaréis?

Caro

No lo sé, lo que diga la cumpleañera.

Yo

De momento es noche de chicas, ya veremos.

Tecleamos la respuesta y nos miramos, esperando a ver qué más nos propone. Oriol ha quedado con su colega Alfred, el tío que tiene fijo el reservado en el club, y un par de compañeros más de su clase, que a veces vienen por casa a ver algún partido de fútbol y cenar *pizza*.

—Este no va a dejar de insistir —me comenta Caro—. Ya verás.

—No sé, podemos pasar por el club más tarde, ahora prefiero que vayamos tú y yo a ese otro garito solas.

—¿Al del camarero moreno con ojos verdes y culo de melocotón?

Me río porque no sabrá ni cómo se llama el bar, pero del camarero conoce hasta el número de pie que calza.

—Sí. Oriol puede esperar, que si vamos ya el ego se le dispara.

—Bueno, después del vacile que le hemos metido la última semana, estará sopesando sus posibilidades.

Nuestro compañero de piso sigue prohibido para las dos y, como él es un egocéntrico y un zalamero, cada vez que tiene oportunidad, nos come la oreja para que cambiemos la regla. Según su punto de vista, lo mejor para estos casos sería que nos enrollásemos los tres, juntos y a la vez. Vamos, que no tiene cara ni nada el tío. Así que Carola y yo, cuando queremos echarnos unas risas, nos dedicamos a decirle que nos lo estamos pensando y que no lo hemos descartado del todo. Supongo que él con solo imaginárselo ya se pone malo. Malo de lo suyo, claro.

—Pues espérate a que nos vea luego —digo y le guiño un ojo.

Oriol

Venga, tías. ¿No os parece una noche cojonuda para hacer un trío?

—Joder, este las expectativas ya las tiene altísimas —comenta Carola cuando me lee el mensaje en voz alta y nos descojonamos.

—No sé, tú lo conoces más a fondo que yo —la pico.

—A fondo, a fondo...

Tomamos un helado de chocolate belga con crujiente de avellana y saca una vela de su bolso para cantarme el cumpleaños feliz, porque ya son las doce y un minuto, después, pido la cuenta.

Se nota que han terminado las clases y que el verano acaba de entrar, porque, cuando salimos del restaurante, vemos que está todo abarrotado de gente. Vamos al bar del camarero buenorro y nos pedimos dos copas. A la primera ronda nos invita él, porque creo que a Caro la tiene fichada de alguna otra vez. La verdad es que, con lo guapa que es mi amiga y tal y como lo mira, embobada, tiene que recordarla, seguro.

—Se llama Neco y es de Santander —me chilla Caro en la oreja.

—Vaya, pues dicen que los del norte son unos bordes.

—Pues borde o no, a este me lo como yo.

—¿Eso pretendía ser una rima? Joder, ni Gustavo Adolfo Bécquer —protesto y le saco la lengua.

Bailamos como locas, cantando y contoneándonos con cada tema. Tomamos otras dos copas y me alegro de estar sola con ella, porque cada vez estoy más relajada y feliz. Se nos acercan varios moscones, pero ninguno merece la pena, al menos a mí no me entra ninguno por el ojo, así que los rehuimos con nuestra sonrisa más estudiada. Disfrutamos de la liberación que supone haber terminado las clases y los exámenes. Y cada media hora aproximadamente nos chillamos:

—¿Cuál es nuestro objetivo?

—Quemar el verano.

Y así, una y otra vez.

Antes de irnos mi amiga coquetea un ratito más con el camarero y yo aprovecho para ir al baño. Miro mi móvil y solo veo tres mensajes de Oriol diciéndonos que nos está esperando en el club.

Salimos agarradas del brazo y caminamos riéndonos como idiotas, porque vamos de puntillas para no clavar los tacones en la acera y evitar un esguince de tobillo. Parecemos unas garzas, unas garzas algo tocadas.

En cuanto entramos en el club siento un pequeño mareo, no sé si por el calor que hace hoy, porque está atestado de gente o porque, inconscientemente, él se cuele en mi mente. Fuera, Martina. Deséchalo. No se merece que pierda ni un solo segundo pensando en él.

Vamos directas al reservado y, cuando el capullo de Oriol nos ve aparecer, silva metiéndose los dedos en la boca, montando el espectáculo.

—Joder, menuda noche me espera —nos dice y nos envuelve con sus brazos antes de darnos dos besos, como si no nos hubiera visto hace unas horas en casa. Para flipar.

Sus amigos nos miran a los tres con los ojos como platos, espero que la bromita no se nos vaya de las manos. Ellos están bebiendo vodka, pero nosotras queremos ron, así que le pido una copa a la camarera y la compartimos, al final acabaremos bebiendo lo mismo, pero a Caro y a mí nos parece que bajamos el ritmo si tomamos una para las dos.

—Chicas —nos dice Alfred—. Que no os falte nada, ¿eh? Hoy vemos amanecer y si es desde mi ático, mejor.

Caro y yo lo miramos y mostramos media sonrisa forzada, antes de darnos la vuelta y poner los ojos en blanco. A ver, que no nos cae mal el chico, porque además solo coincidimos con él cuando está Oriol, pero es el típico hijo de papá, un poco prepotente, al que le gustan los vicios caros.

El DJ de esta noche nos encanta, porque a veces hay otro que no nos mola tanto. Mucha música latina y mucho perreo, que hace que no podamos estarnos quietas ni un segundo. Las

luces, Oriol arrimándose constantemente, nosotras haciendo el tonto con él. Otro trago a la copa compartida. Otra canción.

Alfred, que va un poco pasado, intenta pegarse a Carola por detrás, tocando demás sin que nadie le dé permiso. Mi amiga y yo le paramos los pies. Que nosotras bailemos con Oriol como nos dé la gana no le da a él ningún derecho a comportarse como un gilipollas y manosearnos sin nuestro consentimiento. Odio a los tíos que se creen con derechos sobre las chicas porque sí.

—Controla a tu amiguito —le digo a Oriol para que no se equivoque.

—Ya se lo habéis dejado clarito —me dice y veo a Alfred pirarse del reservado a dar una vuelta—, pero, de todas maneras, cada uno es dueño de sus actos y yo sobre todo de los míos.

Sé que tiene razón, pero a veces los tíos solo escuchan los consejos de los de su mismo género, son así de cuadrículados.

Nos quedamos los tres solos y recuperamos el buen rollo, dejándonos llevar, tema tras tema. Cuando el alcohol corre por nuestras venas en la misma cantidad que la sangre, lo damos todo.

Suena *Tonika*, de Maluma con Ziggy Marley y nos marcamos un bailecito impresionante con Oriol en medio. Carola por delante de él y yo por detrás, luego viceversa. Mi amiga lo sorprende dándole un pico algo más largo de lo normal, que le deja temblando, y entonces, un par de segundos después, lo rodeo y le doy yo otro, sin dejar de sonreír.

—Tres —le dice Caro y le señala el número con los dedos, vacilándolo.

—Cabronas —afirma y se pasa el pulgar por el labio para luego chupárselo.

Oriol, además de estar muy bueno, es un chico cariñoso y gamberro, y un compañero de piso casi perfecto, así que tenemos confianza con él para esto y para más.

Carola y yo nos ponemos juntas delante de él, de espaldas, y meneamos la cadera delante de su paquete, bajando hasta ponernos en cuclillas, muertas de risa mientras escuchamos sus juramentos. Cuando subimos con el culo en pompa somos el centro de atención de todo el club, porque por encima de la voz de Juan Luis, Maluma para el mundo, escuchamos las ovaciones de los curiosos. La canción acaba y Oriol nos abraza a las dos, a pesar de los tacones le llegamos a la altura de los hombros.

—Cuando queráis nos vamos a casa —comenta esperanzador y nos agarra de la nuca para juntar nuestras caras, Carola y yo nos damos un pico, como hemos hecho un montón de veces estando de fiesta.

—¡Joder, qué calor! —Me abanico con la mano y luego me la paso por la frente para quitarme las gotas de sudor.

De repente, el calor se convierte en frío. Frío helador. Como heladora es la mirada del puto poli que tengo justo delante. Me quedo quieta, tanto que Carola y Oriol, que están partiéndose el culo todavía, me empujan del hombro para que reaccione, sin percatarse de quién está enfrente de mí.

Voy a bajar y a encararlo. No sé, a decirle que no tiene derecho a mirarme como lo hace, o a estar aquí. No sé, hacer algo, lo que sea, pero, entonces, la música se detiene y vemos a dos chicos de seguridad sujetando a Alfred de las muñecas, mientras él intenta zafarse de su agarre sin éxito y lo arrastran hacia la salida.

—¿Qué coño está pasando? —pregunta Oriol, saliendo disparado del reservado por el lateral mientras mi amiga lo sigue.

—Se acabó la fiesta. —Su voz. Su maldita voz. Su seguridad.

Se encienden los focos más potentes y el DJ dice que, lamentablemente, el club cerrará en quince minutos.

—Perfecto —hablo en voz alta—. Porque a estas horas solo queda lo peor de cada casa aquí. —Recojo mi bolso para marcharme.

—Exacto, como tu amiguito, que es escoria —afirma él. Antes de soltar la copa que tengo en la mano me la llevo a la boca para darle un último trago—. Deja eso, ¿no crees que ya has bebido bastante? —Me sujeta la muñeca con su mano y me detiene.

—¿Tú de qué vas? —le increpo.

—Léeme los labios que igual así lo procesas mejor. No. Vas. A. Beber. Más. —Me la quita y vierte el líquido que queda en una cubitera.

—¡Imbécil! —le insulto y en vez de bajarme por su lado, me escabullo levantando el cordón lateral, que está más cerca de la salida.

—Martina, ¿dónde te crees que vas?

—A la puta calle —canturreo como una cría.

Esquivo a la gente que está agolpada intentado llegar a la salida y me agobio cuando se hace un pequeño embudo antes de llegar a la calle. Estoy atrapada. Joder, me voy a marear.

—Respira y no cierres los ojos. —Otra vez su voz. Otra vez susurrándome. Otra vez sujetándome. Otra vez los aleteos en las tripas.

¿Cómo es posible que no pueda salir de este maldito bucle?

Me comprometo

Jacobo

—Respira y no cierres los ojos. —Paso mi mano por su cintura y la sostengo en medio del tumulto antes de que se caiga.

Oigo cómo coge aire y lo expulsa más calmada, con mi brazo libre aparto a dos tíos que van demasiado pasados de copas para que nos dejen un poco de espacio vital. Pol está en la puerta, hablando con los agentes que han venido a llevarse a ese gilipollas.

Joder, cuando he recibido su llamada estaba llegando a casa, reventado después de más de doce horas delante de una pantalla de ordenador. He estado a punto de no cogérselo, pero supuse que si me llamaba a las cuatro de la madrugada sería por algo importante.

—Primo, tenemos un problema —me dijo cuando descolgué.

—¿Los dos?

—Sí, hemos pillado al puto niño ese echando una pastilla en la copa de una chica.

—De lujo, retenlo y llama a la policía, no tardarán en llegar, pero ¿qué tiene que ver eso conmigo?

—Pues es que en el bolsillo tiene como diez pastillas más y hace más de una hora que está en el mismo reservado que *tu debilidad*.

Mi debilidad. Dos putas palabras que no me he podido pasar por alto. Quince minutos he tardado en llegar hasta aquí, fuera de cualquier lógica.

—¿Puedes soltarme, por favor? —me dice Martina con malas pulgas cuando ya pisamos la acera.

—No.

Dos coches patrulla, todos los curiosos en mitad del paseo con los móviles en la mano y el caos. Supongo que si hacen una redada ahora mismo podrían confiscar un montón de drogas, afortunadamente, al imbécil del pijo lo han pillado infraganti cometiendo un delito. Lo dicho, escoria.

—Jacobo, deja de tocarme.

—Y tú deja de tocarme los cojones. No te voy a soltar porque estás mareada, ¿crees que estoy aquí por gusto?

—Me importa una mierda por lo que estés aquí.

—Estoy aquí por ti, joder. —Me cabreo, porque parece que no ve el alcance de todo esto—. ¿Qué has bebido?

—Marti. Joder, han detenido a Alfred. —Nos interrumpe su amiga y, cuando se da cuenta de que la tengo agarrada, me escanea—. Joder, tú eres el puto poli —afirma frunciendo el ceño.

—El mismo —responde Martina con desgana.

—¿Te está molestando?

—No sabes cuánto, amiga.

—Me imagino, aunque un repasito sí que le dabas, ¿eh?

—Caro, por favor —la riñe.

Será mejor que me muerda la lengua.

—¿Qué habéis bebido? —les pregunto ahora a las dos.

—¿Qué pasa? ¿Que la edad te convierte en nuestro padre? —me rebate su amiga—. No te flipes.

Mi mosqueo va a más con su actitud desafiante.

—¿Sabéis por qué estoy aquí? Porque a ese amiguito vuestro, el del reservado, lo han pillado metiendo una pastilla en la copa de una chica.

—¡Qué hijo de puta! —dicen las dos a la vez y se miran sorprendidas.

—Así que, si sois tan amables, ¿podéis responderme? Porque, en caso contrario, os puedo llevar al hospital para que os hagan unos análisis y sirvan de prueba.

—No hace falta —responde rápido Martina—. En el reservado solo hemos bebido una copa. La hemos pedido nosotras, y Caro y yo nunca la posamos en ningún sitio, es otra de nuestras reglas. A nosotras no nos ha echado nada, seguro.

—¿Estáis bien? —me intereso.

—Sí —me responden las dos.

—Caro, creo que voy a ir hasta la comisaría a ver si llega su padre —dice el otro tío, el fumeta, el que ha estado magreándose hace un rato con ellas. Espero que no esté metido en la misma mierda que el otro.

—Espérame —le dice ella y le da un beso en la mejilla a Martina—. Me voy con él, Marti, para explicárselo por el camino, luego te mando un mensaje.

—Joder, Caro —protesta ella.

—Tú, tranquila. Quédate y que te dé tu regalito, cumpleañosera. —Desaparece después de guiñarme un ojo, sí, a mí.

—¿Me vas a soltar ya? —me pregunta Martina un poco más relajada después de saber lo que ha pasado—. Me voy a casa.

—¿Es tu cumpleaños hoy?

—Sí.

—Joder, ¿por qué tu hermana no me ha dicho nada?

—¿Por qué iba a tener que decírtelo? Solo soy un puto polvo para ti y encima ella ni lo sabe, afortunadamente.

—Martina. —Rebajo el tono y la alejo de la gente—. Nunca has sido un puto polvo. ¿Todavía no te has dado cuenta de que eres justo lo contrario?

Me cuesta un mundo abrirme y más si se trata de ella, pero confío en que perciba las señales.

—No, contigo no sé nada, Jacobo. Solo sé que desapareces siempre, pero ya paso, me importa una mierda.

—Martina, sé que no tenía que haberme marchado así, pero no pude hacerlo de otro modo. En mi vida, el noventa y nueve por ciento de las veces manda esta —le digo señalándome la cabeza—. Después te envié algún mensaje, pero no me contestaste —me excuso.

—Algún mensaje no. Dos —me rebate tajante—. Yo te llamé ocho veces. Supongo que entenderás cómo me sentí. De todas maneras, eso ya no viene al caso.

—Lo siento.

—Ahora, explícame, ¿por qué mi hermana te tenía que haber dicho lo de mi cumpleaños? —Retoma el tema e ignora mis disculpas.

—Porque hoy es mi cumpleaños también.

—¿Estás de coña?

—No. Así que, felicidades.

—Igualmente. Ahora, ¿ya me puedo ir?

—Martina, por favor. He venido como un puto loco hasta aquí. ¿Y si te hubiera drogado? ¿Y si te hubiera pasado algo? —digo desesperado y me paso las manos por el pelo. Quiero que se dé cuenta de que, aunque no sepa gestionar nada cuando se trata de ella, estoy aquí.

—¿Y si hubieras dado la cara aquel domingo?

—Martina... —protesto porque está muy cabreada conmigo y con razón.

—Ni Martina ni nada.

—¿Y si vamos a desayunar y vemos amanecer juntos? —Sigo con el juego a ver si consigo que no se vaya.

—¿Y después?

—Después podemos celebrar nuestros cumpleaños.

—¿Juntos también?

—Sí, ese es el plan, a no ser que quieras que te deje en casa y terminar lo que has empezado antes en el club con tus amigos. —No pensaba hacer referencia a eso, pero joder, verlos con tanta complicidad ha sido jodido, a punto he estado de decirle al DJ que cortara la canción de los cojones.

—¿Cuánto tiempo llevabas ahí?

—El suficiente para ver el espectáculo.

—¿Se te ha puesto dura? —Esa boca, encarándome, a medio camino de besarme o soltarme otra bordería, me mata. Amaga llevando su mano a mi paquete, pero, antes de tocarme, la retira.

—Haberlo comprobado antes. Entonces, ¿vienes conmigo?

—Tengo muchas preguntas.

—Y yo algunas respuestas. —Le tiendo la mano y, cuando me la da, suspiro con alivio.

Pol me llama y vamos hasta su encuentro, no me pasa desapercibida la mirada de mi primo al vernos con los dedos entrelazados. Los presento y mientras me cuenta cómo ha quedado la cosa, le pido al chico de la entrada que me saque el coche para irnos.

Desayunamos en un bar al lado de la playa de Castelldefels. Martina se ha puesto mi cazadora vaquera y ha dejado su americana en mi coche porque estaba destemplada. Café y tostadas con mermelada, yo me tomo dos de todo, porque llevo más de veinticuatro horas sin dormir y además estoy hambriento.

Nos descalzamos y caminamos un rato por la playa.

—¿Por qué huyes de mí?

—Martina, no huyo, solo creo que tú y yo. Es una locura, lo sabes, ¿no?

—Para mí no y tienes que dejar de tomar decisiones por los dos. No soy una niña.

—Lo sé, pero es que no puedo hacer otra cosa. Me como el coco cada vez que estoy contigo y, además, no depende solo de mí, Martina, hay un montón de factores en contra.

—Sí y el único que se empeña en joderlo eres tú, ¿no te has dado cuenta? —me pregunta con desgana.

—Puede ser.

—Dime una cosa, si no te hubiera llamado tu primo, ¿me habrías llamado tú?

—No lo sé, Martina. Quizá no me creas, pero he estado millones de noches con el teléfono en la mano, porque no ha habido ni un solo día que no me haya acordado de ti, pero, al final, la razón siempre se imponía.

—O la sinrazón, depende de la perspectiva con la que lo mires —afirma rotunda y me parte en dos verla así y, encima, es evidente que haber estado tres meses separados no ha solucionado nada, porque lo que surgió entre nosotros, en vez de perder fuerza, sigue estando ahí, latente, esperando a un encuentro, a un roce, a una palabra.

Nos sentamos en la arena con la mirada perdida en el sol que empieza a asomarse.

—¿Veinticuatro entonces? —le pregunto para rebajar la intensidad de la conversación.

—No, veintitrés.

—¡Joder!, ¿pero no me dijiste que ya los tenías?

—Sí, porque me faltaba poco para cumplirlos —se excusa—. Siempre me gusta ponerme más. —Me río y niego con la cabeza. Catorce años, joder—. ¿Y tú?

—Treinta y siete. Y ni me quito ni me pongo.

—¡Vaya!, cuando tú empezabas a hacerte pajas yo no había nacido.

—¿En serio esa es la única comparación que se te ha ocurrido?

—Joder, nene. —Si me llama así es buena señal, ¿no?—. Es que son catorce años. A esa edad yo ya...

—Vale, me puedo hacer una idea. —Se parte el culo al ver cómo me pongo de los nervios cuando es tan gráfica.

El cielo está muy despejado, así que la playa no tardará en llenarse de bañistas.

—Si seguimos aquí llegarán los turistas —comenta como si me hubiera leído el pensamiento.

—Lo sé y estoy reventado, necesito dormir un par de horas.

—¿Así piensas celebrar tu cumpleaños? ¿Durmiendo? Ah, claro, es por la edad...

—No, listilla, pero si no duermo un par de horas no seré capaz de mover ni un solo músculo.

—¿Ni la lengua?

—Ni la lengua —respondo y la última sílaba se pierde en la boca de Martina, que ha invadido la mía, sin aviso previo, porque, a pesar del enfado, hay impulsos irrefrenables.

¡Qué puta sensación! Sabe a café, a mermelada de fresa y a salitre, y a una lista interminable de cosas que me encantan.

—Te doy dos horas.

—Gracias —musito y nos levantamos para marcharnos a casa.

—Después quiero mi regalo.

—¿Tu regalo? —pregunto elevando una ceja—. No te he comprado nada.

—No te preocupes, si tienes en casa papel y un bolígrafo te vale.

—Martina...

—Tranquilo, no voy a pedirte un contrato prenupcial —me vacila—. Recuerda que solo tengo veintitrés años.

—¿Puedes dejar de recordármelo?

—Me lo pensaré. Y no me cambies de tema.

Llegamos a casa y no sé cómo soy capaz de meter el coche en el garaje sin darle ningún golpe, porque los párpados me pesan.

—A ver, entonces, ¿qué quieres que te firme? —le pregunto y saco una libreta que hay en el cajón de la cómoda que está en la entrada.

—Quiero que me asegures que no vas a desaparecer después de que follemos como animales. Será cabrona, otra vez sus palabras se convierten en imágenes en mi cabeza.

—Está bien. —Empiezo a escribir y pongo el brazo escondiendo la libreta, para que no lo lea hasta que termine—. Toma, ahí van mis regalos. Los dos.

—¿Dos? —pregunta dudosa y empieza a leer:

Yo, Jacobo Quintana, me comprometo a no desaparecer después de que Martina Flores y yo follemos como animales.

Y, además, me comprometo también a revalidar este compromiso la primera semana de agosto en Fuerteventura, siempre y cuando ella quiera acompañarme.

Firmado:

Jacobo

—¿En serio? ¿Fuerteventura? ¿Una semana? ¿Tú y yo? ¿Solos? —chilla y se abalanza sobre mí, la sujeto por el culo y subo con ella las escaleras, probablemente necesite tres horas de sueño, no solo dos.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un sí a todo, nene.

Deberías de saberlas todas

Estamos a punto de aterrizar en Fuerteventura y todavía no me creo que esté sentada aquí, al lado de Jacobo, sujetando su mano.

—Si sigues apretando así me vas a cortar la circulación.

—Es que me da miedo aterrizar. —Me muestra su mejor sonrisa y me da un beso en los labios.

—Bueno, puedo decirle al comandante que dé vueltas en círculos hasta que caigamos en el agua. —Me vacila y se gana mi guantazo—. Joder, cuando me pegas así me recuerdas a tu hermana.

—¡Calla!, que casi me había olvidado de ella.

Salir de casa de mi hermana esta mañana ha sido una odisea, porque Noel y ella se han empeñado en llevarme al aeropuerto, ahora que tienen coche nuevo y yo no sabía qué excusa inventarme para que me dejaran ir sola. Al final, he tenido que echar mano de Claudia y se ha presentado en casa para rescatarme, ahora la he convertido en mi cómplice, porque he tenido que explicarle con quién me voy. Carola será mi coartada esta vez, porque mi hermana se cree que ella ya está en la isla esperándome, al menos, no le he mentido con el destino.

Después de que Jacobo y yo nos reencontráramos en nuestro cumpleaños y limáramos asperezas, me quedé unos días más en Barcelona antes de volver a Madrid. La excusa fue dejar todo preparado para septiembre, pero, realmente, solo lo hice para quedarme con él. Quería estar segura de que cumpliría su promesa de no volver a desaparecer, y, además, necesitaba saber que su proposición para irnos de vacaciones juntos seguía en pie.

Me moló mucho quedarme con él, compartir su espacio y sobre todo dormir juntos. Como la mayor parte del día estaba sola, porque él estaba trabajando, adoptamos a Carola de animal de compañía —es broma—. Al final, ha sido bastante cómico ver cómo han encajado esas dos piezas fundamentales de mi vida. Y no voy a mentir, matar las horas en ese pedazo de chalet al lado de la playa junto a mi amiga fue la mejor forma de comenzar a quemar el verano.

—Toma. —Me coloca su auricular en el oído y enreda con su móvil en busca de una canción—. La música distrae el miedo. Así no te enterarás del aterrizaje.

Suena *Black Hole Sun*, de un grupo que se llama Soundgarden, y que no he escuchado en mi vida, parece una mezcla de *heavy* y *rock*, no tengo ni idea. Sube tanto el volumen que no me entero cuando las ruedas tocan la pista.

En cuanto aterrizamos, vamos directos a recoger las maletas y a por un coche de alquiler que ya tiene reservado. Es la primera vez que vengo aquí, pero Jacobo me ha contado que él viene a menudo, porque es uno de sus destinos preferidos. Me ha dicho que la isla es pequeña y que el hotel está en el sur, en Costa Calma, a unos setenta kilómetros de aquí.

—¿Preparada para soportarme una semana? —me pregunta cuando salimos del aeropuerto.

—¿Y tú?

—No sé, ya sabes eso que dicen, el que con niños se acuesta...

—Idiota —protesto y no le pego, porque no quiero parecerme a mi hermana, no al menos en esto.

Él coge mi mano y se la lleva a la boca para darme un beso, después, sin soltarme, la posa en la palanca de cambios y así continúa conduciendo un buen rato.

El hotel está a escasos metros de la playa Sotavento, es moderno y solo para adultos, cuando estamos haciendo el *check in* y veo el cartel donde lo pone, le doy un codazo y ladeo la cabeza.

—Uy, casi... —digo y él intenta no reírse mientras entrega nuestros carnés a la recepcionista, que creo que ha pillado nuestra broma porque se le escapa una risilla.

Nos comenta cómo funcionan todas las instalaciones y nos da un mapa de la isla y un folleto con todas las actividades acuáticas que podemos hacer. Yo soy más de vuelta y vuelta al sol, pero seguro que él necesita liberar adrenalina después de todo lo que ha currado estos meses.

—¿Te gusta? —me pregunta cuando entramos en la *suite*. Es enorme y tiene una terraza con un par de tumbonas y unas vistas al Atlántico impresionantes.

—Es una pasada, pero ¿sabes lo que me va a gustar más?

—Sorpréndeme.

—Despertarme contigo y que me beses la nuca mientras miro el mar.

—Y después, ¿cómo quieres que te la meta?, ¿suave o salvaje? —me dice entrando a mi juego y rodeándome por detrás con sus enormes brazos.

—No sé, deberías mostrarme ahora las dos versiones y así mañana lo tendré más claro.

—Me parece lo justo —responde con chulería y antes de darme la vuelta, para saborear sus labios, me quita el vestido de un solo movimiento.

—¿Tienes prisa?

—Prisa no. Ganas sí, a mansalva.

Me lo dice con ese tono de voz, ronco y grave, y mis manos corren veloces a deshacerse de todo lo que se interpone entre los dos. Cuando estamos completamente desnudos, me tira encima del colchón y me empieza a comer a besos.

—Te he echado de menos, nene.

—Y yo a ti, cada puto día, nena.

—¿Sigo siendo tu debilidad? —Desde que me contó cómo fue la llamada de su primo para que fuera al club a buscarme me gusta preguntárselo.

—Indudablemente.

Su boca se abre paso entre mis labios y el beso es tan intenso que enciende cada centímetro de mi piel. Le araño la espalda, complacida, mientras él empieza a dejar un reguero de besos y chupetones por todo mi cuerpo. Cuando llega a los pezones y juega con ellos, creo que me deja al borde del orgasmo. Jacobo en la cama siempre es así, decidido, preciso y nada egoísta. Prefiere ver cómo me derribo y exploto debajo de su cuerpo mil veces antes que abrirme las piernas y metérmela.

—Jacobo... —gimo de manera lastimera cuando hunde su lengua en mi sexo y juguetea en mi interior. Es una sensación inexplicable—. Si no dejas de hacer eso me correré —le advierto.

—Pues hazlo, nena. Y no cierres la boca porque quiero oírte.

Sonríe satisfecho cuando me oye decir torpemente su nombre y un joder interminable. Sin dejar que me recupere, trepa por mi vientre hasta llegar a mi boca.

—¿Quieres más? —me pregunta con una mirada felina.

—Por supuesto.

—Pues dime dónde tienes el bolso para coger un condón.

—No los he traído.

—¿Qué? Es una broma, ¿no? —Me fijo en cómo empieza a perder color. Sé que decírselo ahora le está cortando el rollo, solo espero que, cuando me deje acabar de hablar, reviva.

—No. —Le doy la vuelta y pego su espalda en el colchón para empezar a comérmelo yo a él.

—Vale, eso también me sirve, pero habrá que buscar una farmacia para ir a comprarlos luego. —La última palabra le sale entrecortada porque me acabo de meter su polla en la boca—. ¡Hostia puta, Martina!

Arriba. Abajo. Paso mi lengua por toda su piel. Enredo con la punta e, incluso, uso los dientes, mordiendo con suavidad su glande, ese gesto lo pone cardíaco y me encanta llevarlo hasta el límite. Jacobo es el rey del control, pero lo suele perder conmigo. Justo antes de que se corra la saco de mi boca, en medio de sus protestas. Asciendo por su cuerpo y, con la erección sujeta en mi mano, me preparo para cabalgarlo.

—¿Preparado?

—Martina, no, eres una deliciosa tentación, pero sin preservativo no, nena.

Me inclino y me acerco a su boca. Noto que se le pone la piel gallina.

—¿No sabes que existe la marcha atrás? —le pregunto y me tengo que aguantar una carcajada al ver su cara de terror.

—Joder, Martina. Tengo treinta y siete años, ¿recuerdas?

—Y yo veintitrés y he empezado a tomar la píldora —le susurro en el oído y me la meto poco a poco, disfrutando de la sensación de hacerlo sin barreras por primera vez en mi vida.

—¿Estás segura? Es algo importante, necesito que me lo confirmes.

—Respira y disfruta, nene.

Sus manos se pegan a mis pechos y gime cada vez que me muevo. Unas veces alto y otras como si quisiera gritar para adentro. Me siente. Lo siento. Y es tan especial, tan distinto y tan auténtico que, cuando se vacía dentro de mí y el orgasmo le hace gritar mi nombre, casi se me saltan las lágrimas de la emoción y de la excitación cuando exploto otra vez yo.

Se incorpora sin salir de mí y me aprieta contra su pecho para atacar mi boca. Es un beso intenso, que empieza fuerte y desciende lentamente, como nuestras pulsaciones.

—Cuéntame algo —le pido porque el silencio ahora mismo entre los dos es abrumador. No quiero que se rompa esta conexión mágica que hemos creado hace unos minutos, ni que empiece a comerse el coco.

—Martina —me dice enmarcando mi cara con sus manos y pegando su frente a la mía—. Podría contarte tantas cosas..., pero, si observas cómo te miro, deberías de saberlas todas.

18

Ella y la isla

Jacobo

El sol empieza a esconderse y la vista desde este rincón de la playa es espectacular, pero nada puede compararse a tener a Martina envuelta con mis brazos y apoyada en mi pecho. Su voz, su calor, su olor...

—¿En serio es nuestra última puesta de sol? —me pregunta absorta en el contraste de color que desdibuja la línea que separa el cielo del océano.

—Lamentablemente, aquí sí.

No me puedo creer que haya pasado una semana desde que aterrizamos y que mañana tengamos que coger un avión para volver a Madrid. No es que se me haya pasado volando, porque he disfrutado de cada minuto del día, exprimiendo las horas al máximo, pero es que, si pudiera, me quedaría aquí un par de semanas más.

Sabía que Martina y la isla iban a ser una combinación perfecta, pero lo que nunca imaginé es que yo conseguiría desconectar completamente del mundo exterior de la manera en que lo he hecho. Con un trabajo tan exigente a nivel mental como el mío es muy difícil apagar el botón de encendido, aunque estés de vacaciones, pero, sin duda, con ella a mi lado lo he conseguido.

—¿A qué hora tenemos la reserva?

—Dentro de quince minutos. ¿Ya tienes hambre?

—Un poco —responde y se gira para sentarse a horcajadas encima de mí. Sus ojos verdes, un poco más intensos bajo esta tenue luz, se clavan en mis labios, dejándome clara su intención.

—¿De comida?

—Sí y de saliva.

Me besa lento, recorriendo todos los recovecos de mi boca, saciándose, y, cuando calma su hambre, gime bajito y se separa.

Martina me vuelve loco, eso es más que evidente, por millones de razones, pero una de las que más me gusta es que coge de mí lo que necesita, sin preguntar, con el descaro que la caracteriza, sin meditarlo, y eso hace que cada día a su lado sea diferente, que, cuando me despierto con ella en la cama y la observo mientras está dormida, me quede revoloteando a su alrededor con la ilusión de un niño chico con el comienzo de un nuevo día, donde sabe que, pase lo pase, se va a divertir.

—No quiero volver —me confiesa.

—Lo sé, yo tampoco.

—Jacobo, prométeme...

—Shh... Martina, por favor. —Ahora soy yo quien la callo con un beso. Entiendo sus dudas, porque a mí me atraviesan la mente a cientos de kilómetros por hora, pero no quiero estropear el último día en este paraíso pensando en cosas que no sabemos si pasarán.

—Mi vida es mejor desde que estás en ella —me dice y hunde su cara en mi cuello para aspirar mi olor. Poso mi mano en su nuca y beso su pelo.

—Y la mía —afirmo.

Volvemos a besarnos, ahora en bucle, sellando con los labios nuestra primera confesión, para que las palabras no se pierdan como las olas.

Cuando nos despegamos, le ofrezco mi mano y desandamos la playa para llegar de nuevo al hotel.

Los días aquí han tenido la dosis justa de deporte, turismo y conocimiento; sí, de nuestros cuerpos, nuestros gustos, nuestras fobias, incluso nos ha dado tiempo a confesarnos todo lo que empezamos a sentir.

Al lado del hotel está la escuela de *kitesurf* más grande del mundo, así que por la mañana, después de desayunar, si el viento me lo permitía, me metía en el agua mientras Martina se tostaba al sol en esta espectacular playa. Ya me avisó el primer día que ni de coña iba a probar ningún deporte de vela.

Lo que sí hemos compartido han sido paseos en bicicleta por los alrededores, ella sin parar de descojonarse de mí, porque las que ofrece el hotel son de esas de paseo, en color verde piscina y con cesto en la parte delantera, un poco pequeñas para mi cuerpo. Es una lástima que el montón de fotos que me ha hecho no se las pueda enseñar a su hermana, porque, conociendo a Sira, me vacilaría durante años. Bueno, quizás algún día, quién sabe.

Todos los mediodías hemos cogido el coche y nos hemos ido a comer por ahí, como no es mi primera vez aquí, la he llevado a los restaurantes pequeños que más me gustan, cuya especialidad es el pescado. Me ha confesado que jamás había probado tantos tipos diferentes. Me he dado cuenta de que Martina no come mucha cantidad, excepto de lo que le gusta, que ahí es cuando no tiene límites. Ella me vacila con lo mono que voy en la bicicleta, pero yo a ella la pico con su adicción al queso, diciéndole que pronto se convertirá en ratón, porque desde que descubrió el primer día el majorero, uno típico de aquí, lo ha pedido de postre siempre.

Nos ha dado tiempo a visitar el Parque Natural de Corralejo, que es un sitio impresionante y la bonita villa de Betancuria, que dicen que fue la primera ciudad de la isla, además de su capital en el siglo XV.

El resto de las horas las hemos quemado en la playa, en la piscina, en la terraza y en la cama, en la ducha, en el suelo, contra la pared...

—Pueden sentarse cuando quieran —nos dice el camarero y nos indica cuál es nuestra mesa.

Martina lleva un vestido blanco que hace contraste con el tono dorado que tiene su piel ahora. Se ha recogido el pelo en un moño y se ha pintado los labios de rojo, con esa imagen enfrente de mí no sé si cenaré o pasaré directamente al postre.

¿Adicto a Martina? Sí, lo confieso.

—Deja de mirarme así o se pensarán que eres un viejo verde.

—¡Joder! —Casi me atraganto con el primer trago de vino blanco—. Eso lo decía mi abuela.

—Y la mía —afirma con una sonrisa ladeada preciosa.

El intensivo de esta semana nos ha permitido conocernos más el uno al otro, aunque ella sabe que hay parcelas de mi vida que no puedo compartir, como es mi trabajo. Me ha preguntado si soy GEO, antidisturbios, policía judicial... Al final, por descarte, me preguntó si era espía y de ahí salí airoso con el manido: *Si te lo digo, tendré que matarte*. Que no sé si habrá despejado sus dudas o justo lo contrario.

Hemos hablado de nuestras familias, de los buenos y los malos recuerdos, de cómo se siente ahora, de cómo va asimilando todos los cambios, de David, el ex de Sira, que para ella sigue

siendo un buen amigo, además de su nuevo hermano. Me ha contado lo importante que es Carola en su vida, lo sola que ha estado desde pequeña y cómo se han apoyado siempre la una en la otra. Hemos relatado lo que nos gusta hacer en nuestro tiempo libre; a ella diseñar y coser, a mí el deporte y la naturaleza. Hemos escuchado cientos de canciones, buscando nuestra propia banda sonora y, después de una dura negociación, hemos creado una lista en Spotify aportando un tema cada uno. *Canciones del madurito y la niña* la ha titulado la muy cabrona. Hemos conversado sobre libros, ella lee romántica y a mí me va la historia. Y, por supuesto, de viajes, sobre todo de los que tenemos muchas ganas de hacer.

Pero también nos hemos conocido estando en silencio, sin tener que hacer uso de las palabras, así, escuchando el sonido de nuestras pieles al tocarse, hemos aprendido millones de cosas sobre el otro. Como que tiene muchas cosquillas en la ingle y que, si paso las yemas de mis dedos por ahí, se muere de risa. También sé que le gusta cómo la toco, decidido, con precisión. Y ella sabe que cuando me agarra del culo no puedo controlarme, que su lengua repasando mis tatuajes me enciende a niveles insospechados o que su sinceridad desbordante recorre mi espalda, provocándome los mejores escalofríos del mundo.

Hemos aprendido a disfrutarlos sin prisas, controlando las ganas salvajes, divirtiéndonos tanto por el camino que nos importa poco alcanzar la meta. Me ha confesado que jamás, en la vida, lo había hecho sin condón, con nadie. Y yo le he prometido que, aunque hacía muchos años que no lo hacía a pelo, hundirme en ella, así, ha sido mucho mejor que mi primera vez.

—¿En qué piensas? —pregunto cuando veo que lleva un rato enredando con el tenedor.

—En que deberíamos contárselo a mi hermana. No sé, paso de esconderme, no estamos haciendo nada malo.

—Lo sé. Debería entenderlo, pero es Sira de quien estamos hablando, la mamá pata. Y presentarnos allí, para decirle que su patita favorita está enrollándose con un madurito como yo... —dejo caer a ver por dónde sale.

Soy un tío adulto y no tengo miedo a mi amiga, pero tampoco quiero que se preocupe antes de tiempo. No tengo ni puta idea de lo que realmente somos Martina y yo, sé que no somos un puto polvo, o mil, pero de ahí a poder ponerle una etiqueta hay un abismo. Estar aquí solos, aislados del mundo, no tiene nada que ver con la realidad que nos encontremos cuando volvamos.

—Bueno, ella se piensa que me estoy tirando a Oriol, así que puedo seguirle el rollo.

Oír su nombre me produce un escalofrío, pero de los desagradables.

—¿Y por qué piensa eso? —pregunto. El camarero se acerca a llevarse nuestros platos antes de traer el postre.

—Pues porque cuando lo escogimos como compañero de piso hablaba mucho de él, ya sabes, está bueno y a Carola y a mí nos molaba.

—Ah, a las dos, qué bien —respondo con un tono sarcástico que no he podido evitar—. Entonces, ¿él y vosotras?

De puta madre, Jacobo, casi no le estás dando vueltas.

—Jacobito, pregunta sin rodeos, ¿qué quieres saber? —Ella siempre un paso por delante de mí.

—*Coulant* de chocolate blanco con helado de higos —dice el chico dejando el plato sobre la mesa porque lo vamos a compartir. El pobre se queda cortado porque ni lo miro, ahora mismo

solo puedo pensar en otra cosa.

—¿Os habéis acostado con él?

—¿En plan trío?

—No lo sé, Martina. En plan lo que sea, porque estoy flipando un poco ahora mismo.

—Sí y no.

—Vale, déjalo, prefiero no saberlo.

—No seas bobo. No tengo ningún problema en contártelo, pero yo también tengo preguntas.

—Claro, ¿cómo no?

—Yo me he acostado con Oriol. —Me cago en la puta, para qué coño habré preguntado—.

Pero no pasó nada, fue la noche antes de que se muriera mi abuela, estábamos muy pedo y solo dormimos juntos. Después, cuando yo estuve aquellos días en Madrid se acostó con Carola, ellos sí que culminaron. —Suelto el aire de mis pulmones—. La coña es que Carola y yo pusimos una regla por la cual ninguna de las dos podía enrollarse con él y nos la pasamos por el forro. Cuando nos enteramos de que la habíamos incumplido, nos juramos no repetir, por eso, él no deja de proponernos un trío, para que nos la saltemos juntas.

—¿Y aquella noche en el club? Si no aparezco igual hubierais...

—Ni de coña —me corta—. No es una cosa que tenga en mente ahora mismo, quizás en un futuro... —suelta y se queda tan feliz. Esa puñetera sinceridad de nuevo me los pone de corbata.

—Pues si estás pensando en mí y en él, olvídalo —afirmo rotundo.

Martina se empieza a carcajear en mi cara.

—No sé, quizás pensaba en ti y en Carola —me vacila, porque en cuanto me ve la cara, cabecea negándolo—. Vaya, vaya, nene, no pensé que tendrías miedo a tener rivales.

—¿Yo? —me hago el ofendido—. No es eso —miento—. De todas maneras, creo que esta conversación se está desviando.

—Se ha desviado tanto que ha llegado tu turno. ¿Has hecho un trío? —me pregunta así, sin anestesia.

—Sí y no —respondo igual que ella.

—Explícate.

—He estado con tres, pero conmigo sumábamos cuatro.

—No.

—Sí.

—¿Y cómo cojones lo hiciste?

—Pues muy bien, como lo hago todo. Rozando la perfección.

—No te estoy preguntado eso.

—Ah... —me hago el loco—, lengua, dedos y polla.

La que tose ahora es ella y, aun así, veo un brillo especial en su mirada. Hablar con ella de sexo es encender una cerilla.

—¿Y estaba tu ex entre ellas? —Sí, dentro de nuestras conversaciones también le he contado que Mónica fue mi única relación seria y que acabó hace años. He omitido el hecho de que me convirtió en un mal reflejo de mí mismo, queriendo cambiar todo de mí, aunque esa parte sí que ya la he compartido con Sira.

—No, fue antes de empezar a salir con ella. ¿Alguna pregunta más, su señoría?

—Eh, que no te estoy juzgando, solo estoy sopesando mis posibilidades —me pica de nuevo.

—No.

—¿No qué?

Nos levantamos y, como cargan la cena a la habitación, salimos sin decir adiós. La llevo de la mano hasta el ascensor mientras se le escapa una risita triunfadora. Pensaba tomar la última copa en el bar del hotel, pero acabo de decidir que será mejor tomar la botella de cava en la terraza a solas con ella.

—No existe ninguna posibilidad en la que yo contemple compartirte, ni con otras tías ni con nadie, y menos con tu colega Bob Marley —le susurro en el oído—. ¿Me he explicado bien?

—Perfectamente —me responde y me acorrala contra la pared nada más salir del ascensor, sí, ella a mí, con su tamaño, esto es increíble—. Entonces, espero que recuerdes que tus dedos. —Se lleva mi índice y mi corazón a la boca y los chupa con lascivia—. Tu lengua. —Me mete la suya hasta la garganta para jugar con la mía—. Y tu polla. —Cuela su mano por dentro de mi pantalón para agarrármela con fuerza—. Son solo míos. ¿Me he explicado bien?

—Perfectamente, nena.

Rompernos

Carola abre la ventana y sacude el trapo del polvo mientras estornuda por cuarta vez, pobre del que pase justo por la acera en ese momento.

Ayer Jacobo y yo regresamos a Madrid después de haber pasado una semana increíble en Fuerteventura. Ains... no creo que me olvide de ese viaje nunca. Separarnos en el aeropuerto fue una tortura y dormir sin él después de tantos días compartiendo las veinticuatro horas una broma de mal gusto. Me ha encantado saber que a él le ha pasado algo parecido, porque hemos estado mandándonos wasaps hasta que se nos han cerrado los parpados.

—¿Puedes dejar de suspirar? —me pregunta mi amiga con cara de sabelotodo.

—No he suspirado —protesto.

—Claro que sí, lo que pasa es que como estás en las nubes ni te enteras. Aterrizaste ayer, capulla. Venga, termina de barrer esa esquina.

Suspiro inconscientemente de nuevo y cojo la escoba para empezar a barrer los pies de Carola.

—Mira, por listilla ya no te casas —le digo recordando el dicho que me decía mi abuela cuando era pequeña.

—Pues barre, barre, que no tengo ninguna intención.

Las dos nos partimos de risa y seguimos adecentando el entresuelo. La verdad es que, desde la lectura del testamento de mi abuela, solo había estado aquí una vez, cuando vine con mi madre a verlo. Es pequeño, pero tiene bastante luz y está en una calle muy céntrica. No sé, no quiero hacerme demasiadas ilusiones, pero me encantaría montar aquí mi propio atelier, así, lanzándome al vacío sola cuando termine las prácticas del máster.

—Caro, el sitio mola, ¿verdad?

—Sí, un montón, amiga. Yo ya te veo aquí, recibiendo a tus clientas. Además, puedo ayudarte con el *marketing* y el lanzamiento de la marca, para que tú solo te dediques a diseñar y a coser.

—Sería la bomba —respondo y le guiño un ojo.

Carola estudió Moda conmigo, pero a ella le va más la parte pura y dura de la industria, no el diseño, por eso su máster es de *marketing* y negocios. Ella quiere conseguir trabajo en alguna marca de lujo y llegar a lo más alto. Yo, en cambio, quiero estar rodeada de bocetos, hilos y telas. Tocar y palpar cada diseño y dejar un trocito de mí en cada prenda.

—¿Salimos esta noche? Mi primo Martín, el rollito de tu hermana —matiza y nos descojonamos, porque Sira y él protagonizaron un momento bastante prescindible en su vida amorosa—, y Borja me han preguntado que si vamos con ellos a tomar unas cervezas.

—Pues es que esta noche Sira ha invitado a Jacobo a cenar.

—Oh, qué bonito, ¿va a pedirle tu mano?

—Eres idiota. —La pego con la escoba en el trasero que es lo que más cerca me queda—. No, no estamos en ese punto, capulla.

—¿Y en qué punto estáis?

—Uf, con él es difícil saberlo. Se abre muy lentamente y a cuentagotas, ya sabes.

—Sí, para abrirse a toda velocidad ya estás tú, como buena kamikaze que eres.

Me hace gracia la observación de mi amiga, pero tiene razón. Con Jacobo no mido, ni lo que siento, ni lo que hago, ni las consecuencias.

—A ver, después de cómo hemos ido avanzando desde la primera vez y de pasar todas las horas del día juntos esta última semana, los dos tenemos claro dos cosas: la primera, que no es solo sexo y, la segunda, que no nos queremos compartir.

—Vale. —Se toca la sien como si estuviera pensando—. Sentimientos y exclusividad —afirma con tonito—. Eso es una RELACIÓN, con todas las letras, aunque te dé miedo ponerle una etiqueta.

—No me da miedo —me quejo, aunque quizá un poco sí—. Eso es Jacobo y yo compartiendo momentos.

—Sí, muy filosófico. Pero yo añadiría: eso es Jacobo, tanteando lo que siente, y tú, colada por él hasta las trancas, compartiendo momentos.

—Puede ir la cosa por ahí —reconozco.

—¿Y vais a seguir ocultádoselo? Porque tu hermana no es tonta.

—No lo sé, hemos pensado que lo mejor será ir diciéndoselo poco a poco, de forma paulatina. Dejarlo caer cuando estemos de nuevo en Barcelona, así no la tendremos cerca.

—¡Una idea cojonuda, amiga! Cuanto más lejos le pille la noticia mejor.

Las dos nos empezamos a reír porque conocemos a mi hermana y su instinto de protección elevado a la enésima potencia, sobre todo conmigo. A ver, que no tenemos que escondernos de ella porque no estamos haciendo nada malo, pero Jacobo tiene razón, y, de momento, es mejor que siga disfrutando de su felicidad, esa que tanto le ha costado conseguir.

Suena mi móvil y lo busco en el bolso.

—Sí...

—Martina, ¿dónde estás? Necesito hablar contigo. —El tono de voz de Jacobo y esa puñetera frase encienden todas mis alertas.

—En el entresuelo de mi abuela en la calle Zurbano. Estoy con Carola, pero ya me iba a casa de Sira.

—¿Me puedes esperar ahí?

—¿Aquí? Sí, bueno, ¿es tan urgente que no me lo puedes decir luego en la cena?

—Sí... —titubea y cada vez suena peor. Me estoy poniendo de los nervios—. No. No puedo ir a cenar, ya se lo he dicho a tu hermana. Pásame la ubicación, por favor.

—Está bien, ahora te la mando. —Cuelgo y se la envío.

Carola solo necesita verme la cara para saber que algo no va bien.

—¿Qué pasa?

—No lo sé, pero algo malo —afirmo con seguridad—. Me ha dicho que tiene que hablar conmigo y eso solo significa que se acabó.

—Joder, no te pongas en lo peor, pero, coño, la verdad es que esa frasecita es de las que no anuncian nada bueno... ¿Quieres que me quede contigo?

—No, tranquila, vete. Luego te llamo.

—Está bien. Eh, mírame. —Enmarca mi cara con sus manos y como tenemos la misma altura pega nuestras frentes—. Sé lo mucho que te gusta ese tío, pero tú eres Martina Flores, la tía más

especial que pisa Madrid ahora mismo, así que da igual lo que te diga, cabeza alta y ni una lágrima. ¿Entendido?

—Ni una —respondo con un hilo de voz, poco convencida.

Mi amiga se marcha y me siento en el alféizar de la ventana, con la mirada perdida en los viandantes. Me como la cabeza con los mil y un finales que me estoy imaginando.

Diez minutos más tarde, unos nudillos llaman a la puerta.

—Hola —le saludo y me pierdo en la intensidad de su mirada, que se posa en mis labios, sopesando la posibilidad de inclinarse y besarme o no.

Me quedo bloqueada sujetando el marco, hasta que él reacciona y pasa delante de mí para que entremos.

—Martina, yo, no sé ni por dónde empezar...

—Quizá, si me besas primero te resulte más fácil —le provoco, pero puedo ver la tristeza que desprenden sus ojos azules, nunca se los había visto así.

—Lo siento. —Y no, no me besa, simplemente, pasa su pulgar por mi labio inferior para que deje de pellizcármelo. Y ese gesto ya me duele.

—Muy bien —digo conteniendo el cabreo que empiezo a experimentar, porque, como me ha dicho mi amiga, delante de él, cabeza alta—. Di lo que hayas venido a decir y vete, no soy una cría, Jacobo, no tienes que adornarme la realidad. A ver, ¿qué es esta vez? ¿La diferencia de edad? ¿Tus paranoias conmigo? ¿Mi hermana? ¿Tu cobardía? ¿Mi inmadurez? —pregunto con desgana—. Bueno, al menos en esta ocasión te estás dignando a decírmelo a la cara.

Me giro para alejarme de él, pero el espacio es el que es, así que no tengo escapatoria y lo vuelvo a mirar de frente.

—Martina, he venido a despedirme.

—¿Te vas? ¿A Huesca? —le pregunto porque sé que mañana tenía programado ir a pasar unos días con su familia.

—No, es por trabajo.

—Bueno, no pasa nada porque te vayas antes. A finales de mes también regresaré a Barcelona, incluso puedo adelantarlo, no entiendo cuál es el problema.

—Mi trabajo en Barcelona se ha acabado, no volveré y tampoco voy a estar en Madrid.

—Vale. —Cabeceo, si es por su curro lo tengo complicado, es muy hermético cuando se trata de ese tema, pero tengo que intentarlo, no puede ser tan grave como para que no podamos seguir en contacto—. ¿Y a dónde vas? Supongo que no será para siempre, ¿no? En algún momento regresarás.

—Es difícil explicarlo, las cosas se han complicado un poco —me dice de forma ambigua—. Me marchó en media hora y no puedo decirte a dónde ni tampoco el tiempo que estaré fuera, porque no lo sé.

—Jacobó... —Y pronunciar su nombre me cuesta muchísimo—. Me da igual, puedo esperar, mientras tanto, podemos seguir hablando.

—No es tan sencillo, Martina. No quiero que sufras esperando llamadas o mensajes que puede que jamás lleguen, no es justo ni para ti ni para mí.

—¿Podemos intentarlo?

—No. Es mejor así, créeme, nena. —Hace el amago de acariciar mi mejilla, pero en último instante, antes de rozarme, se lleva la mano al pelo y se lo revuelve, nervioso.

—Y que decidas por los dos, ¿es justo? No puedes presentarte aquí, después de haber compartido todo conmigo, decirme adiós y llamarme nena, eso sí que no es justo. —Retrocedo dos pasos más y me topo con la pared. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no deslizarme por ella y sentarme en el suelo, abatida.

—Lo sé, perdóname. —Se acerca hasta mí—. No puedo pedirte nada, Martina. No puedo arrastrarte a algo que no sé en qué terminará ni tan siquiera cuándo. Quizá ahora mismo pienses que soy un imbécil, pero de verdad que no existe otra manera, aunque nos rompa por dentro.

—Joder, entonces, ¿a qué has venido? ¿A dejarme? Así, sin más, como si me estuvieras dando una puta carta de libertad. —Lo golpeo en el pecho, porque ahora está demasiado cerca y necesito tocarlo, aunque sea para descargar la frustración que me provocan sus palabras.

Su móvil empieza a sonar y mira la pantalla, resopla, pero no responde.

—Tengo que irme.

—¡Te he hecho una pregunta! —le grito desesperada, porque necesito oírsele decir.

—Sí, Martina. Se acabó.

Dos putas palabras, que podía haber resumido en una: fin.

Lo miro y veo tantas dudas, tanto miedo y tantos sentimientos atascados en su garganta que suplico por dentro para no quedarme con esa imagen de él en mi cabeza, porque eso solo significa que también siente algo por mí y lo hace todo mucho más complicado.

—Has venido a rompernos, Jacobo, a los dos —afirmo para que sepa que lo ha logrado—. Enhorabuena, lo has conseguido. Ahora puedes irte tranquilo, porque esta niña no va a llorar por ti —espeto con un agujero en las tripas.

Jacobo cierra los ojos y aprieta los puños antes de darse la vuelta y salir. De este entresuelo y de mi vida.

Un segundo más tarde, después de oír el sonido de la puerta, me deslizo por la pared, ahora sí, hasta posar mi culo en el suelo, rendida. Aprieto los ojos para contener las lágrimas, aferrándome a la promesa que le he hecho a Carola, aunque supongo que también se llora por dentro. Tiro del asa de mi bolso que está a un metro de distancia y lo arrastro hasta mi regazo para coger mi móvil y los auriculares. Subo el volumen al máximo, porque alguien me dijo hace unos días que la música distrae el miedo, aunque quizás, *No Te Vayas*, de Alice Wonder, que es la primera canción que suena de forma aleatoria, no sea la mejor elección para borrar su bendita huella.

20

Un día menos

Jacobo

Me acabo de duchar y hace tanto calor en este maldito lugar que ya estoy sudando de nuevo, es lo que tiene estar tan cerca del desierto. Recojo todos los papeles que están tirados por el suelo y los coloco en la mesa, todavía los tengo que ordenar en mi cabeza, una vez más, no puedo cometer ni un solo error. Antes de cerrar el portátil entro en Instagram con el primer perfil falso de los muchos que tengo abiertos.

Sé que no debería de martirizarme, pero hace más de una semana que no soy capaz de irme a dormir sin verla, aunque sea a través de una pantalla, afortunadamente para mí, tiene el perfil público.

Su última foto es de esta mañana, sale del portal con un paraguas rosa y saca la lengua a Carola, que es quien le ha hecho la foto porque así está etiquetada. El texto es sencillo: Bienvenido, octubre. Los *hashtags* son algo más premeditados. #laniña #juntandopedazos #sigoenlaisla #putopoli. Cuando leo el último se me escapa una pequeña risa, menos mal que Sira no es muy fan de las redes tampoco, porque, si lo leyera, seguro que le preguntaría qué narices significa. La sonrisa se me esfuma en dos segundos, los que tardo en darme cuenta de que han pasado casi dos meses desde que me fui de aquel entresuelo, bordando el papel de mi vida, el de un tío frío y distante, con corazón de mármol, dejándola allí, vulnerable y sola.

Bajo la pantalla de mala gana y voy hasta la nevera para sacar una botella de agua congelada, a ver si regulo mi temperatura corporal. A continuación, busco mi móvil para hacer la llamada del día.

—Aitana. Aitana, soy yo.

—Te oigo fatal, *brother*. ¿Todo bien?

—Sí, no tengo mucha cobertura. ¿Estáis bien?

—Sí, ¿y tú?

—Bien, tranquilas. —Un ruido agudo se cuele por mi tímpano y tengo que despegar el teléfono de mi oreja para no quedarme sordo.

—Jaco...

—Os quiero. Mañana os mando mensaje, ¿vale?

—Vale, cuídate.

Pi, pi, pi...

Apago el móvil y lo lanzo contra la mesa. Bufo y me paso las manos por el pelo, hastiado. Reconozco que me gusta mi trabajo, pero este operativo se nos está yendo de las manos. Ha cogido tal magnitud que tener mil pares de ojos vigilando no es suficiente. Estoy acostumbrado a estar más en la sombra, pero, gracias a una cagada de mi superior, ahora estoy en la calle, a la vista de todos, con una coartada sólida que espero que no descubran, pero expuesto de cojones. La presión es doble.

El sonido del otro móvil, que no sé dónde está, me devuelve a la realidad. Suena en la habitación, supongo que está tirado con la ropa que me he quitado antes.

—Quintana —respondo.

—Joder, por fin te escucho, amigo. —La voz de Nacho al otro lado me calma.

—¿Me oyes bien?

—Sí, lejos, pero bien.

—No te jode. Lejos estoy, capullo.

—Lo suponía. Venga, cuéntame, porque conseguir que Rodríguez me diera el puto móvil me va a costar el desayuno de todo el mes, así que ya puedes explayarte. ¿Qué tal estás?

Me río, porque este número tiene las llamadas restringidas y solo lo utilizamos para comunicarnos cinco o seis miembros del CNI y Nacho no es uno de ellos, pero Rodríguez, que fue compañero de los dos, tiene mucho trato con mi amigo y siguen coincidiendo en las épocas que está de agente doble en la comisaría. Nacho sabe que cuando estoy fuera el mío personal solo lo enciendo para llamar a mi familia, así que habrá mendigado para que le diera este.

—Jodido. Muy jodido.

—Lo suponía. Por cierto, tenemos quince minutos antes de que empiecen a grabarnos.

—Ja, ja, ja. ¿Eso también te lo ha dicho Rodríguez?

—Sí, menudo cabrón, como si me chupara el dedo.

—¿Y tú qué tal? ¿Y Pablo? ¿Y Laura?

—Todos bien, no te preocupes. Venga, amigo, escupe y no me hables de curro que ya sé que no puedes y tiene pinta de ser bastante gordo, hacía mucho que no desaparecías tanto tiempo. Además, no te he llamado para eso.

—Pues mal, Nacho. Joder, no pensé que se iba a colar así, sin pedir permiso.

—¿Has hablado con ella?

—No, no puedo. La dejé con todas las consecuencias. No quise comprometerme, ya sabes cómo es esto, no puedo condenarla a esperarme, ni a tenerla pendiente del puto teléfono. Tiene veintitrés años, sería injusto.

—Lo sé, Jacobo, pero por lo que me cuenta Laura, Martina siempre ha sido una niña sensata, con las ideas claras, quizás si le hubieras dado la oportunidad de elegir...

—Me hubiera elegido a mí —respondo con seguridad, interrumpiéndolo, porque después de nuestra semana en Fuerteventura estoy seguro de que quería estar conmigo, asumiendo todas las consecuencias—. ¿Sabes lo peor, tío? Que yo me hice el duro, pensé que solo estaba ciego por la chispa jodidamente especial que desprende y que iba a ser capaz de mantener mis sentimientos hacia ella a raya, pero me equivoqué, de pleno. Me quemé, con ella me quemé. Y ahora la tengo metida entre las costillas y, de momento, no quiero sacarla de ahí.

—Pues sí que lo tienes chungo, amigo. No sé qué decirte, solo que acabes con ese operativo cuanto antes y vuelvas sano y salvo a casa. Quizás no era vuestro momento, pero nunca se sabe.

—Está claro que no lo era, pero tampoco quiero pensar que quizás algún día lo será. Martina es un volcán precioso, no tardará en encontrar a otro, solo espero que la haga feliz.

—Vaya, Jacobo. Ni con Mónica estuviste así de jodido.

—¿Te crees que no lo sé? Es patético.

Nacho se ríe y su risa me recuerda a todos los buenos momentos que hemos pasado juntos; las noches de cervezas, las guardias, los entrenamientos, las chicas, las confesiones hasta las tantas y las noches en blanco, viendo pasar la vida y divagando sobre adónde queríamos llegar. A él la vida no se lo ha puesto fácil, pero jamás le he oído quejarse.

—Venga, deja de lloriquear.

—Ahora lloriqueo, así que no te quejes, porque cuando salí de allí lloré, tío, como un puto crío.

—No pasa nada, los tíos también lloran, no es nada de lo que tengas que avergonzarte.

—Los tíos lloran, Quintana no —le digo porque todos saben que soy un tío bastante duro, al menos en el curro.

—Ya, lo que pasa es que tú eres Jacobo el madurito, un osito de peluche.

—Capullo.

—Venga, anda, que ya queda un día menos para que vuelvas. Te echo de menos, tío y Sira también, me tiene loco, no deja de preguntarme por ti.

—Dale un achuchón de mi parte, si te deja el enfermero.

—Yo le caigo bien, el problema lo tenía contigo.

Nos volvemos a reír porque tiene razón, puedo afirmar que, desde que tuvimos aquella conversación en Semana Santa, Noel y yo nos toleramos algo más, sobre todo si compartimos espacio y tiempo con Sira.

—Muchas gracias por llamarme.

—Cuídate.

Nos despedimos y me como una mierda de sándwich que no sabe a nada antes de ponerme a repasar los documentos por enésima vez.

Me meto en la cama un rato después, con dos únicos pensamientos rondándome la cabeza: queda un día menos para volver y ella.

21

Su risa

Entro en el baño con Carola para sujetarle la puerta. Este no tiene pestillo y la típica maniobra que hacemos las chicas de hacer pis en suspensión, sujetándonos las bragas con una mano y con la otra la puerta, aquí es físicamente imposible, porque este aseo es muy grande.

—¿David también está prohibido?

—¡Qué dices, loca! —Alucino mucho con mi amiga.

—A ver, que está buenísimo, y me está haciendo ojitos.

—Está de fiesta, nos conoce desde que nos empezaron a crecer las tetas, Caro, no te flipes. No te está haciendo ojitos ni nada.

Mi amiga me saca la lengua y me mira mal, como si no la terminaran de convencer mis argumentos.

David y Claudia llegaron ayer a Barcelona, han venido a hacerme una visita aprovechando los días libres del puente de diciembre y me ha venido muy bien tenerlos aquí, para animarme un poco y salir de casa. A ver, no es que haya estado desde septiembre enclaustrada, pero sí que he estado centrada en las prácticas y con poco ánimo para nada más.

El putito poli me dejó tocada, demasiado tocada. No quiero pensar mucho en él, pero sé por Laura que está fuera de España y poco más. Prefiero vivir en la ignorancia, porque, de lo contrario, no sería capaz de conciliar el sueño ni una noche. A veces, mi mente viaja hasta nuestros días en Fuerteventura, a la playa, al sol, a nuestros cuerpos desnudos, nuestras canciones... Es triste, pero desde que se fue solo me excito con sus recuerdos.

Carola ha intentado que vuelva a la vida loca y sin complicaciones que tenía antes, me ha presentado a un par de chicos que ha conocido en su máster. Hemos salido con ellos un día a cenar, a ver, son majos y, además, uno está muy bueno y parecía que congeniábamos, pero, a la hora de la verdad, perdí la motivación después del tercer beso. Fui sincera y le dije que no tenía ganas de más, supongo que no necesitó preguntarme si había otra persona, porque le resultó más que evidente. Así que la capulla de mi amiga no deja de decirme que es una lástima que con mi edad me haya marchitado ya.

—¿Y a tu hermana le importará? —me pregunta sacando la barra de labios de su bolso.

—¿A Claudia?

—No, mamona, a Sira. Lo de que me enrolle con David, digo. Es que como te han llovido hermanos por todas partes, entiendo que estés perdida.

—Eres muy boba, amiga. ¿Qué coño le va a importar a Sira? ¿Olvidas que ella se enrolló con Noel, mi hermano barra cuñado? Y es exultantemente feliz. Además, no me líes que ese no es el caso. Deja de hacerte pajas mentales, Caro. No te vas a enrollar con David.

—Bueno, tú eso déjame a mí.

Nos retocamos los labios y salimos del baño, estamos en el garito del camarero buenorro, he preferido venir aquí y no ir al club, sé que él no va a estar, pero es mejor no escarbar de nuevo en los recuerdos. Por supuesto, mi amiga ha secundado mi proposición y además ha calentado la oreja a Claudia con el nivel de guapos que hay en este sitio por metro cuadrado.

—Enana, ¿quieres otra copa? —me pregunta David cuando regresamos a su lado.

—Venga, una más, pero con poco ron.

—Ya las pido yo. —Claudia, muy entusiasmada, se ofrece para ir a hablar con el camarero.

—Mierda, ¿en qué momento me ha parecido buena idea pasar el fin de semana con tres adolescentes hormonadas?

—Venga, no vayas tú de adulto responsable con nosotras porque no te pega nada.

—También es verdad, solo me comportaba así cuando no quería que se mosqueara tu hermana.

En cuanto lo dice se arrepiente, es como si se le hubiera escapado el pensamiento en voz alta, sin querer.

—David, ha pasado casi un año.

—No he dicho nada. Olvídalo.

Claudia y yo somos las únicas que le insistimos para que supere lo que pasó, al fin y al cabo, Sira y él ya no estaban juntos cuando mi hermana y Noel se enrollaron, pero él no cede. Sabemos que no les desea ningún mal, es más, sigue vinculado con Sira en la clínica cuando podría haberle vendido su parte. Él ahora no ejerce como fisioterapeuta, está centrado en las clínicas de su padre y del mío, es la hostia, todavía no soy capaz de decirlo en voz alta.

—Conmigo no tienes que disimular.

Me revuelve el pelo y sonrío, en un claro intento de desviar el tema.

—Por cierto, Carola está muy guapa hoy, ¿no?

—No me jodas... —protesto. ¿Me están vacilando?

—Esa boca, enana —me riño—. No en serio, no sé, le sienta bien esta ciudad.

—Hazme un favor, no se lo digas a ella. Y si se lo dices, atente a las consecuencias.

—¿Qué es lo que no tiene que decirme? —Mierda, me ha pillado.

—No lo sé. Y no quiero saber nada que implique vuestros cuerpos desnudos.

David me mira descojonándose y mi amiga bate las pestañas mirándolo a él.

—Voy a ayudar a Claudia. —Me alejo de ese par, por mi salud mental.

Suena *Dosis*, de Dvicio y Reik, y le doy un pequeño toque en el hombro a Clau, que está muy sonriente hablando con el camarero.

—Ay, no te había visto.

—Ya me he dado cuenta. ¿Las copas?

—Ah, sí. Ahora se las pido. —Cabeceo y me río, vamos, que estaba pelando la pava aquí hace un buen rato sin pedírselas.

Él saca las copas y las coloca en la barra delante de nosotras con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pídele el número, creo que sale a las cinco.

—No, no... que yo no soy de *esas*.

Frunzo el ceño y la miro a los ojos, esperando a que me aclare un poco su argumento.

—¿Cómo que de *esas*? ¿No dices que te gusta? Pues entonces, ¿cuál es el problema?

—No, a ver, que me he explicado mal. Quiero decir que yo nunca...

—¿Nunca has follado?

—Joder, Martí. Sí, sí lo he hecho. Digo que yo nunca he conocido a un chico y me he acostado con él, así de primeras.

Niego con la cabeza porque me parece increíble que todavía se estigmatice a las mujeres por disfrutar sin ningún compromiso o vínculo afectivo del sexo, cuando a los tíos se les pone en un

pedestal por practicar lo que comúnmente se conoce como *aquí te pillo, aquí te mato*. Además, ¿por qué solo se tiene la creencia de que la meta es lo único importante?

—Error. Es que nadie te está diciendo que quedes con él y termines follando, esas cosas surgen, Clau. Y da igual que lo acabes de conocer hace un minuto o un año. Solo tienes que disfrutar. Imagínate que quedas con él luego y solo compartís una buena charla, o unos morreos que te dejan al borde del orgasmo, no te limites antes de tiempo.

—Aquí tenéis. Por cierto, salgo a las cinco, si te apetece puedo enseñarte mi lugar favorito de la ciudad —le dice el camarero, Neco, creo que se llamaba así, y yo me tengo que aguantar la risa porque se lo está poniendo en bandeja.

—Quizás —responde ella haciéndose la interesante.

Llevamos las copas en la mano para dárselas a Caro y a David y nos detenemos un par de pasos antes, cuando los vemos comiéndose la boca.

—¿Perdona? —dice Claudia con voz de pito cuando los ve—. ¿Esto está pasando?

—Sí, desafortunadamente, sí.

Los interrumpo para darles las copas, porque paso de seguir contemplando esta escena y, cuando voy a decirles cuatro improperios, mi móvil empieza a vibrar dentro del bolsillo de mi pantalón.

—Sujétamela. Salgo un segundo —le digo a Claudia y la dejo con los nuevos amantes.

Pone número desconocido y son casi las tres de la madrugada, esto tiene pinta de ser alguien que se ha equivocado.

Descuelgo cuando salgo por la puerta del *pub* para poder escuchar mejor sin la música de fondo.

—¿Sí?, ¿sí?... —respondo, pero no oigo nada.

Miro la pantalla a ver si han colgado, pero los segundos siguen contando.

— ¿Sí...? ¿Quién es?

Camino por la acera para alejarme un poco más de la puerta y, cuando voy a colgar, oigo un pequeño ruido, como si fuera el sonido de alguien respirando al otro lado, aunque puede ser una paranoia mía, sin más, vamos, el típico ruido de cuando no hay cobertura.

El estómago me da un pequeño vuelco y una idea poco elocuente se cruza por mi cabeza. ¿Y si es él?

—Hola, ¿hay alguien ahí?

Mi tímpano percibe un leve resoplido, ¿o no? También puede ser mi cerebro que se está montando películas.

—Bueno, pues si nadie contesta voy a colgar —digo con la ilusión de que alguien (de que él, a quién quiero engañar) dé señales de vida al otro lado—. Son las tres de la madrugada de un día de diciembre en Barcelona y a las niñas buenas como yo no nos dejan hablar con extraños —suelto de carrerilla y agudizo el sonido a ver si consigo oír algo más—, así que, ha sido un placer haber compartido —miro la pantalla del móvil y compruebo la duración de la llamada— estos dos minutos y treinta y seis segundos de monólogo contigo. Menos es nada. —Me separo el teléfono de la oreja para colgar y entonces la oigo, sí, su risa, lejana y algo distorsionada, pero inconfundible.

22

Sin ti

Jacobo

Nacho posa una bandeja con cinco copas de cava vacías junto a la botella que aún no hemos abierto. En diez minutos, las agujas del reloj de la puerta del Sol marcarán el cambio de año, es increíble cómo pasa el tiempo de rápido.

Mi amigo, con la inestimable ayuda de su chica, ha querido organizar la última cena del año en su casa, supongo que, como su hijo tenía que irse en esta fecha tan señalada por primera vez con su madre, no le apetecía tener la casa vacía hoy.

Llegué ayer por la noche a Madrid, después de estar más de cuatro meses fuera, el operativo ha entrado en su fase final y espero que definitiva. Pero tengo que seguir aquí y no he podido ir a Huesca a ver a mi madre y a mi hermana. Estoy reventado del viaje y bastante apático, pero no podía rechazar la invitación de Nacho y mucho menos ignorar las amenazas que me ha prologado la macarra de Sira desde primera hora de la mañana. Además, hoy es su cumpleaños y, aunque ella ya lo ha celebrado con su mítico desayuno especial con Laura y los demás, ahora ya no tenía escapatoria para no verla.

—Treinta y uno son muchos, amiguita —la pico porque ha estado durante toda la cena quejándose de que empiezan a pesar.

—Lo sé, capullo. Pero bueno, me mantendré de espíritu joven —afirma y ella misma se descojona. Coge su móvil del reposabrazos del sofá cuando se ilumina la pantalla—. Es Marti —dice en voz alta—. Si les da tiempo se pasarán por aquí luego.

Cojo aire, como si me faltara de repente, y me estiro para alcanzar la botella. He bebido bastante vino durante la cena, porque tenía mono de ingerir cosas ricas y no la bazofia de los últimos meses, pero ahora, al escuchar su nombre y pensar que quizá vaya a verla, necesito otra copa.

—Podían haber cenado aquí —comenta Laura y se sienta al lado de su amiga.

—Lo sé, pero los padres de Carola las habían invitado antes y ya sabes cómo es Martina, no quería dejar sola a su amiga con ellos en una noche así.

Sirvo un poco de cava en todas las copas y me doy cuenta de que soy el único que me llevo a la boca para bebérmela de un trago. Cojonudo, Jacobo.

—Oye, poli, echabas en falta la gastronomía española, ¿no? —apunta Sira cuando me ve coger otra tartaleta de limón de las de Laura.

—No te puedes hacer una idea.

—¿Solo has echado en falta eso? —me pregunta Noel y no sé si me apetece cagarme en todo o pasar de responder.

—Claro que no. He echado en falta a muchas personas. —Frunce un poco el ceño, porque mi respuesta ha sido un tanto ambigua, que es justo lo que quería.

Las campanadas están a punto de dar comienzo al año nuevo y cumplimos con todo el ritual, esperamos los cuatro cuartos y después nos comemos las doce uvas. Cuando terminamos, nos levantamos para brindar en medio de la ronda de besos, palmadas y abrazos.

—¡Feliz año nuevo! —chilla Sira y nos intenta envolver a todos con sus minibrazos.

—¡Feliz año nuevo! —decimos el resto y nos preparamos para la primera foto que nos saca con su Polaroid.

Noel, amablemente, me llena de nuevo la copa antes de volver a brindar y le doy las gracias con un alzamiento de cabeza, leve, pero cordial. Me hace gracia que todavía me siga viendo como un rival, si lleva viviendo con Sira casi un año y, encima, solo hay que mirarlos un rato para saber que son jodidamente felices. Y que conste, no lo digo con maldad, porque es lo que todos vemos, además, me encanta ver a mi amiga así de bien después de todo lo que ha pasado.

La mayoría de los móviles empiezan a sonar y deambulamos por la casa de mi amigo en busca de un rincón que nos permita atender las llamadas con menos bullicio.

—¡Feliz año nuevo, hermanito! —El jolgorio que tienen montado en casa de mi tío es atronador. Oigo a todos llamarme mientras mi hermana les manda callar.

—Igualmente. ¿Vas a salir esta noche?

—Creo que sí, vendrá luego Mariola a buscarme.

—Pues tened mucho cuidado. Esta noche suele haber mucho tonto suelto.

—¿Quieres dejar de preocuparte por todo dios? Eres un cansino —se queja—. ¿Y tú? ¿No vas a salir?

—No, yo ya tengo una edad, hermanita —afirmo y se parte el culo.

—Coño, se me había olvidado —me vacila—. Pero pensé que, como ahora te rodeas de adolescentes, igual tenías entradas para ir a algún cotillón de estudiantes.

—Me parto contigo —digo dejando entrever un poquito de resquemor.

—¿Qué dices? ¿Qué?... Espera.

—Aitana... —La llamo porque está hablando, pero no conmigo.

—Que me dice Pol que te pregunte si estás débil.

—¿Débil?

—¡Coño! ¡Callarse, por favor! —espeta para que la dejen oír—. Ah, no, que no era eso. Me dice que te pregunte si sigues teniendo la misma debilidad.

—Dile que ya me comerá la polla otro día. Anda, pásame a mamá.

Hablo un rato con mi madre y le prometo que iré a verla en cuanto me den dos días libres. Cuando cuelgo y regreso al salón, las chicas han puesto música y han abierto otra botella de cava, al final salgo de aquí a gatas.

—Yo también te he echado de menos —me dice Sira y se acerca para abrazarme. La envuelvo con mis brazos y me aguanto la risa al ver la cara de Noel. Me gusta que se haya dado por aludida con mi afirmación de antes.

—Y yo a ti y a tus comidas de los domingos.

—Vaya, eso ha sonado fatal, señor agente —dice y al ver que sonrío me mete el guantazo de rigor.

Nos separamos y voy a servirme más alcohol, aunque sé que debería bajar el ritmo. Cada cinco minutos aproximadamente miro el reloj.

—¿Te quieres tranquilizar? —me pide Nacho, que como buen poli ha observado cada uno de mis movimientos.

—No va a venir —afirmo con la voz cargada de tristeza—. No quiere verme.

Soy patético, lo sé, porque podía haberla llamado esta mañana y haber intentado quedar con ella para vernos un rato, solos, y ahora estoy aquí, como un perro abandonado, esperando que

aparezca por la puerta.

Durante este tiempo sin vernos, he sido consciente de que mi vida es mucho mejor cuando está ella. Me muero de ganas de verla, de escuchar su voz, de tenerla cerca, de tocarla, de olerla...

Por el altavoz suena *Puede Ser*, de El Canto del Loco con Amaia Montero. Laura y Sira bailan y cantan como si estuvieran en medio de una actuación, en mitad del jaleo suena el timbre.

Me froto los ojos, nervioso, y me levanto para pasear por el salón, haciendo círculos, menos mal que Nacho ha ido a abrir la puerta y Noel, Sira y Laura siguen cantando, porque, como se den cuenta de mi actitud, fliparán.

—¡Hola, familia! —gritan Carola y Martina cuando entran en el salón. Llevan unas coronas de flores en la cabeza y un silbato en los labios que no paran de usar, provocando que el ruido se mezcle con el griterío.

No me pasa desapercibida su primera mirada, fría y distante, aunque conociéndola no me esperaba otra cosa. Sabía que no iba a esquivarme, sino todo lo contrario. Lo primero que hace es abrazarse a Laura y a su hermana, mientras su amiga empieza a dar dos besos a Nacho y luego a Noel, hasta que llega mi turno.

—Tú ni la mires —me dice Carola en un tono bajo para que solo la oiga yo—. No voy a consentir que se rompa de nuevo. —Es una mezcla de amenaza y advertencia y me jode que tenga razón, porque el único culpable de que eso sucediera soy yo. Por otro lado, me gusta saber que su amiga ha estado a su lado, cuidándola—. ¡Hola, Jacobo! ¡Cuánto tiempo! —finge a voz en grito en su mejor actuación.

—Hola, Carola —respondo.

Martina se separa de las chicas y empieza a saludar a los chicos. Dos besos para Nacho, dos para Noel con abrazo incluido y, cuando se tiene que acercar a mí, porque soy el único que le falta, y quedaría un poco raro que me ignorara, se detiene, clavando sus ojos verdes en mi mirada, no sé si solo es fruto de mi imaginación, pero creo que pasan demasiados segundos sin que ninguno de los dos diga nada.

Ahora que la tengo tan cerca me fijo más en ella, está preciosa, el pelo suelto por delante de los hombros, un vestido muy ajustado negro, marcando cada curva de su cuerpo, y los labios pintados de rojo, sin embargo, no me muestra ni un atisbo de sonrisa.

—Nacho —dice de repente sin llegar hasta mí—. Me puedes decir dónde está el baño, por favor.

—Jacobo te lleva al de mi habitación. —Sale al quite mi amigo, como si estuviera ensayado—. El otro solo lo usa el niño y está lleno de trastos.

No sé si será una buena idea que estemos a solas, pero, sin duda alguna, creo que es mejor que sufrir su indiferencia delante de todos.

—Por aquí —le digo y abro la puerta que da al pasillo para que me siga. Oigo sus pasos detrás de mí, incluso escucho cómo resopla a la vez que camina, porque ha sido bastante evidente que mi amigo ha querido propiciar este momento—. Es esta. —Abro y me quedo sujetando el pomo, para que tenga que pasar lo más cerca de mí posible.

—Gracias —musita.

—¿A mí no vas a darme dos besos?

—Beso a mi familia y a mis amigos, no veo que encajes en ninguna de esas dos categorías.

Golpe bajo. Merecido, pero duele igual.

Doy un pequeño paso para acercarme a ella cuando atraviesa el umbral, con el movimiento, rozo su espalda con mi pecho y eso le hace dar un pequeño respingo. En vez de darme la vuelta y regresar con los demás, entro en la habitación y cierro la puerta.

—Martina... —Desaparece metiéndose en el baño, pero no me muevo, me quedo ahí, como un pasmarote esperando a que termine.

Sonrío cuando me doy cuenta de que no cierra la puerta del baño, como hace normalmente. Tres minutos más tarde, sale y me encuentra apoyado en la puerta, obstaculizándole la salida.

—¿Puedes dejarme salir? —me encara cuando llega hasta mí.

—Martina, yo... —titubeo—. Te he echado muchísimo de menos. Mi vida es una puta mierda sin ti. —Mi mano, que no sabe controlarse, viaja hasta su cadera, en un pobre intento de sujetarla y atraerla hacia mí.

—No me toques —me corta seria, obviando lo que acabo de decir y desviando la mirada a mi mano que sigue tocándola—. Y no me hables —añade alzando la voz.

—Claro, se me había olvidado que a las niñas buenas no os dejan hablar con extraños.

De lujo, Jacobo, has tardado un minuto en delatarte.

Soy así, no me he podido reprimir. Sí, fui yo quien hizo esa llamada hace semanas en las que solo escuché su voz.

—Sabía que eras tú —responde con desdén—. Pero no pensé que tu cobardía llegara tan lejos, ni tan siquiera fuiste capaz de responderme al móvil, Jacobo —espeta y me aparta la mano, aunque no desisto y ahora llevo las dos hasta su nuca y las entrelazo detrás de su pelo. Me inclino y me quedo a dos centímetros de su boca. Oigo cómo su respiración empieza a descontrolarse y la mía ya es un puto caos.

—No podía hablar, Martina, pero necesitaba escucharte, me moría de ganas de escucharte.

Le tiembla el labio inferior y se lo pellizca, en ese gesto tan suyo que me pone a mil. Me abalanzaría sobre su boca y la calmaría.

—Vaya, pues es una pena que colgara. Podrías haber escuchado lo bien que me lo pasé y lo muchísimo que disfruté esa noche con todos —remarca la última palabra con inquina y sin querer siento cómo se abre un agujero en mi pecho.

—¿Todos? —Acorto un centímetro la distancia que nos separa sin dejar de mirarla. Esos ojos verdes ahora mismo echan fuego.

—Todos los que te puedas imaginar y más. Apártate, tengo que irme.

—Todavía no.

Pierdo el control y estampo mi boca contra la suya, abriéndome paso entre sus labios. Ella se bloquea un segundo, pero supongo que cambia de opinión porque, de repente, los abre para recibirme. Ahora mismo tengo la sensación de estar levitando. Su lengua se enrosca con la mía, ávida, ansiosa y sus manos se posan en mi pecho, para seguir marcando el límite, mientras las mías descienden hasta el final de su espalda, para no dejarla escapar. Joder, sabe igual, incluso mejor, a dulce, a magia, a vida, a mi Martina. No puedo precisar la duración del beso, pero sé que es solo uno, infinito.

—¡Marti! —La voz de Carola al otro lado de la puerta nos devuelve a la realidad.

—¡Mierda! —blasfema y da un paso hacia atrás, provocándome un escalofrío, de los malos—. ¡Voy! —Me aparta de la puerta con ímpetu y me pega a la pared para que su amiga no me

vea, como si no supiera que estoy aquí con ella.

—Martina, te llamo mañana, por favor, tenemos que hablar —le digo antes de que se marche.

—Mañana regreso a Barna y tú y yo no tenemos que hacer nada y menos hablar. —Abre y sale acelerada, soportando la bronca de su amiga.

—Pues entonces tendrás que escucharme —digo en voz alta aunque ella ya no me oiga.

23

Monólogo

Me quito la cazadora antes de sentarme en mi asiento, 23D ventanilla. Todavía no sé cómo hemos llegado a tiempo, porque hace apenas un par de horas estábamos entrando en casa de Carola para recoger nuestras maletas, no nos ha dado tiempo ni a cambiarnos, así que las pintas que llevamos, como recién salidas de un *after* de pijos, son dignas de mención, y de expectación, porque los pocos viajeros que van en el tren hoy nos miran, mal y raro, para qué negarlo.

Lo normal es que hubiéramos regresado mañana domingo, no el mismísimo uno de enero, pero había muy pocos billetes y a precios desorbitados, así que mejor así, de un tirón.

—Estoy muerta —me dice mi amiga y se desploma en el asiento que está libre a mi derecha.

—Y yo, pero en cuanto lleguemos a casa podremos dormir hasta que suene el maldito despertador el lunes.

—Exacto. Además, hemos empezado de puta madre el año, ¿eh? —Me mete un codazo y me empiezo a reír cuando veo que eleva las cejas varias veces seguidas, esperando que yo se lo confirme.

—Pss...

—¡Serás capulla! Bueno, para ti empezó regulín, pero enseguida remontaste, amiga —comenta haciendo alusión a mi encuentro con Jacobo en casa de Nacho.

A ver, no fue como lo tenía planeado, porque realmente sabía que él estaba allí, pero no tenía ninguna intención de caer como una imbécil a la primera de cambio. El problema es que me acorraló, me comió la oreja con sus palabras, que fingí no oír, y acabé rindiéndome a sus malditos labios, pero, afortunadamente, al otro lado de la puerta estaba mi amiga para rescatarme y sacarme de allí cuanto antes.

—Luego se nos fue un poco la olla —afirmo y me río recordando que nos fuimos a la fiesta a la que nos habían invitado y nos quedamos con toda la peña, encadenando risas y bailes hasta que terminamos descalzas encima de una mesa que a punto estuvo de partirse a la mitad.

—¿Cuánto tiempo me puedo dormir?

—Tres horas más o menos, si esperas a que arranque, claro.

—Vale, amiga.

Saco mi móvil del bolso para mandarle un mensaje a mi hermana diciéndole que ya estamos en el tren y Carola me vuelve a meter un codazo.

—¿Qué pasa ahora?

—¿Ya estoy dormida? —me pregunta y se frota los ojos.

—No, idiota.

—Pues el último tequila llevaba psicotrópicos. ¿Qué hace ahí el puto poli?

—¿Qué dices, loca?

Me coge la cara y me la gira de forma brusca, tanto que casi doy con la frente en el cristal.

—¿Jacobo? ¿Qué narices...?

No termino la frase, porque me quedo alucinada mirándolo. Viene por el andén, con paso acelerado y se detiene en mi ventanilla. El maquinista acaba de anunciar que salimos y el tren se pone en movimiento.

—No me jodas, esto es de película, nena —afirma Carola y acto seguido se lleva la mano a la boca, porque le tengo prohibido que me llame así.

Abro los ojos como platos y a Jacobo solo le da tiempo a hacerme la señal del teléfono, sí, colocándose el pulgar en la oreja y el meñique en la boca. Estoy tan sorprendida de que se haya presentado aquí, aunque haya llegado tarde, que no puedo disimular la sonrisa.

Niego con la cabeza cuando desanda el andén persiguiendo el tren hasta que pierdo de vista su imagen.

¿Por qué ha venido? ¿Por qué se ha presentado aquí? Ayer me dijo que teníamos que hablar, pero le dejé claro que no tenemos nada que decirnos. Sin embargo, verlo aquí, al otro lado del cristal, mirándome con ese par de ojos azules y esa sonrisa ladeada. ¿Quién le ha dicho que me iba en este tren? Y ya puestos, ¿por qué ha llegado tarde?

Martina, a lo tuyo, que enseguida te desvías cuando aparece él.

No sé, quizás debería escucharlo, ¿no?

—Era él —afirmo.

—Sí, lo era, pero no te flipes, anda. Que el poli todavía no te ha dado ni una maldita explicación y ya te tiene en bandeja. Recuerda los cuatro meses que has pasado sin saber nada de él —argumenta mi amiga para que no se me olvide cómo terminaron las cosas.

—Lo sé, tranquila.

Carola se tapa con su abrigo y se acomoda en el asiento. Cierra los ojos y en menos de dos minutos está KO.

La pantalla de mi móvil se ilumina y veo que es Jacobo. Las yemas de los dedos me hormiguean, saco los auriculares, los conecto al teléfono y me los pongo. ¿Qué hago? ¿Hablo con él? ¿O lo ignoro?

Un híbrido. Descuelgo, pero no respondo.

—Hola, nena...

Me cago en todo. ¿Nena? ¿En serio vas a ir por ese camino, Jacobo? Pues, aunque no te lo diga porque no pienso decir ni una sola palabra, tú estás muy lejos de aquel nene que tanto me gustaba llamarte.

Lo bueno de tener diálogos internos contigo misma que es tú te pones y te quitas la razón, es de locos.

Supongo que desde el otro lado me oye respirar, como me ocurrió a mí cuando él me llamó, así que me parece el momento perfecto para pagarle con la misma moneda y mantener la llamada. Si quiere hablar, es su momento.

—Martina, lo siento, una vez más he llegado tarde, perdóname. Tampoco es que tuviera muy claro lo que iba a hacer o decir si hubiera estado en el maldito andén cinco minutos antes.

Cojo aire y lo expulso despacio, para que no note que estoy nerviosa.

—¿No vas a decirme nada? ¿Ni tan siquiera vas a interrumpirme? Está bien, pues deberías ponerte los cascos, porque llevo cuatro meses comiéndome la cabeza con todo lo que tenía que haberte dicho y no te dije, así que prepárate, porque probablemente mi voz sea tu banda sonora hasta que llegues a Barcelona.

Tu voz, tu voz es uno de mis principales problemas, un recuerdo de los que duelen, porque, cuando hablas sentencias, arrasas mi tímpano con tu tono grave y con esa seguridad que

desprendes con cada sílaba que pronuncias. Además, cuando me susurras en el oído todas las palabras que has estado acumulando para mí, conectas todas mis terminaciones nerviosas.

—Me equivoqué. —Hace una pausa y yo tengo que hacer un esfuerzo titánico para no gritarle, recriminarlo y hasta insultarlo.

¿Ahora, no? Después de dejarme, de romper lo que habíamos creado, de dejarme sin argumentos claros, de permitir que me hiciera pedacitos como si fuera frágil, ahora reconoce que se equivocó.

Tarde. Un poco tarde.

—Sé que pensarás que es tarde, pero Martina, en serio, he pasado los peores meses de mi vida. Joder, nunca pensé que nadie se metería tanto entre mis costillas, dejando un vacío enorme al salir, o al intentar sacarte por la fuerza como hice yo. Eres pura vida, nena, con tus locuras, tu descaro, tu energía, tu risa y tu enorme corazón. Lo sé, sé que te estás mordiendo la lengua para no recordarme que fui yo quien te alejé, pero había un motivo, bueno en realidad había muchísimos, pero ahora, viéndolo con perspectiva, por muy importantes que me parecieran en aquel momento, ninguno tenía el peso suficiente para que me marchara así. Porque, a pesar de todas las mierdas que tengamos en contra, quiero intentarlo, me muero de ganas de intentarlo. No sé lo que habrás hecho durante estos cuatro meses, pero yo no he dejado de pensar en ti.

Trago saliva con dificultad y seguro que aprecia el sonido que hace al pasar por mi garganta. Es imposible evitarlo, porque no soy de piedra y cada palabra que me dice abre una brecha dentro de mí, derribando el muro que creí haber construido para él. Me encantaría creer lo que me dice, me gustaría confiar en él, pensar que es verdad que se ha dado cuenta de que se equivocó decidiendo por los dos.

—Tenías razón —continúa—. No tenía ningún derecho a decidir por los dos. Fui un cobarde y solo quise protegerte, pero sé que tenía que haberte dejado elegir a ti.

Otra vez más parece que escucha mi pensamiento y consigue desarmarme.

—Martina, dime algo por favor.

Silencio. Me limpio una lágrima que se me escapa sin querer, menos mal que ese sonido es inaudible. Cojo aire y lo expulso de nuevo.

—Está bien, creo que por hoy es suficiente. Te dejaré descansar el resto del viaje. Al menos me has escuchado. Voy a colgar...

Su voz suena más cansada que antes y abro la boca para decir algo, pero no encuentro la palabra adecuada, así que no digo nada.

—Mañana te llamo y hablamos, o simplemente nos escuchamos, lo que prefieras, pero te aviso, no pienso dejar de insistir. Te quiero, Martina.

Cuelga y me llevo el móvil al pecho, como si así pudiera conservar la reverberación que ha provocado en mi vientre el sonido de esas tres últimas palabras, reteniéndolo en mi corazón para siempre.

Te quiero, Jacobo.

Ese instante

Jacobo

Me meto en la furgoneta con dos cafés en la mano, he perdido la cuenta de la cafeína que he ingerido en las últimas horas, pero demasiada, eso seguro. Aun así, hoy nada ni nadie me va a borrar la sonrisa de oreja a oreja que tengo instaurada en la cara, una bastante boba, por cierto, pero me la pela lo que pueda parecer, porque esta noche, por fin, veré a Martina, y si cerramos este maldito operativo hoy, en el que me he dejado la piel los, como está previsto, podré dedicarme en cuerpo y alma a ella ahora que se va a instalar en Madrid.

Han pasado algo más de tres meses desde que la vi partir en aquel tren rumbo a Barcelona a través del cristal de la ventanilla. Tres meses en los que he dedicado toda mi energía al curro y a intentar recuperarla. Larguísimas semanas de llamadas telefónicas cada dos o tres días. De conversaciones, bueno, en realidad, al principio, solo fueron monólogos, como el que tuve con ella ese día mientras viajaba. Sus primeras respuestas solo eran silencios, largos, cargados de expectación y de miedo, el mío sobre todo, a que un día ni tan siquiera descolgara para escuchar mi voz, pero, con el paso de los días, sus respuestas mutaron a suspiros y mi corazón ya hacía el triple mortal con ese sonido, cargado de esperanza. Hasta que terminaron por convertirse en risa, sí, al otro lado, justo antes de colgar, porque le conté tantas cosas durante ese tiempo que ya no sabía ni de qué hablar, así que terminaba soltándole cualquier chorrada del día o incluso cantándole una canción, y eso sí que le provocaba una sonora carcajada, porque tengo un montón de dones, pero el de la afinación no me tocó en el reparto.

Mi interpretación de *Locos de Atar*, de Sidecars rozó el ridículo, pero mereció la pena que me mandara parar, sí, con palabras, por fin.

—Para ya —soltó aguantándose la risa.

Y no pude verla, pero me la imaginé como si la tuviera delante. Metida en su cama, con el pijama de lunares, el pelo revuelto sobre la almohada y las mejillas rojas, por la vergüenza ajena que le estaba dando mi numerito. Y si cerraba mis ojos la veía ahí, pellizcándose el labio para un segundo después pasar la punta de su lengua por esa zona y mitigar el dolor con los ojos brillosos. Y esa noche soñé con ella, con ella y con todas las posibilidades que íbamos a tener para estar juntos, aunque en ese instante los dos tuviéramos claro que aún no era nuestro momento.

Y a partir de ese día, quedaron atrás los monólogos y empezaron nuestras primeras conversaciones, al principio, serias; las preguntas incómodas, las respuestas sinceras y los millones de dudas. Los tímidos *te quiero* que salieron de sus labios, porque de los míos ya habían salido primero. Y después, poco a poco, llegó la confianza; y con ella las charlas se volvieron más auténticas, más reales. Aparecieron las ganas de vernos, de tocarnos, de follarnos, los calentones épicos al teléfono, los *cuelga tú*, las guarradas susurradas al oído y los planes.

Sus prácticas en Barcelona han terminado y vuelve hoy para instalarse en Madrid de manera definitiva. Quiere abrir su propio atelier en el entresuelo que le dejó su abuela. He quedado con ella allí, con la coña de empezar de cero y borrar los malos recuerdos que tenemos de aquel lugar.

—Habrà que eliminar las malas vibras —me dijo con tono muy espiritual hace dos días, que fue la última vez que hablé con ella.

Està muy ilusionada con esta nueva etapa, así que quiero que ese lugar sea bonito y especial, como es ella, por lo que la ayudaré en todo lo que pueda para que quede a su gusto. Hace días que me bombardea con ideas que se le ocurren e imágenes que saca de Pinterest, para que me vaya haciendo una idea de lo que quiere. Cuando me ofrecí para echarle una mano con la reforma, solo era la excusa perfecta para pasar el máximo posible de horas con ella y recuperar todas las que nos debemos, pero, con esa presión a la que me somete, me ha dejado bastante claro que va a ser una jefa muy exigente.

—Aterrizaje previsto en quince minutos.

Oímos la voz de Sánchez desde la base y sincronizamos los relojes para que nada falle.

Cuando entré en el CNI tuve claro que iba a perder una parte importante de mi vida, porque, a pesar de tener días libres y vacaciones, a veces, la información que manejo es tan grande y engloba tantos peligros que es difícilísimo desconectar. Creo que solo lo conseguí cuando estuve con Martina en la isla, el resto de los días, aunque intento diferenciar mi vida privada de mi vida laboral, difícilmente lo consigo.

Mi puesto en el CITCO (Centro de Inteligencia contra el Terrorismo y el Crimen Organizado) consiste en gestionar y analizar toda la información relativa a esos dos asuntos, por eso tengo que ser sumamente cuidadoso con mi identidad y con la seguridad de quien me rodea y la mía propia. En esta ocasión, mi superior cometió un error grave, que le ha costado el puesto y digamos que los de la cúpula me han obligado a bajar al fango para que lo resuelva y podamos pasar página. La promesa de un ascenso está ahí, pero nunca he sido un tío que se mueva por ambición, lo único que me motiva es hacer lo correcto para todos y poner orden en la jungla que se ha convertido nuestro departamento.

—Base a puerto. ¿Preparados? —pregunto.

La operación para pillar a dos terroristas sudaneses, hermanos y gemelos, para más coña, nos ha llevado un año, y ha alcanzado tal magnitud que tenemos un operativo preparado en el puerto de Algeciras y otro en este aeródromo en Ciudad Real. Sabemos que quieren descargar hoy un arsenal de armas para dos células terroristas de Barcelona y Madrid. Estos individuos, por clasificarlos de algún modo, son tan egocéntricos y desconfiados que están viajando con las armas para asegurarse de que todo sale como ellos lo tienen planeado.

Error. El funcionamiento del cerebro de estos hijos de puta no dejará nunca de sorprenderme.

Nosotros estamos aquí porque, si los pillamos y nos los llevamos sin hacer ruido, podremos obtener información valiosísima que no nos darán si van a parar a la cárcel y vienen sus mejores abogados a sacarlos de allí. No nos interesa la medalla por haberlos detenido, ni la prensa, ni abrir telediarios con la noticia, lo que nos interesa es tirar del hilo y controlar a todos sus contactos, sus aliados en su Gobierno y hasta la procedencia del último dólar con el que financian toda esta basura.

—Puerto a base. Acaban de atracar. Trece contenedores.

—Mal número —bromea mi compañero.

—No me jodas, que hoy no estoy para supersticiones —maldigo mientras todos se descojonan.

—Siete minutos. Empiezan a descender —nos anuncian.

Aprovechan que empieza a caer la tarde para aterrizar. Este aeródromo está en desuso, pero es una zona bastante boscosa y con una carretera comarcal con poco tráfico cerca, que les da cierta intimidad. Un camión con el logotipo de una empresa de fruta les está esperando a un kilómetro de aquí.

—Empieza la descarga —nos dicen desde el puerto—. Todos a sus puestos.

Lo más probable es que nuestro objetivo venga como un tripulante más del barco, incluso será uno de los que estén ayudando con la descarga. Su gemelo, en cambio, creemos que es el piloto del avión, sabemos de sobra las horas que tiene de vuelo a sus espaldas y su experiencia con aeronaves de este tamaño.

A su padre lo cogieron los americanos hace un par de años en la frontera con México y suponemos que, antes de desaparecer, dejó bien aleccionados en el negocio a sus dos únicos herederos.

—¿Preparados en base? —pregunto para que todos me respondan.

—Preparados. —Oímos por el pinganillo.

Las alas del avión planeando se ciernen sobre nuestras cabezas y salimos de la furgoneta.

—Pues al lío, señores, y rapidito, que hoy no puedo llegar tarde.

25

Te quiero

Estoy a punto de salir de casa de Carola para reunirme con Jacobo en mi nuevo atelier, vamos, que sigue siendo el entresuelo de mi abuela hasta que lo reforme, pero prefiero cambiarle el nombre ya en mi cabeza, para ir visualizándolo, como dice mi hermana, que a ella le encanta eso de visualizar.

Al final, hemos llegado hace un par de horas, cargadas con cuatro maletas gigantes donde hemos guardado media vida. Hemos abandonado Barna con una sensación agridulce, por un lado, estamos tristes porque cerramos una etapa y hemos sido muy felices allí. Y, por otro, estamos muy ilusionadas, deseando emprender un camino nuevo y afrontar nuevos retos que nos harán crecer y madurar.

Oriol ha sido el encargado de llevarnos al aeropuerto y, aunque hemos estado despidiéndonos durante un par de días, casi como las bodas gitanas, cuando nos ha visto pasar el control de seguridad, se ha venido abajo un poco, incluso ha derramado alguna lagrimilla. Es un buen tío, sensato, noble y divertido, no vamos a negar que le hemos cogido cariño. Nos ha regalado unas pulseras de cuero que ha mandado grabar con las iniciales de nuestros nombres: MOC. Él en medio, por supuesto, como nos ha insistido hasta el último momento que es dónde quiere estar, entre nosotras dos.

—Sabes que aunque me vaya puedes quedarte aquí, ¿no? —me dice Caro mientras cojo mi bolso y la copia de llaves que siempre me deja.

Todavía no me puedo creer que me vaya a separar de mi amiga después de haber estado tantos años juntas, compartiendo vida. París y un puesto en una firma de lujo la esperan, es lo que había soñado y tiene todo mi apoyo, pero eso no quiere decir que no la vaya a echar de menos, muchísimo, todos los días.

—Lo sé, pero iré unos meses a casa de Sira, ahora que está embarazada, seguro que necesita un poco de ayuda, aunque jamás la pida, ya sabes cómo es.

—¡Qué fuerte es eso, Marti!, vas a ser tía y por partida doble. ¡Coño con el enfermero! ¡Menuda puntería!

Me río porque es verdad que, cuando me llamó mi hermana el mes pasado para contarme que estaba embarazada y encima de mellizos, casi me da algo. Solo podía pensar que, si dar a luz a un bebé ya da miedito, a dos tiene que ser muy traumático, pero ella, después del *shock* inicial, está feliz. No lo tenían planeado, pero ahí reside la chispa de la vida, en vivir cosas que nunca imaginaste, ¿verdad?

Claudia y yo hemos sido las encargadas de darle la noticia a David, preferíamos que lo supiera por nosotras y no por sus padres. Se ha sorprendido, supongo que un poco como todos, pero no nos ha comentado cómo se siente al respecto. Hace tiempo que con nosotras se muestra algo más hermético, sin duda, es su manera de mantener esa coraza cuando se trata de ellos. Ojalá que cuando nazcan nuestros sobrinos los conozca, aunque solo sea porque Clau y yo se lo pidamos.

Carola y David tuvieron aquella noche loca en Barcelona y ninguno de los dos ha mencionado nada sobre repetir, así que me imagino que, aunque lo pasaron teta, el rollito se

quedó en eso. Lo bueno, si es breve, dos veces bueno, ¿no? Pues eso.

—Bueno, no me esperes despierta —le digo dándole un beso antes de salir.

—No te deseo suerte porque, después de la chapa que te ha dado el puto poli las últimas semanas, está clarinete que lo tienes a tus pies.

Sonríó y cierro la puerta, sopesando su afirmación. A mis pies no lo tengo, ni quiero tenerlo, pero es verdad que, desde que me fui a Barcelona el día de año nuevo y apareció por la estación, hemos estado acercando posturas. Es increíble que hayamos conseguido ser más sinceros que nunca mientras nos separaban quinientos kilómetros, para que luego digan que las relaciones a distancia no funcionan.

Hemos pasado por todas las fases. La primera en la que solo hablaba él, disculpándose, sincerándose, abriéndose. La segunda en la que por fin empecé a participar yo, preguntando, indagando, respondiendo, dejando atrás las dudas y los miedos, porque con Jacobo voy siempre con pies de plomo. Quiere controlar y tener la seguridad absoluta de tantos factores que es imposible que no choquemos. Yo soy de fluir y él de calibrar, si, además, a todas esas premisas que nos hacen incompatibles en cualquier test de esos que salen en las revistas, le añadimos un trabajo tan secreto y volátil como el suyo, para qué queremos más. Pero, todo en esta vida tiene excepciones, supongo que eso somos nosotros, una preciosa excepción. Y así llegamos a la tercera fase, la que iniciaremos a partir de hoy, donde por fin nos vamos a dar una oportunidad, con todas las consecuencias. Y para sellar el trato hemos quedado en el atelier, para borrar los malos recuerdos de la última vez que estuvimos allí, regalándonos una buena dosis de amor del bueno, ese que es a ratos suave y a ratos salvaje, y que nos hemos confesado tantas noches por teléfono.

Lo que siento por él es tan nuevo para mí que supongo que estar alejados también me ha ayudado a gestionarlo. Es la primera vez que estoy enamorada de alguien y sí, lo reconozco abiertamente, pero tampoco tengo ningún problema en asumir que correr el riesgo de sentir así me asusta. Así que todavía tiemblo cuando escucho sus te quiero, porque, conociéndolo, sé que los dice con total sinceridad y eso gusta, pero acojona un huevo también.

Él es mi fortaleza y yo su debilidad y no creo que exista una contradicción mejor para nosotros.

El taxi me deja en la puerta y subo mirando el móvil. Hace dos días que no sé nada de él, pero en esta ocasión me avisó de que no iba a poder llamarme ni ponerse en contacto conmigo, por eso nos veríamos a las nueve hoy aquí.

Entro y abro un poco la ventana, para que se ventile. Pasan diez minutos de la hora acordada y para tener la mente ocupada saco una libreta del bolso, que siempre llevo conmigo, y anoto todo lo que necesito para empezar a adecentar este lugar.

Nueve y media. Sin noticias.

Cierro la ventana porque entra un poco de frío y pongo música para distraer el miedo, que poco a poco se está colando por debajo de la puerta.

No puedes hacerme esto, nene. Ahora no.

Suena *Mi Religión*, de Nil Moliner, que me da muy buen rollo y me pongo a dibujar en el cuaderno, que es otra cosa que me suele evadir.

Pero la cabeza es así de puñetera cuando quiere.

¿Se habrá arrepentido? ¿Otra vez?

No, Martina. Dale tiempo.

Diez y cuarto. Entra una llamada de un móvil que no conozco. Automáticamente me pongo de pie y tiemblo antes de contestar.

—Sí.

—Martina, soy Nacho.

—¿En serio? No me puedo creer que no vaya a dar la cara y te mande a ti. Mierda, soy imbécil. Dile al puto poli que...

—Martina —me interrumpe alzando la voz y eso sí que es raro en Nacho.

Entonces, me da un vuelco el estómago y se me enciende la puta bombilla que mi falta de filtro había apagado.

—¿Qué...? ¿Qué ha pasado?

—Martina, dime dónde estás y paso a buscarte.

—¿Está bien? Nacho, por favor dime si está bien. Quiero verlo.

—Está herido, Martina, no sé nada más. —Me llevo las manos a la boca para ahogar un grito —. Pásame tu ubicación y no te muevas de ahí, ¿vale?

—Necesito verlo, Nacho. Necesito verlo —repito desesperada.

—Déjame hacer un par de llamadas.

Los veinte minutos que tarda Nacho en llegar se me hacen eternos. Lloro. Chillo. Lo llamo al móvil. Me desespero.

—Se va a poner bien, tranquila. Es Jacobo, el puto poli —me dice imitando a mi hermano barra cuñado para que me calme cuando me subo al coche.

—¿En qué hospital está?

—Martina, esto no funciona así.

—Me da igual lo secreto que sea todo, no soy idiota, Nacho. Dime con quién tengo que hablar o dónde tengo que llamar, necesito verlo, por favor.

Nacho responde a un tal Rodríguez que le da unas indicaciones que no entiendo y se incorpora a la M-40 para salir de Madrid.

Las lágrimas y los nervios me impiden ver con claridad a través del cristal y pierdo la noción del tiempo hasta que Nacho detiene el coche en un cruce a la entrada de un polígono cualquiera.

—Baja, él te llevará. —Nacho me abre la puerta y me da un abrazo antes de presentarme al chico que me espera apoyado en otro coche—. Dile a ese capullo que lo quiero.

Contesto de forma automática al nuevo conductor, sin saber de qué narices me está hablando. Me quedo con palabras sueltas, herida de bala, hombro, excepción, nada de móviles, como si pudiera procesar todo lo que bulle en mi interior ahora mismo.

Entro en lo que parece una empresa de informática normal, con asientos en la entrada y mostrador. La chica de recepción me habla seria y me pide que deje en una bandeja de plástico, tipo la de los aeropuertos, todo lo metálico, mi bolso y mi móvil, incluidos mis pendientes, antes de hacerme pasar por un escáner.

Rodríguez me acompaña por una puerta negra que da acceso a un pasillo larguísimo. Al final, junto a otra puerta, hay una mujer vestida con una bata blanca.

—Martina Flores —me llama.

—Sí.

—Soy la doctora Álvarez, sígame.

Rodríguez se marcha y me dice adiós, pero el runrún de mi cabeza me impide responder con normalidad. Llegamos a una sala con cuatro puertas y la doctora me abre una, dejándome pasar.

Jacobo está tumbado en una cama, con una máquina que le mide las constantes, el hombro vendado, una mascarilla para respirar y los ojos cerrados. Joder, solo me puedo fijar en las malditas líneas de sus latidos y en cómo el pecho le sube y le baja. Suelto todo el aire que he retenido en mis pulmones y tengo que calmarme o empezaré a hiperventilar.

—¿Está bien? —Logro preguntar y me acerco a coger su mano.

—Sí, está fuera de peligro. Ha sido una herida de bala casi superficial, ha tenido muchísima suerte. Lo hemos operado para cerrar la herida y limpiar los restos de pólvora. Se ha despertado y no paraba de decir tu nombre, desesperado, hemos tenido que sedarlo.

Mi mano viaja hasta su frente y le aparto un mechón de pelo, después me inclino y lo beso ahí.

—¿Cuándo se despertará?

—Con lo que le hemos metido dentro de un rato. Enseguida vendrán a quitarle la mascarilla. Procura que no se mueva cuando se despierte, puede estar desorientado y es normal que intente arrancarse la vía que le hemos cogido.

—Vale.

—Es fuerte, se pondrá bien, además, todos lo aprecian muchísimo, de lo contrario, tú no estarías aquí ahora.

—Gracias —musito. Solo quiero que se vaya y que me deje a solas con él.

Cuando cierra la puerta, cojo una silla que hay en una esquina y la coloco al borde de la cama.

Tomo la mano que no tiene la vía y me la llevo a la boca para empezar a besarla. Las lágrimas se agolpan en mis ojos y las dejo salir, sin importarme que me vean. Una enfermera entra para retirarle la mascarilla y es en el único momento que me separo de él, cuando volvemos a estar solos empiezo a hablar:

—Puto poli, no vuelvas a darme estos sustos, ¿entendido? —Tengo la esperanza de que, al menos, escuche mi voz—. Tienes que despertarte y ponerte bien. Y tenemos que largarnos de aquí, porque habíamos quedado en el atelier, ¿recuerdas? —El monólogo que me marco me recuerda a nuestro juego con las llamadas, confío en que esta conversación también termine con su sonrisa—. No me gusta nada este sitio, madurito. Ya te he dicho mil veces que leo romántica y esto me está recordando más a una novela de Gómez-Jurado, una que le encanta a Carola y que me destripó hace meses, de una tal Antonia Scott.

Percibo un leve parpadeo de su ojo derecho y entonces me levanto, para pasar mi mano por su cara y acariciarlo, quiero que en cuanto abra los ojos solo me vea a mí. Oigo cómo respira un poco más fuerte y los pitidos de la máquina que está a mi espalda. Bate las pestañas y hace el amago de abrir los ojos, los cierra y lo intenta de nuevo. Cuando los abre del todo, pestañea para enfocar mi imagen, porque estoy a escasos centímetros de su cara.

—Martina —pronuncia mi nombre con un hilo de voz—. ¿Estoy muerto? Porque no puede ser verdad que estés aquí. —Lleva su mano hasta mi cara y me acaricia el pómulos y los labios. El azul de sus ojos es más suave, pero la sonrisa que me muestra al darse cuenta de que soy real ilumina todo.

—¿En serio, nene? Has estado calentándome la oreja con nuestro reencuentro los últimos tres meses, y ahora, ¿te parece bonito que sea aquí?

Y ahí está el sonido mágico de su risa, la respuesta que estaba esperando, tan bonita y tan pura como él. No me reprimo más y junto nuestros labios, para bebérmela. No es un beso casto ni comedido, es profundo y largo, presa de los nervios y del miedo a no poder dárselo nunca más. Cuando soy consciente de su pequeño gesto de dolor, me doy un golpe mental por ser una bruta y haberme abalanzado sobre su boca como si no le acabaran de disparar.

—Lo siento, lo siento —me disculpo—. Eso tiene que doler.

—No lo suficiente como para que deje de besarte. Ven aquí. —Tira de mi mano para que me incline de nuevo.

—Jacobito... —Me tiembla la voz, porque antes he utilizado el humor para quitarle hierro al asunto, pero ahora me vengo abajo y empiezo a llorar desconsoladamente.

—Ey, nena. No llores, por favor. Estoy bien, mírame.

—Jacobito yo... he pasado muchísimo miedo, estaba aterrada. Si te llega a pasar algo yo me...

—Martina, por favor. ¡Joder, no deberían haberte traído aquí! —protesta cuando me ve así de afectada.

—Yo solo quería verte, es lo único que pedí. —Trato de calmarlo, porque sé que su obsesión por el control también le pasa factura y más en una situación así.

Sus labios me limpian las lágrimas a besos, las que descienden por mis mejillas, las que ya caen por mi barbilla y las que todavía no han salido de mis ojos, logrando que pare de llorar.

—Esto es solo una millonésima parte de mi trabajo, Martina. No esperaba que te enteraras así, pero entendería que te fueras y no quisieras saber nada más de mí.

—¿Te estás escuchando? Ay, Jacobito, con lo listo que eres para algunas cosas... No pienso irme a ninguna parte, ni voy a dejarte, porque te quiero. Te quiero, grábatelo aquí —le digo tocándole la sien.

—Joder, Martina, yo también te quiero.

Otro beso, esta vez pausado, porque no quiero hacerle daño.

—Además, aunque me fuera por esa puerta acabarías buscándome, Jacobito —me pavoneo un poco delante de él.

—Por supuesto, porque da igual lo lejos que estés de mis ojos, Martina, nunca lo estarás de mis pensamientos. Sigues siendo mi debilidad.

26

Los recuerdos

Jacobo

Firmo el último folio del informe y lo dejo encima de mi nueva mesa. Sí, al final, después de meditarlo mucho y sopesar los pros y los contras, ayer acepté el ascenso. Solo ha pasado un mes desde el incidente y, aunque debería seguir de baja alguna semana más, me siento bien, así que ayer, aprovechando que venía a aceptar mi nuevo puesto, pedí el alta voluntaria, presionando un poco a la doctora, claro.

Creo que desde que era estudiante no pasaba tanto tiempo en casa. Haber estado sin hacer nada la mayor parte del día ha sido un auténtico suplicio y más con la compañía de mi hermana Aitana las veinticuatro horas. Le dije que no hacía falta que viniera, pero, como no tenía trabajo, no dudó en presentarse aquí. La quiero muchísimo, pero hace tantos años que no vivo con ella, que, si no se hubiera marchado el domingo pasado a Huesca, la habría mandado yo de una patada en el culo, ahora entiendo a mi pobre madre.

El resto de mis amigos no han parado de desfilar por mi casa tampoco, día sí y día también; Nacho, Laura, Sira y hasta el enfermero. Lo han hecho con la mejor intención y no es que me hayan agobiado, pero me han dejado poco espacio y poco tiempo para estar a solas con Martina, que es lo único que realmente quería.

Ay, Martina. Tan pequeña, tan fuerte, tan valiente, tan decidida. Cuando me desperté después del disparo y la vi allí, delante de mi cara, lo primero que pensé es que me había muerto y estaba imaginándola desde el más allá. La toqué, la besé y le limpié todas las lágrimas que no era capaz de controlar. No me podía creer que estuviera allí conmigo, acojonada, pero al borde de mi cama.

Cuando fui consciente de que había llegado hasta allí y había visto parte de lo que significaba mi trabajo, dudé y le di la oportunidad de marcharse y alejarse de todo lo que conlleva esa parte de mi vida, pero ella siempre está un paso por delante de mí, con esa seguridad que le desborda cuando se trata de nosotros.

Ella también ha estado a mi lado estas semanas, por supuesto, pero los pocos ratos a solas que hemos tenido ha sido peor que tratar con el sargento de hierro, preocupada constantemente por mi salud y mi recuperación. Así que no hemos pasado de los besos, bastante castos por cierto, como los de los niños, porque estoy seguro de que la mayoría de adolescentes de este país han tenido más mambo que nosotros.

Martina se está quedando en casa de Sira, pero enseguida prepararán la habitación donde duerme para la llegada de los mellizos, así que tendrá que buscarse otro sitio y, por supuesto, yo ya tengo uno en mente. Queremos contarle a su hermana lo nuestro y dejar de escondernos, pero es verdad que ha sido un mes bastante loco y su embarazo se está complicando, así que estamos esperando a que todo se calme un poco.

Salgo del garaje y callejeo por Madrid a una velocidad poco recomendable. Tengo que llegar al atelier antes de que Martina se marche. Hace un mes quedamos en vernos allí para generar nuevos recuerdos y le fallé otra vez, así que, en esta ocasión, pretendo borrarle hasta el lunar con forma de gota de lluvia que tiene al lado del ombligo.

Llamo con los nudillos un par de veces y no me abre, lo más probable es que esté con los cascos puestos y la música a tope.

Voy a ayudarla con la reforma y aunque no hayamos empezado todavía por mi culpa, ella ya ha comprado una mesa de dibujo y le encanta venir aquí y echar las horas dando forma a sus bocetos.

Pruebo con el timbre y los nudillos, todo a la vez.

La manilla se mueve y Martina se queda mirándome apoyada en el marco elevando una ceja. Su gesto es adorable. Primero abre la boca, alucinada por verme aquí, y después la cierra, con pinta de que va a empezar a mosquearse.

—Jacobo Quintana, ¿qué estás haciendo aquí?

—He venido a borrarte los malos recuerdos, Martina Flores.

Se quita de la puerta para dejarme paso con una sonrisa preciosa y cuando nos cruzamos, me inclino y le susurro en la oreja:

—Y a follarte, nena, también he venido a follarte.

Cierra la puerta con tanta fuerza que creo que tiemblan las paredes y a continuación estampa su boca contra la mía.

El beso se descontrola y se vuelve frenético. Lengua y labios a la vez, comiéndonos, hambrientos. Mis manos se cuelan por su falda y empiezan a amasar sus nalgas desnudas, ventajas del tanga que lleva puesto, mientras sus dedos agarran el borde del polo blanco que llevo y tiran de él para sacármelo por la cabeza. Cuando lo consigue, sus ojos verdes se quedan observando la cicatriz que me ha quedado en el hombro, se pone de puntillas y me da un beso en ese punto.

—¡Joder, has pedido el alta! —afirma indignada porque se acaba de dar cuenta.

—El papel está en el coche, luego te lo enseño —bromeo, porque me juró que no habría nada de sexo hasta que tuviera el alta médica.

—Más te vale que sea verdad.

Su camiseta sale volando y ella misma se quita el sujetador, paseo mi lengua por sus pezones mientras sus manos van aceleradas a desatarme el pantalón. Las risas y las ganas se desbordan por nuestras bocas.

Jugamos a enroscar nuestras lenguas, a paladear el sabor de estos besos que poco tienen que ver con los que nos hemos dado las últimas semanas. A trompicones nos descalzamos y lanzamos el calzado de mala manera hasta quedarnos solo con la ropa interior.

—¿Y ahora qué? —Sonríe con picardía y me enseña las palmas de las manos, señalando que aquí no hay ni una sola superficie donde nos podamos tumbar.

—Hay cuatro paredes, ¿alguna preferencia? —Le guiño un ojo y acorto el paso que nos separa para arrastrar su tanga por sus caderas mientras ella hace lo mismo con mi bóxer.

—No, en esta ocasión te dejo elegir.

Me cede el control y eso es raro en ella, así que aprovecho que baja la guardia y la cojo a pulso por el trasero para llevarla hasta la pared de la derecha, la que no se ve desde la ventana. La apoyo contra ella y la dejo deslizarse por mi cuerpo para que pose los pies, en un movimiento rápido que no me espero se gira y ahora es mi espalda la que queda pegada en la superficie. Se pone de puntillas para lamarme los labios y empezar a descender por mi pecho. Me muerde los

pezones y gimo. Cuando chupa la línea de vello que desciende por mi ombligo hasta mi polla, suelto un exabrupto.

—Hostia puta, Martina. Si te vieras ahora mismo como te veo yo.

Ella sonrío y me mira a través de sus pestañas porque ya está de cuclillas, con la boca a la altura de mi erección. Una chupada corta, una chupada larga y hasta el fondo. Llevo mis manos a su pelo y enredo mis dedos en sus mechones para tirar de ellos cuando me lleva tan al límite que me deja al borde del orgasmo.

—¿No quieres correrte en mi boca?

—No, nena, todavía no. —Sujeto su mano y tiro de ella para que se ponga de pie. Me muevo y la pongo de espaldas, con el pecho a punto de rozar la pared. La apreso entre mis brazos y con mi mano sujeto sus dos muñecas por encima de su cabeza.

—Jacobó... —Su voz suena a deseo.

Aparto su pelo y empiezo a besar su nuca, pellizcando con mis dientes y lamiendo su cuello. La mano que tengo libre la cuelo en la separación de sus nalgas y la paseo de arriba abajo para extender su humedad. La pierdo en sus pliegues y cuelo dos dedos en su interior. Noto cómo se retuerce de placer, cómo contrae los músculos, apresándome.

—Jacobó, por favor. —Ahora su voz oscila entre el deseo elevado al cubo y la súplica.

Pone el culo un poco en pompa para restregarse con mi mano y verla así, entregada y ansiosa, me pone muy bruto. Le libero una mano, que deja apoyada en la pared, y la otra la llevo junto a la mía hasta su clítoris para empezar a masturbarla, juntos. Mi polla palpita en su trasero y con mi mano la guío hasta su húmeda entrada, ella se mueve hacia atrás buscándome y acerco mi boca a su cuello de nuevo.

—¿Preparada? —susurro y paso la punta de mi lengua por el lóbulo de su oreja, haciendo pequeños círculos, sin dejar de tocar su botón.

—Desde que te he abierto la puerta.

Sonrío y ella gira la cabeza para besarme. La primera embestida la hago lenta, disfrutando de cada centímetro de ella. Ahoga sus jadeos en mi boca y acelera el movimiento de nuestras manos para estallar en mil pedazos cuando el orgasmo le atraviesa la espina dorsal. Bombeo rápido, todo lo que puedo, fuerte y hasta el fondo.

—Me corro, nene, me corro —me anuncia, pero lo sé de sobra porque aprieta tanto los muslos para absorber las descargas de placer que engulle mi polla.

—Lo sé, Martina, lo sé.

—Tenía tantas ganas de tenerte dentro de mí —me confiesa.

—Pues te vas a hartar, nena, porque eres mi rincón favorito.

El sonido de nuestras pieles chocando se junta con los jadeos que trato de controlar mientras me vacío dentro de ella, disfrutando de un orgasmo épico que me recorre entero. Hundo mi cabeza en su pelo y aspiro su olor mientras nuestras respiraciones empiezan a ralentizarse después de la explosión.

Sudados y desmadejados nos quedamos unos minutos así, abrazados, hasta que ella se gira para quedar enfrente de mí y besarme sin prisas. Estamos tan pegados que no se sabe dónde acaba su cuerpo y dónde empieza el mío. Me da igual de pie, tumbados o sobre la mesa, porque la conexión que tenemos Martina y yo, antes, durante y después del sexo, es cósmica.

—Mejor este recuerdo, ¿no?

—Bueno... —me pica—. ¿Ya estás cansado? —Sonríe de medio lado, canalla.

—¿Yo? Me está ofendiendo, señorita Flores. Pensé que ya sabías que yo no me canso nunca.

—¿Ni tan siquiera de mí?

—Jamás. —Se lanza a mis brazos de nuevo, envolviendo mi cintura con sus piernas—. Ojalá nunca te canses tú de mí.

Nuestro círculo

La semana que viene serán nuestros cumpleaños, qué fuerte, ¿no? Joder, si hasta que cumplamos el mismo día es una bonita casualidad, ¿verdad? No me puedo creer que haya pasado un año desde aquel día en que Jacobo me sacó del club antes de que me desmayara. Y qué voy a decir de todo lo que ha ocurrido desde entonces, esa montaña rusa de idas y venidas y la pila de sorpresas que nos tenía preparadas la vida, y no todas agradables, pero oye, mirándolo con la perspectiva que me da la calma, no cambiaría ni un solo día de todo lo que hemos pasado, bueno sí, el de su disparo, pero los demás los dejaría intactos, porque creo que somos la mezcla perfecta de todas nuestras circunstancias, las que nos unieron y las que nos separaron cuando fue necesario.

—Un poco más a la derecha. Más arriba, ahí, ahí.

—Martina, es un milímetro de diferencia, no se puede apreciar.

—Sé lo que es un milímetro, Jacobo. ¿O es que no ves que llevo un metro colgando del cuello la mayor parte del día?

—Sí, lo sé. ¿Quieres medirme esta? —Hace el amago de soltarse los botones de la bragueta del vaquero y le atizo un guantazo con lo que pillo, que es precisamente el metro.

—Sé lo mucho que te pone mi atelier, pero no lo he inaugurado todavía y no me gustaría que hubiera restos orgánicos tuyos por aquí.

Termina de colgar el corcho en la pared de la derecha, la primera que estrenamos, y coloco los primeros bocetos de los diseños que he estado haciendo estos días.

Jacobo se ha encargado de la reforma él solito, no me ha dejado contratar ni a un carpintero, ni tan siquiera cuando dos tablas del parqué se astillaron. Es un manitas y sabe hacer de todo; electricidad, pintura, fontanería. Hemos ido un poco más lentos, porque hasta que se ha habituado a su nuevo puesto ha metido muchas horas, pero cada rato que ha tenido libre lo ha pasado aquí.

Su trabajo sigue siendo un tema que no solemos tocar, yo sé más o menos a lo que se dedica y él ya sabe que lo sé. Solo me ha dicho que, cuando necesite saber más, él mismo me lo contará, así que no le pregunto. Cuando le dispararon y el tal Rodríguez apareció por la habitación para llevarme de nuevo a casa, Jacobo me vaciló con la posibilidad de que me citaran para comprobar si mi cerebro se había quedado con información sobre el lugar que pudiera poner en peligro la seguridad nacional. Enseguida me adelanté a responderle que iba en el coche tan acojonada que no sabía dónde estaba, que no hacía falta que me citaran ni nada. Las carcajadas de los dos alertaron hasta a la enfermera. Menudos cabrones. Así que me quedo con eso, con saber que es un buen compañero, que es fuerte e inteligente y que todos allí se cuidan y se aprecian, ahora solo espero que nunca más me vuelva a dar un susto.

—¿A qué hora has quedado? —me pregunta y miro mi móvil.

—Joder, en media hora. Venga, recojo mi bolso y nos vamos.

Tengo prisa porque he quedado en la clínica de Emilio Alvarado para hacerme la maldita prueba de ADN, no es que haya cambiado de opinión con respecto a él, ni tampoco que quiera reclamarle nada, lo que pasa es que él no ha dejado de insistir y como mi madre siempre fue un

poco volátil, no sé, lo he estado pensado y creo que me merezco un maldito papel que corrobore lo que ya sabemos. Puede parecer una gilipollez, pero es una manera de que quede reflejada la verdad en un documento y no que me tenga que creer la palabra de esas dos personas sin tener la certeza.

Sira quería acompañarme, pero el embarazo le está dando algo de guerra en este segundo trimestre y he preferido decírselo a Jacobo, que, por supuesto, no tenía intención de dejarme ir sola.

Veinte minutos más tarde estamos entrando por la recepción de la clínica. Doy mi nombre a la chica que está detrás del mostrador y me mandan pasar a una sala de espera.

—Eh, mírame —me dice Jacobo cuando ve que empiezo con el tembleque de la rodilla—. Da igual lo que digan los resultados, seguirás siendo Martina Flores. ¿Entendido?

—Sí —musito y me da un beso en la mejilla para que me calme.

La puerta blanca de la derecha se abre y sale una enfermera a buscarme.

—Pase por aquí.

—¿Quieres que entre contigo?

—No, tranquilo.

La prueba en sí es una tontería y tardo menos de diez minutos, lo que me pone nerviosa es tener que pasar por todo esto y lo que arrojen los resultados, aunque casi estoy segura al cien por cien de que Emilio es mi padre.

—En unos días estarán los resultados, le avisaremos y podrá pasar a buscarlos.

Me despido y salgo a la sala de espera resoplando. Ya está, una cosa menos. Jacobo se pone en pie y, antes de que podamos irnos, Emilio entra.

—Hola, hija.

—Adiós, Emilio.

—Si nos disculpa —interviene Jacobo con mucha educación poniéndose delante de mí para que el doctor Alvarado no se acerque más—. Ya nos íbamos.

—Solo quería verte, Martina. —Él se queda bloqueando la puerta y sigue hablando—. Me alegro mucho de que hayas accedido a hacerte la prueba, cuando estén los resultados quizás podamos quedar y tomar un café. Tenemos muchas cosas de las que hablar.

—Mira, Emilio, voy a ser clara igual que lo he sido con mi madre, que, por cierto, sé que os seguís viendo y por lo tanto ya te lo habrá contado. Puedo dejar a un lado que estuvieras ausente durante toda mi vida porque desconocías mi existencia, pero lo que no voy a consentir es que aparezcas ahora y te creas con algún derecho sobre mí y menos después de enterarme de que pediste cita a mi madre para que abortara. Tú no me quisiste entonces, no tienes por qué hacerlo ahora.

—Martina, aquello fue lo que creí más conveniente, pero ahora estás aquí y eres mi hija, puedo compensarte.

—No, lo único que me has aportado son tres hermanos, y mira, por eso ya te estoy agradecida, porque todos tenemos superclaro que somos mucho mejores que nuestros padres, así que puedes seguir viviendo tranquilo, de verdad.

—Hija, por favor... —Da un paso adelante e intenta acercarse a mí, dejando libre la puerta.

—Ya la ha oído —afirma Jacobo y me da la mano para salir de allí.

En la puerta principal nos cruzamos con David, que lo primero que hace es fijarse en nuestras manos entrelazadas. Supuse que igual Claudia le había contado mi historia con Jacobo, pero, al ver su cara de extrañeza, corroboro que no.

—¿Qué haces aquí, enana?

—He venido a hacerme la prueba de ADN.

—¿Y por qué no me has dicho nada? Te podía haber acompañado yo —comenta y ahora mira a Jacobo y después a mí, que no nos hemos soltado.

—No te dije nada porque ha sido un mes bastante raro. ¿Te llamo esta semana y tomamos un café?

—Sí. ¿Y vais de la mano por algo en especial? —nos pregunta ya con media sonrisa burlona. Supongo que le ha llevado unos minutos procesarlo.

—Vale, igual necesitamos dos cafés.

—Joder, qué puto gen tenemos en esta familia, el de todos con todos —bromea y, antes de que pueda decir nada, me doy cuenta de que vibra mi teléfono.

Lo saco del bolso y veo que tengo seis llamadas perdidas de Noel.

—Es Noel —digo en voz alta y descuelgo—. Sí.

—Martina —balbucea nervioso—. Sira está ingresada en el hospital.

—¿Qué ha pasado? —David y Jacobo me miran expectantes.

—Se encontraba muy mal, le dolía mucho la cabeza y la he traído al hospital. Tiene preeclampsia. La van a dejar ingresada, para controlarle esa tensión, si sigue así de alta puede poner en peligro su vida y la de los bebés.

Me llevo la mano a la boca y termino de asustar a los chicos.

—¿Qué pasa, enana? Me estás preocupando.

—¿Ese es David? —me pregunta Noel.

—Sí, estoy en la clínica. Cuelgo y mándame el hospital y la habitación. Ahora mismo voy para allá.

—¿Qué ocurre? —me pregunta Jacobo volviéndome a coger la mano para tranquilizarme.

Les cuento lo que me ha dicho Noel y nos despedimos de David, que me pide por favor que le llame luego, con lo fácil que sería coger el puñetero móvil y llamar a su hermano, qué cabezonería.

Jacobo conduce rápido y a la vez no para de intentar calmarme, porque estoy atacada. Mete el coche al *parking* y subimos hasta la habitación. Noel está en el pasillo, en cuanto nos ve viene a abrazarme.

—Joder, Marti. Menos mal que me ha avisado de que se encontraba mal, estaba trabajando en el centro, como una burra.

—Ya sabes cómo es. Tranquilo.

—Tengo miedo, si le pasa algo yo...

—Sira es muy fuerte —dice Jacobo entrando en la conversación.

—Lo sé, pero esto no es una tontería —se lamenta Noel.

—Ya verás como todo va a ir bien —afirma Jacobo calmándonos a los dos.

—¿Puedo pasar a verla?

—Está con el médico, hay que esperar a que salga —nos dice Noel—. Voy a buscar una botella de agua, ahora vuelvo.

Desaparece por el pasillo y todo el aplomo que he demostrado delante de él para no preocuparlo más se desvanece.

—Shh. —Jacobó enmarca mi cara con sus fuertes manos y junta nuestras frentes—. Cálmate, Martina. Todo va a salir bien, es Sira, ¿recuerdas?

—Joder, estoy asustada, Jacobo, ella es mi base, no puedo perderla y no quiero verla sufrir. Ella es quien dibuja el círculo y nos deja a todos estar dentro, ¿lo entiendes?

—Claro que lo entiendo, pero tienes que ser valiente. —Me limpia las lágrimas que descienden por mis mejillas—. Por las dos.

Mis labios sellan sus palabras y ahí en mitad del pasillo del hospital nos besamos, tragándonos los miedos y las dudas.

—Me cago en la puta.

La voz de Noel se cuele por nuestros tímpanos y nos hace separarnos, como si nuestros labios desprendieran lava.

—Noel, esto...

—Estoy flipando en colores, ¿tú y él? ¿Cuándo? Joder, vale. Será mejor no saber nada, pero solo os voy a pedir un favor, no le digáis nada a Sira hasta que tenga a los bebés.

—Tranquilo, no se lo diremos —afirma Jacobo porque yo me he quedado un poco cortada con la pillada.

—Hay que joderse, ya era hora de que me diera una alegría el puto poli —suelta como si estuviera solo y entra en la habitación.

—Joder, sabes que cuando se entere mi hermana nos va a sacar de su círculo, ¿no?

—Qué va, Sira nos perdonará.

—Claro, como hizo con mi abuela, con mi madre...

—No es lo mismo, Martina. Sira sabe que los dos la queremos y podremos explicarle que se lo ocultamos por su bien.

—Exacto, ese será nuestro argumento. Entonces, ¿podemos estar tranquilos?

—Bueno, tranquilos, tranquilos... Quizá podamos empezar a hacer un círculo solo para nosotros.

—¿Y qué habrá dentro? —pregunto, poniéndome de puntillas y pegándome a sus labios.

—Tú, con tus hilos, tus telas, tus ideas locas, tus canciones machaconas, tus jadeos en mi oreja, y yo, con todo el amor que tengo guardado para ti, conformándome con ser el motivo de tu sonrisa.

—Me gusta ese círculo. —Sonrío con la boca, con los ojos y hasta con el alma.

—Y a mí me gusta cerrarlo contigo.

Epílogo I

Cuatro meses después

Jacobo

—¿Por qué tienes que tocarle los pies a mi mujer? —me pregunta Noel con ese tono repipi.

—Porque tú me tocas a mí los huevos y yo a ella los pies, ¿te vale?

—¿Vais a estar así toda la vida? —nos pregunta Sira, mosqueada. Noel y yo hacemos una mueca y nos aguantamos la mirada, en el fondo somos como dos compañeros de clase que están todo el día compitiendo.

Eso sí, desde que sabe que me meto en la cama con Martina —Sira sigue sin tener ni idea—, es mucho más amable conmigo, no sé, como si al final hubiera encontrado esa paz a mi lado. Acojonante.

—Probablemente, sí —respondemos los dos a la vez. ¿Ves?, al final somos como dos almas gemelas.

Es domingo y continuamos con la tradición de comer todos juntos en casa de Sira, como ves, ella sigue manteniendo sus costumbres. Ha tenido que bajar el ritmo de vida por su embarazo, aunque le sigue costando dejarse cuidar y ahora solo venimos una vez al mes. Aun así, ella se empeña en seguir preparando la comida y con la práctica ha mejorado muchísimo, la verdad. Con esa barriga enorme acaba agotada con cualquier esfuerzo que hace, así que se ha tumbado un poco en el sofá a descansar y he aprovechado para darle ese masaje.

El timbre suena y llegan Laura, Nacho y su hijo Pablo, que hoy viene con ellos.

—Hola, ¿cómo está mi gordita? —le pregunta a su amiga jugándose la vida.

—Te he oído, pastelera, y no me cago en tu madre porque es una santa y está de vacaciones en Portugal cantando fados. Que utilices el diminutivo no significa que me moleste menos.

—Es broma, Sira, si estás guapísima —rectifica Lau y yo cabeceo, porque ese peloteo no cuela.

Mi amigo y Laura hace un mes que viven juntos y yo me alegro porque Nacho se merece empezar a disfrutar de la vida de nuevo y de una relación de pareja. Pablo está una semana con ellos y otra con su madre, que se ha mudado muy cerca para poder organizarse mejor. Para Laura que él tuviera a Pablo nunca ha sido un problema, así que la pastelera está emocionadísima con su rol en esta familia. Ella sabe lo mío con Martina, por asociación marital, claro, pero nos guarda el secreto.

—Te la has jugado a base de bien, Lau —le confirmo cuando veo que se acerca a abrazar a Sira. Al final las dos se ríen.

Martina es la siguiente en entrar, como tiene llaves no llama. Joder, no me cansaré nunca de mirarla, está preciosa y sonrío al verme aquí sentado, disimulando, como si no hubiéramos venido juntos. Se ha quedado esperando diez minutos abajo, para no llegar a la vez, porque, como le prometimos a Noel en el hospital, no le diremos nada a Sira hasta que nazcan los bebés. Martina se sigue quedando aquí, pero en cualquier momento su hermana se pondrá de parto y acabará durmiendo en el sofá, así que no puedo retrasar más mi propuesta. Ella está feliz con su atelier Las Flores, lanzó su propia firma y cada día tiene más clientas. Me encanta ver cómo disfruta de su trabajo y pone lo mejor de ella en cada prenda que sale de sus manos.

Llaman a la puerta y es Claudia, otra que está al tanto de lo nuestro desde hace tiempo.

—Hola a todos. —Nos saluda y se pone a parlotear con Martina, desde que Carola está en París es su mejor apoyo.

La prueba de ADN corroboró que es hija de Emilio Alvarado. No ha querido ni un solo euro de él, a pesar de su insistencia y, de momento, tampoco quiere tener relación. Tiene sus razones y él debería respetarlas, lo que pasa es que hay determinadas personas que se piensan que el dinero lo compra todo.

David sigue siendo el eterno ausente, sé que Martina y Claudia interceden para que un día venga a comer o puedan sentarse todos alrededor de una mesa, ellas confían en que cuando nazcan sus sobrinos recapacite y quiera verlos, pero, conociéndolo, no cederá. No lo juzgo, porque yo no tengo ni idea de cómo hubiera actuado en sus zapatos, aunque, llevando dentro todo ese rencor, creo que tampoco soluciona nada. Él y yo tenemos un trato cordial, hemos coincidido alguna vez de cañas con las chicas y en ocasiones me parece que me sigue mirando por encima del hombro, pero tengo mucha más clase que él y lo paso por alto.

Iván, el amigo de Noel, es el último en llegar con Oihana, la ex de Noel. Sí, aquí es todo un poco loco. Sira y ella se toleran y me imagino que para ellos es suficiente.

—¿Y Esteban? —pregunta Noel, es otro que falta.

—Esteban no viene hoy —responde Sira mientras intenta levantarse del sofá.

Su amigo se ha quedado con la etiqueta de *intermitente*. Sira le sigue teniendo cariño, pero supongo que él solo se volcó con David cuando todo se destapó y nada es como antes.

—Espera que te ayudo. —Noel se acerca para darle la mano.

—Esto es todo por tu culpa, enfermero —protesta ella.

—No, perdona, la culpa fue tuya, por llevarme a aquella galería de lujuria y perdición.

—Ay, mis bebés *british* —dice Martina y acaricia la barriga de su hermana con ternura y yo solo me puedo fijar en el brillo que desprende su mirada cuando la toca y en que, acto seguido, me mira a mí.

Espero que no sea una indirecta.

—Sí, pero yo no soy el culpable de que sean dos —dice Noel.

—No, claro, eso es culpa de la puñetera genética. Es muy fuerte que lo único que sepa del difunto docente es lo que tiene que ver con sus benditos genes —espeta de carrerilla recordando a su padre desconocido.

Nos sentamos todos a comer, yo al lado de Martina, por supuesto, cuando dejo caer mi mano deliberadamente sobre su muslo da un pequeño brinco y sisea entre dientes un *te mato* que me pone malo, pero malo en plan bien.

Sira, con su dificultad de movimientos, nos sirve. Sigue siendo la misma cabezota de siempre y esa faceta la llevará hasta el final de sus días. Pullas aquí y allá y risas, junto con la enhorabuena a la cocinera.

—He terminado el diseño del vestido para una directora novel que está nominada a los premios Goya —comenta Martina y sé que se ha dejado la vida en ello.

—¿Qué tal tienes la agenda de novias para el próximo año? —le pregunta Oihana sin dejar que termine de explicarse.

—¡No jodas! —exclama Noel que mira a su amigo alucinado.

—¿A ver qué es eso que escondes ahí? —dice Sira, acercándose a Oihana y levanta su mano para que todos veamos el anillo.

—¡Qué pasada!, será mi primer vestido de novia —chilla Martina entusiasmada y me vuelve loco verla así de feliz.

No me puedo reprimir y le paso mi brazo por su hombro, estrujándola contra mi cuerpo, delante de la mirada de todos, pero en especial de la de Sira, que clava sus ojos donde nuestros cuerpos están unidos.

Jo. Der.

—¡Cómo le hagas daño, te mato! —me advierte, medio en serio medio en broma.

—Siempre amenazando, macarrilla —rebato para restarle importancia al achuchón.

—No hablo a nivel físico, amiguito, eso me da hasta grima imaginármelo.

El silencio se hace en la mesa, casi todos lo sabían, menos ella. De todas las reacciones que me había imaginado, ninguna era así. Está claro que la cabrona lo sabía y ha estado riéndose de nosotros. ¿Cómo hemos sido tan inocentes?

La miro y le guiño un ojo, en un gesto cómplice que espero que entienda.

—Tienes mi palabra de espía ruso —añado para que se quede tranquila.

Martina mira a su hermana, avergonzada, y Sira niega con la cabeza. No sé si querrán hablar a solas o conmigo presente, después de descubrirse todo no pienso huir, pero la vena protectora de Sira sigue igual de marcada y, de todos los inconvenientes que vea a nuestra relación, supongo que la diferencia de edad sea uno de los más gordos, y contra eso pocos argumentos podremos utilizar, porque los catorce años son inamovibles.

—¿Algún secreto más? —pregunta mirando al resto. Nadie contesta. Menudos cobardes—. Pues voy a sacar el postre.

Disfrutamos de la tarde hasta que nos empiezan a echar, Sira está cansada y querrán aprovechar a estar solos ahora que todavía son dos. Somos los últimos en despedirnos.

—Tata, hoy no vengo a dormir.

—Tranquila, sé dónde encontrarte —dice y me mira a mí, no sé si bien o mal.

—Íbamos a decírtelo —me excuso—, pero estabas en el hospital y pensamos que era mejor...

—Para ser poli disimulas fatal —me pica.

—¿Y desde cuándo lo sabes? —le pregunta su hermana.

—Desde que fui a darte una sorpresa al atelier y os escuché dar palmas. —Junta sus manos y hace el sonido que hacían... nuestras palmas no eran, obviamente—. Los nena y nene me hicieron huir despavorida.

—Todo es culpa tuya —me señala Martina y se empieza a descojonar.

—¡Qué bonito!

—Solo os voy a decir una cosa, los dos sois importantísimos para mí, así que prometedme que, pase lo que pase, o dure lo que dure, no os vais a hacer daño.

—Prometido.

Salimos de allí con un peso menos encima y una sonrisa de oreja a oreja en la cara, comiéndonos a besos mientras nos metemos en mi coche.

—¿Dónde has dicho que duermes hoy?

—En tu casa.

—¿Y mañana?

—Pues aquí, no he cogido...

—En mi casa —la interrumpo—. ¿Y pasado?

—Jacobo...

—En mi casa también.

—Espera, espera... ¿esto es una proposición? Porque quizás deberías preguntármelo, ¿no?
—me dice con un brillo especial en la mirada.

Subo el volumen para que escuche *Soy de Volar*, de Dvicio y Lali, que es la canción que tenía preparada para este momento. Espero que esa sonrisa sea una buena señal.

—No, ya sabes que contigo prefiero pasar directamente a la respuesta. Soy más de volar.

—Entonces volemos.

Epílogo II

Un año y siete meses después

Cojo el alfilerero y me arrodillo para marcar el dobladillo.

—¡Ahora no te muevas!

—No, pesada —protesta mi clienta.

La puerta del atelier está botada, porque la última que ha salido no la ha cerrado del todo, así que se abre de repente, sin previo aviso.

—Joder, Martina, ¿qué se supone que estás haciendo ahí tirada?

—Mi trabajo, Jacobo. ¿No lo ves?

—Y entonces, ¿para qué ha venido Carola? Pensé que había vuelto para echarme una mano.

—Pues sí, pero ha bajado a comprar agua y una tableta de chocolate. ¿Te quieres relajar?

—Eh, chicos, ¿recordáis que sigo aquí subida?

—No, no me relajo. Mira cómo estás, ahí, en esa postura inverosímil.

—Jacobo, tengo que hacerlo —me quejo—. Es una novia, ¿no te das cuenta de que quizá sea uno de los días más importante de su vida? Tiene que estar perfecta.

—Exacto —asegura ella—. Perdona, ¿has dicho quizá? Eso no es muy halagüeño.

—Y tú, ¿no te das cuenta de que eres lo más importante de la nuestra? —Se acerca y me tiende la mano para ayudarme a ponerme de pie, me quita el alfiler de la mano y me besa con bastante efusividad, sabe tan bien que hasta gimo.

—¡Oh, qué bonito! Estoy sensible, me vais a hacer llorar, capullos, y no quiero manchar mi vestido. No vaya a ser que al final sí que sea un día importante.

—Trae, anda, ya lo hago yo. —Jacobo se baja al suelo y, antes de que me aleje, me coge de las caderas y pega su boca a mi abultada barriga—. Hola, bebé. Mamá cabrea a papá, pero creo que lo hace aposta, porque va a dejar de ser la niña, así que no se lo vamos a tener en cuenta, ¿vale?

—Madurito —le increpa Caro que aparece en ese instante por la puerta—. Deja de magrear a mi amiga, ese bombo es la prueba palpable de que no sabes estar alejado de ella, y ni se te ocurra poner esas manazas en el vestido. ¿No ves que puede que sea uno de los días más importantes de su vida?

—¿Puede? Vaya, tenía que haber ido a Pronovias.

Carola hace meses que regresó de tierras parisinas, porque estaba harta de cenar cuando aquí se merienda y porque me echaba de menos, igual que yo a ella. No lleva muy bien que esté embarazada, sobre todo porque nuestras noches de fiesta se han convertido en tardeos con alguna cerveza sin alcohol para mí, pero, aun así, seguimos compartiendo todos los momentos que podemos. En cuanto posa lo que trae encima de la mesa, me abalanzo sobre la tableta de chocolate, creo que en este último trimestre me he comido más que en toda mi vida.

Jacobo y yo vivimos juntos desde hace casi dos años, sí, desde aquella tarde de octubre que salimos de casa de mi hermana. Volví al día siguiente a recoger mis cosas y me instalé en su piso hasta hace tres meses, que nos mudamos a uno mucho más bonito, con un jardín precioso y decorado a mi gusto, en el mismo edificio de Sira y Noel. Durante ese tiempo hemos viajado,

saltado en paracaídas unas cuantas veces más, hemos vuelto a la cabaña, sobre todo en invierno, y hasta hemos empezado a esquiar, porque con Jacobo los *nunca* no tienen mucho sentido.

El madurito, como le acaba de llamar mi amiga, y yo seguimos chocando en muchos aspectos, pero ninguno de vital importancia. Nuestra conexión es tan grande en las cosas importantes, en lo que deseamos para el futuro y en lo que nos motiva durante nuestro día a día, que, aunque pueda parecer increíble, no creo que exista en este mundo un mejor compañero de vida para mí que él.

Una tarde, cuando salimos de estar con los mellizos de Sira, me sacó el tema de los niños, había sido testigo durante horas de cómo se le iluminaban ese par de ojos azules preciosos que tiene con Nala y Alan en sus brazos. Noté en su voz que tenía miedo de plantearme cualquier opción y, conociéndolo, sé que si estaba asustado es porque era importante para él. Mi chico es fuerte y brutalmente seguro, pero tiene una debilidad: yo. Mentiría si dijera que me lo había planteado alguna vez y menos con mi edad, pero después de darle unas vueltas y analizar todas las ventajas de ser madre antes de los treinta, porque indudablemente las hay, decidí que con él de la mano saltaré siempre. Nos sentamos y hablamos, con una buena banda sonora de fondo, mitad de él, mitad mía, con besos y caricias regaladas y con toda la comprensión y el amor que nos profesamos. Le dije que me gustaría tener solo uno, pero que no quería privar a nuestra hija o hijo de tener un padre joven, porque últimamente me había llamado mucho la atención ver a padres cargando con bebés y pareciendo más bien sus abuelos, y eso sí que no lo quería. Así que, nuestra hija nacerá antes de que él cumpla cuarenta y yo veintiséis, o con un poco de suerte, el mismo día que nosotros, porque salgo de cuentas casi para esa fecha.

—¡Guau, pero qué ven mis ojos! —Sira hace su aparición estelar, está claro que aquí hoy no llama nadie—. Eres la novia más guapa y más dulce de todo Madrid.

—¡Ay, qué me voy a casar, amiga! —chilla Laura descontrolada.

Sí, ella es la novia, por eso cuando hay confianza dicen que da asco, porque a cualquier otra de mis clientas no la hubiera recibido con este sarao.

El atelier y mi marca han crecido vertiginosamente, miedo me da tener que buscar un sitio más grande porque este se está quedando pequeño, menos mal que con mi amiga aquí todo es más fácil, y sobre todo ahora que tendré que estar de baja unos meses. Al menos, el puesto que tiene Jacobo ahora no le obliga a salir apenas de Madrid, tiene mucha más responsabilidad, pero casi todo lo resuelve sentado en la mesa de su despacho, por lo que podré contar con él casi siempre.

Caro termina con los alfileres y las cuatro nos quedamos como bobas contemplando lo preciosa que está la novia. Nacho y ella hacen una pareja tan bonita que nos tienen a todos enamorados.

—¿Dónde has dejado a los niños? —le pregunto a mi hermana.

—Ha venido Claudia a recogerlos y se los ha llevado a dar un paseo. Creo que iban a pasar por casa de sus padres.

—Esa es mi Clau —digo entre dientes.

—¿Qué dices? —pregunta Sira extrañada.

—Nada, cosas mías.

Cosas mías y de mi hermana, a ver si con un poco de suerte David no se da cuenta de la encerrona y se deja caer por allí como hemos planeado. La casa de los Alvarado es un buen lugar

para que los conozca.

Laura se cambia y yo, un poco cansada, me siento a ver cómo entre todos recogen.

—Venga, ya podéis largaros —espeta Jacobo y las medio empuja para que salgan las tres por la puerta.

—Pero vamos a ver, ¿tú has visto a mi amiga? Es una pelota de pilates, ¿qué vais a hacer? ¿Rodar por el suelo?

—Me voy a cagar en tu prima, Carola —bufo.

—Uy, vámonos, que el puto poli se pone cachondísimo aquí, ya veréis como van a empezar a dar palmas —casca mi hermana y empieza a aplaudir la muy capulla.

Las otras dos la miran raro y, mientras Jacobo les cierra la puerta, oigo a Sira explicándoles la coña de cómo nos pilló aquí.

Jacobo me mira con una sonrisa que lo dice todo y viene con paso lento hasta el sofá rosa de terciopelo donde estoy sentada.

—Tiene razón, nene —aseguro cuando se inclina para besarme.

—¿En qué exactamente? ¿En lo de que me pongo tonto aquí? ¿O en lo de que vamos a tocar las palmas?

—En las dos cosas —respondo pellizcándome el labio con los dientes.

Y con ese sutil gesto, que sé lo mucho que le enciende, consigo que Jacobo tome el control. Me levanta, mete las manos debajo de mi vestido y tira de mis braguitas sin dejar de besarme. A la vez, se desata el pantalón para dejárselo a la altura de las rodillas antes de sentarse como si tuviera mil manos. Me sujeta de las caderas y me coloca encima de él para dejar espacio a mi barriga y, aunque sea increíble, todo esto lo hace en menos de un minuto.

—Es lista la macarrilla y sabe de sobra que eres mi debilidad, Martina. —Mi nombre saliendo de sus labios cuando está tan excitado es dinamita.

—La debilidad de Jacobo —afirmo conteniendo la respiración mientras él se hunde lentamente en mí.

Bonito título para un libro, ¿no?

Fin

Agradecimientos

Muchas gracias a todas y cada una de vosotras, que abríis las páginas de mis libros, a las que lleváis conmigo desde Lía y a las que os habéis ido incorporando por el camino. Gracias por ser fieles adictas a mi amor del bueno y por hacerme llegar vuestras opiniones y comentarios, por los ánimos y por el apoyo, de corazón.

Mil gracias a mis lectoras cero, Anaís, María, Triana, Piedi y Raquel, por vuestro tiempo, vuestros audios, por estar ahí para mí, y por no dejar que me rinda nunca.

Gracias a mis chicos también, que son los que me soportan cuando me entra la neura y les digo que hagan las cosas rapidito, que tengo que escribir, porque los minutos hay que sacarlos de algún sitio y a veces se los robo a ellos.

Muchas gracias también a la comunidad *Bookstagram*, por dar a conocer mi trabajo y por el apoyo en las redes.

Y, para despedirme, mi «gracias» más enorme es para todas aquellas lectoras, entre las que me incluyo, que creemos fielmente en la magia que encontramos entre las hojas de un libro.

Ojalá nunca dejemos de soñar, ojalá nunca dejemos de leer.